

Eugenio de Nora



Días y sueños
Obra poética reunida
(1939-1992)

Edición de
Santos Alonso

CATEDRA
Letras Hispánicas

Eugenio de Nora

Días y sueños
Obra poética reunida
(1939-1992)

Edición de Santos Alonso

CÁTEDRA

Índice

Cubierta

Introducción

Esta edición

Bibliografía

Amor prometido (1939-1945)

La canción del joven

Primeros poemas (1939-1941)

Amor prometido (1942-1945)

Otros poemas

Cantos al destino (1941-1946)

Otra voz

Cantos

Pueblo cautivo (1946)

España 1936-1939

Contemplación del tiempo (1946-1947)

I. Recuerdo

II. Presencia

III. Tres cantos temporales

Siempre (1948-1951)

I. Un cántico inicial

II. Días y sueños (1)

III. Sentido de la gracia

IV. Días y sueños (2)

V. Canciones en el aire

VI. Días y sueños (3)

VII. El amor que lucha

España pasión de vida (1945-1950)

I. España

II. Nosotros

III. Poética

IV

No he de callar... (1949-1992)

Angulares (1955-1964)

I. Un país

II. El devenir

III. Hombre

Notas

Créditos

Introducción



Eugenio de Nora. Seminario de español. Universidad de Berna.
Foto de Ewald R ufli (1989)

Desde la década de 1940, y a lo largo de más de medio siglo, la crítica ha destacado a Eugenio de Nora como uno de los poetas más representativos de la poesía española contemporánea. Antólogos y críticos han reconocido en todo momento su anticipación renovadora en los comienzos de la posguerra, pues fue el primero entre los poetas de su generación en iniciar una tendencia, existencialista y crítica al mismo tiempo, que contrastaba con los contenidos complacientes de gran parte de los libros y revistas de entonces. De igual modo, han subrayado unos caracteres en su poesía que, compaginando el tono enérgico del desarraigo y la intensa voluntad de estilo y de aspiración permanente a la belleza, desenmascaraban unas circunstancias individuales y colectivas que, conflictivas y angustiosas en la realidad, se pretendían presentar como propicias y armoniosas desde las actitudes poéticas oficiales. No es fruto del azar ni de la casualidad, por tanto, que su obra poética figure con mayor número de páginas en las antologías de poesía española publicadas desde aquellas fechas hasta hoy, junto a las de José Hierro y Blas de Otero.

Fue Eugenio de Nora, en efecto, un poeta de avanzada, uno de los pioneros en la renovación poética de posguerra que, como caballo de Troya, abrió brechas entre las

apretadas filas de la poesía establecida; fue uno de los primeros en expresar el coraje existencialista y el humanismo desarraigado para desvelar la desorientación y la desesperanza, frente a la complacencia de los acomodados a la nueva situación política; y fue el primero en responder con una actitud crítica y dialéctica a una situación social sumida en la intransigencia religiosa, ideológica y política, o en la miseria económica, en su libro *Pueblo cautivo* (publicado en 1946 de forma anónima), lo cual le concede un lugar de privilegio en la que más tarde se llamaría, quizá de modo no muy adecuado, «poesía social». Y todo ello sin bajar la guardia en sus firmes concepciones estéticas y sin ceder terreno a lo que no fuera, por tradición o renovación, la esencia de la poesía lírica.

Eugenio de Nora fue también un poeta precoz. Contaba sólo dieciséis años cuando escribió algunos de los poemas que luego recogerían diversas publicaciones. Esta vocación temprana explica su pronta relación y amistad con otros poetas, así como su gran actividad literaria durante el periodo de su formación universitaria. Era, en efecto, un jovencísimo poeta, estudiante en la Universidad Central de Madrid, cuando fundó en 1944, en León, junto al poeta Victoriano Crémer y el crítico y profesor Antonio G. de Lama, la revista *Espadaña*, que se convirtió pronto en un medio de expresión y difusión para los nuevos poetas surgidos tras la guerra civil. Un jovencísimo poeta, conocido ya por sus colaboraciones en otras revistas, que,

desde la publicación de sus primeros libros, *Amor prometido* y *Cantos al destino* (1945), se convertiría en una de las voces imprescindibles de la lírica contemporánea.

1. BREVES APUNTES BIOGRÁFICOS

Nacido en 1923, en Zacos, en la comarca de la Cepeda, de la provincia de León, Eugenio de Nora vivió sus primeros nueve años en un ambiente campesino —aunque su padre no fuera labrador, sino propietario de un pequeño taller de carpintería y serrería—, en contacto directo con la naturaleza y un paisaje de gran belleza, ya que el pueblo goza de una situación privilegiada, entre la ribera y la montaña, entre valles y colinas, praderas y huertas regadas con abundante agua, que tanta huella iban a dejar en su poesía.

En 1932, un año después de proclamarse la Segunda República, la familia se trasladó a la ciudad de León, donde el poeta pudo comenzar sus estudios de bachillerato en el instituto. Allí pasó el periodo conflictivo del final de la República y la guerra civil, y fue testigo, con doce años, de sucesos tan dolorosos como la requisita del taller de su padre por los sublevados nacionalistas, el asesinato de vecinos o el encarcelamiento y desaparición de profesores del instituto.

En 1942, acabados los estudios de bachillerato, durante

los cuales ya había descubierto su vocación literaria y había redactado un abultado número de poemas, se trasladó a Madrid para estudiar en la Universidad Central. Muy pronto entró en contacto con personas y círculos relacionados con la literatura, y sobre todo con las revistas poéticas de entonces —*Cisneros*, *Escorial*, *Corcel* o *Entregas de poesía*—, en las que publicó sus primeros poemas y sus primeros artículos, tanto de crítica literaria como de opinión sobre la esencia y la función de la poesía, con especial atención al momento histórico concreto que se estaba viviendo.

Durante los años de universidad, hasta su finalización en 1947, la actividad de Eugenio de Nora fue intensa. Al tiempo que escribía y publicaba, radicalizaba su actitud social y su compromiso político a través de sus relaciones con alguna organización clandestina, como la F.U.E., y con destacadas personalidades literarias y políticas en España y en Francia.

Poco después, en 1949, se trasladó a Berna para ejercer de lector de español. Éste fue el primer paso de su dedicación constante a la enseñanza de la literatura a lo largo de muchos años, una labor que siempre ha compaginado con la poesía y con la investigación, en especial sobre la novela española del siglo ^{xx} —recuérdese su estudio en tres volúmenes, ya clásico, *La novela española contemporánea*. Berna se convirtió en el lugar de residencia habitual del poeta, con la excepción de sus

frecuentes viajes a España y otros países por vacaciones o por motivos académicos, y en la universidad de esta ciudad suiza fue nombrado en 1962 profesor extraordinario, y en 1966 catedrático y jefe del departamento de español, cargo en el que permaneció hasta su jubilación.

Estos mínimos apuntes biográficos, en concreto los relativos a la formación personal y al entorno sociopolítico vivido por el poeta durante su infancia y su juventud, son imprescindibles para comprender la forma y la intención de su poesía. Sus primeros años de vida en el ambiente rural rodeado de un paisaje espléndido, su periodo escolar en unas circunstancias históricas conflictivas y sus estudios universitarios en unas condiciones de posguerra que incitaban a la expresa rebeldía contra la situación política, incómoda para cualquier ser humano, y más aún para un poeta como Eugenio de Nora, dotado de una gran sensibilidad y de un enorme deseo de libertad, explican, por un lado, la presencia constante de la naturaleza en su poesía, el ansia por alcanzar la belleza absoluta y buscar soluciones al dolor y la angustia, y por otro, la actitud ética inconformista que se enfrentó con la palabra a los desajustes y las opresiones de la realidad de la época.

Es conveniente tener en cuenta, por otro lado, que gran parte de su obra poética fue escrita entre 1939 y 1951 (aunque fuera publicada entre 1945 y 1954), es decir, a lo largo de poco más de una década especialmente difícil para todos, cuando ante los ojos del poeta se encontraba un país

destrozado por la guerra civil y la mayoría de los españoles centraba sus esfuerzos en conseguir la supervivencia material y recuperar el aliento moral, tanto individuales como colectivos. Estas circunstancias determinaron, como es lógico, una visión personal angustiosa y dolorida de la vida y de la realidad que echaba sus raíces en lo más profundo del sentimiento sobre la existencia y la condición humana.

2. A PROPÓSITO DE UNA GENERACIÓN

Por todo ello, la poesía de Eugenio de Nora, pese a que de forma habitual ha sido situada en la llamada «poesía social», como la de otros poetas del momento, contiene varias direcciones que es oportuno no olvidar: en primer lugar, la constante aspiración del poeta a la belleza absoluta, simbolizada por la vivencia del amor, la contemplación del paisaje y la comunicación con la naturaleza; en segundo lugar, la expresión del desajuste íntimo y existencial del ser humano con unas circunstancias poco propicias para el entusiasmo; en tercer lugar, la respuesta de tipo social, enérgica, desgarrada y dialéctica frente a las agresiones del exterior sobre los derechos elementales de la dignidad humana. Sería, por tanto, desacertado restringir la poesía de Nora al último apartado, al caracterizado por su proyección social aunque él fuera el

primero en hacerla pública en su libro *Pueblo cautivo*, como ya hemos dicho antes.

No podemos olvidar, sin embargo, la opinión generalizada de los críticos y estudiosos sobre los caracteres de la generación poética de posguerra, en la que se incluye evidentemente nuestro poeta. Por ejemplo, la distinción establecida en su momento entre poesía «arraigada» y «desarraigada» o la consecuente evolución de la poesía «desarraigada» hacia la poesía «social». Nadie parece discutir hoy estas premisas, aunque tal vez sería oportuno, con la distancia y el tiempo transcurrido, afrontar el asunto desde otras perspectivas, desde las actitudes y relaciones de unos y otros, las inquietudes existenciales de la mayoría y el propósito de recuperar unas formas y un concepto de poesía humanista y humanizada.

Parece coherente admitir, como se afirma normalmente, que los poetas llamados «arraigados», también conocidos como «generación del 36» (Rosales, Panero, Ridruejo, Vivanco, García Nieto, entre otros), escribieron una poesía complaciente con el sistema impuesto por el régimen de la dictadura, de formas clasicistas y tonos heroicos —cuando recurre al pasado imperial español para ensalzar el orden presente— o intimistas —cuando cantaba la belleza de la tierra o exaltaba el sentimiento religioso—; es decir, una forma de literatura que se evadía de la pobreza y la desilusión que vivía la mayoría en su vida cotidiana. Pero también es posible que se haya insistido demasiado en lo

que diferenciaba a estos poetas y a los «desarraigados», y poco en lo que les unía a todos según lo apuntado en el párrafo anterior.

De igual modo, se puede admitir que los poetas «desarraigados» (Nora, Otero, Celaya, Crémer, Hierro, Hidalgo, Valverde, Bousoño, entre otros), por el contrario, aparte las coincidencias anotadas, reflejaron, frente al mundo armonioso de los anteriores, la peripecia existencial del ser humano en tiempos de angustia y dolor, de continua zozobra interior y exterior, de incertidumbre ante el futuro, y desajuste con el medio que les tocó vivir, de modo que la tenacidad y la afirmación de vida convivieron con la presencia de la muerte, la tristeza, la soledad y la desesperación, por un lado, y la búsqueda de la fe o del amor, por otro. La existencia humana fue contemplada como una lucha consigo misma y con el mundo exterior a través de un lenguaje desgarrado, casi violento, cercano al grito y a la disonancia, que recordaba el tono del recién desaparecido Miguel Hernández.

Asimismo, de acuerdo con la crítica más extendida, podemos apuntar que el existencialismo de los poetas «desarraigados» desembocó muy pronto en el realismo de la «poesía social», cuando, ampliando sus horizontes más allá de sus angustias interiores, se fijaron en lo que sucedía en la calle. Su punto de vista sobre la realidad dio una vuelta de tuerca: pasaron a presentar con objetividad la vida colectiva española y sus conflictos, hasta alcanzar, poco a

poco, un tono explícito de testimonio, protesta o denuncia de la situación social. Como en varias ocasiones ha repetido el propio Nora, era como pasar de la estética a la ética, a una poesía testimonial, comprometida, directa, agresiva y politizada. Los poetas tomaron conciencia de su papel en la sociedad y de la importancia de la sociedad en su poesía, al tiempo que creyeron en la poesía como literatura necesaria, no sólo para exigir un cambio en la sociedad, sino también para ser ella misma el motor de esa transformación. Con ese objetivo acuñaron de modo preciso algunos conceptos como compromiso y solidaridad, y buscaron compartir sus versos con los demás, con el pueblo, para que su obra no fuera solamente suya, sino de todos.

Baste recordar algunas de sus manifestaciones en la *Antología consultada de la joven poesía española*, realizada por Francisco Ribes, para corroborar lo expuesto hasta ahora. Gabriel Celaya, por ejemplo, decía que la poesía no es de cada uno, sino un trabajo en equipo, y había que cantar como quien respira, hablar de las ocupaciones diarias. José Hierro, por su parte, manifestaba que el poeta era al mismo tiempo forjador y producto de su tiempo, que su tiempo era colectivo, social, y por tanto el poeta debía ser narrativo de los hechos, épico de la realidad. Y Blas de Otero apuntaba hacia el realismo como arte que el hombre ha de realizar con las manos, como todo lo demás.

Eugenio de Nora reconocía, en la misma consulta, el carácter realista y social de la poesía, ya que la escribe un

hombre, apoyado y alimentado en todo un pueblo, y la destina a otros hombres, y defendía el concepto de poesía como algo inevitablemente social, al igual que el trabajo y la ley; la gran poesía era, pues, por un lado *humana* y por otro *social*. Todos parecen coincidir en que la poesía era en aquellos tiempos, o debía ser, colectiva, social y realista. Ahora bien, convendría subrayar las palabras de nuestro poeta para llegar a su sentido exacto. Nora defiende el carácter social de la poesía únicamente por ir destinada a todos, a la colectividad, a los demás, del mismo modo que van destinados a los demás el trabajo y la ley; pero no es social en su génesis, sino individual, como el trabajo, ya que la escribe un hombre, aunque se apoye en la tradición, que es de todos. En segundo lugar, defiende el carácter social de la poesía sólo por ser antes que nada *humana*; es decir, primero es humana, por ser actividad del ser humano que tiene como centro y objeto al ser humano, y luego, como consecuencia, es social, por ir dirigida a la pluralidad de los seres humanos y no sólo al individuo singular.

3. EXPERIENCIA Y BIOGRAFÍA

Por mucho que se haya insistido en el contenido social de Nora, sus palabras conciernen mucho más a la actitud y la esencia de la poesía lírica que a la naturaleza épica fundamentada en la colectividad. Nuestro poeta está muy

lejos de la forma épica o narrativa que señalaban Hierro y Celaya, y muy cerca, en cambio, de la expresión de la subjetividad, de sus situaciones y vivencias personales, para que la intimidad, con sus alegrías, dolores y sensaciones, tome conciencia de sí misma en medio de la realidad exterior. Su poesía, como la de todo poeta lírico, no surge de la necesidad de hablar del exterior, sino de otra necesidad muy distinta que responde al fin casi único del descubrimiento de su propio yo a los demás, de modo que cuando recurre a la realidad exterior y al mundo de los otros —como se sugiere en la poesía social—, no persigue objetivarlos, con la consecuente anulación de su interioridad, sino reafirmar y significar su universo íntimo, extenderlo a los demás y compartirlo con ellos.

La lírica descansa en el fiel de la balanza que oscila entre el descubrimiento y la revelación de la propia experiencia, tanto interior como exterior; es decir, reside en la biografía de la emoción, de los sentimientos, de los anhelos o de la reflexión que suscita el devenir del ser humano en contacto con las restantes circunstancias de la vida. La lírica no precisa, ni explicita, ni señala, ni describe, sólo alude y sugiere lo necesario para que sea entrevista la geografía indecible del poeta. La poesía narrativa, por el contrario, acumula datos, registra hechos y describe el espacio objetivo en que no sólo se mueve el poeta, sino también los otros.

Como expresión y significado de la experiencia y la

biografía, creemos, debe interpretarse la poesía de Eugenio de Nora; más aún, es oportuno valorar en su justa medida este aspecto, pues nuestro poeta se anticipó también en varios años a la generación siguiente (Valente, Claudio Rodríguez, y sobre todo, Ángel González y Gil de Biedma, que focalizaron en la experiencia personal una parcela importante de su obra) y a conocidas tendencias de la poesía reciente. Su aventura poética discurre por la propia experiencia y por la biografía de las emociones, sentimientos y anhelos que suscitaron tanto las circunstancias íntimas como las exteriores. Avanzar por sus versos y sus libros es trazar el recorrido de su propia vida, nunca desvelada explícitamente, sino aludida por las referencias veladas y los símbolos.

Por eso consideramos muy parcial la interpretación de la poesía de esta generación, y en especial de nuestro poeta, cuando se la reduce al contenido explícito, y dentro de él al mensaje de intención social. Es posible determinar unos contenidos comunes en todos ellos, los que responden al sentimiento de desarraigo y desesperanza o al de disidencia y denuncia, pero por encima de ellos existen, y es importante señalarlo, al menos en Nora, otras emociones más vigorosas derivadas de un intenso vitalismo humanista que le empujaron a reivindicar constantemente la vida y a no dejarse vencer por la desesperación y el abandono. El poeta se alzó y gritó contra la soledad y el extrañamiento del ser humano, pero nunca renunció a su voluntad de

futuro, a la *esperanza movilizada*, de acuerdo con sus palabras.

De igual modo, creemos, es parcial la interpretación si se eluden los aspectos formales. Es frecuente leer y escuchar que los poetas sociales, de acuerdo con su concepción de la poesía «necesaria» y su objetivo primordial de llegar a la mayoría con sus versos, expresaron normalmente sus mensajes con un lenguaje tan transparente que en muchas ocasiones alcanzó el prosaísmo extremo. Esto, que pudo ser cierto en alguno y en determinados momentos de su obra, no lo fue en los mejores poetas de la generación, y mucho menos en el caso de Eugenio de Nora. Su trabajo de depuración formal es enorme. A la rica variedad de metros y estrofas (sonetos, serventesios, cuartetas, estrofas de pie quebrado, etc., y endecasílabos, alejandrinos, versos de arte menor, etc.) añade una notoria preocupación por el ritmo y por las superficies brillantes de las palabras que alcanzan momentos equiparables a la escritura barroca o modernista. Su voluntad de estilo, que evita generalmente los coloquialismos y cuida la arquitectura formal, arropada por un rico universo simbólico, contradice la opinión generalizada que atribuye a estos poetas un descuido formal consciente y un lenguaje directo ajeno a los fines estéticos.

El sentido humanista de la existencia, contemplado desde la experiencia y la biografía, por tanto, impregna los mejores versos de Nora. Como en la gran lírica de todos los

tiempos, el poeta no cesó en su búsqueda de la poesía y del amor, en el anhelo constante de alcanzar la belleza y en el ansia de eternidad, a través de lo intangible e indecible, del misterio y del alma, de una realidad poblada de símbolos que hacían referencia a los sentimientos más íntimos, incluso más allá de la tristeza, la soledad, el dolor y la muerte que suscitaban las circunstancias históricas. Así pues, por los versos de Eugenio de Nora fluye una corriente transparente y palpable que, partiendo del romanticismo y el simbolismo, le llega desde el modernismo y la poesía humanizada del 27: de un lado, la visión de la poesía como desveladora del misterio del mundo, de su esencia intangible, y de otro, la concepción simbólica de la realidad, un mundo poético-imaginario en que cada elemento (tierra, vegetales, rosa, agua, cielo, fuego, luz, aire, estrella, voz, nieve, tiempo, noche, etc.) transmite unas imágenes plagadas de significaciones subjetivas, como ha estudiado ampliamente Amaro Soladana en su libro sobre la obra de nuestro poeta.

Los *topoi* heredados de la tradición romántica y simbolista, en especial los relacionados con la visión de la naturaleza como refugio y aislamiento del malestar social del poeta, pero también como campo de indagación en su misterio insondable, cobran una fuerza peculiar en manos de Nora cuando por su mediación expresa su propio hastío, su desasosiego, y cuando manifiesta sus ansias de absoluto y de eternidad, de amor y de belleza.

En este sentido, si bien en casi todos sus libros cobran relevancia los rasgos anotados, destacan *Cantos al destino* y *Siempre*. La popularidad de que gozó en su momento el libro *España, pasión de vida*, por razones más sociales y políticas que poéticas, es decir, más éticas que estéticas, les mantuvo en un segundo plano; y tal vez haya que rectificar esta apreciación, pues mientras en aquéllos se descubre el desasosiego interior del poeta, por la fuerza de la emoción o la intensa presencia del amor, en éste se pueden percibir, tras los enérgicos sentimientos suscitados por las circunstancias del entorno, concesiones a una tendencia puntual, aunque necesaria, de la poesía española que nació en un espacio y un tiempo históricos concretos.

4. LA EXPERIENCIA INICIAL

De los muchos poemas escritos entre 1939 y 1945, según confesión del poeta, Eugenio de Nora hizo una depurada selección y la publicó con el título de *Amor prometido*. En estos primeros poemas se encuentran ya algunas de las formas y de los sentimientos constantes de su poesía. Así, por un lado, junto a varios sonetos, presenta poemas en versos de arte menor o cuartetas asonantadas —modalidad que utilizará en los libros posteriores de manera continuada—; por otro, el sentimiento amoroso se entrecruza con otros sentimientos inestables y

contradictorios, en el límite del anhelo desbordado y el desencanto. Son los inicios poéticos, la obra en marcha, y en ese pulso del poeta con la vida y la juventud o en la búsqueda de la poesía y del amor, que constituye el destino del ser humano juntamente con la muerte, pueden rastrearse las huellas de Bécquer, Juan Ramón y Lorca, entre otros.

El amor puebla la soledad del hombre, un amor prometido que lo mantiene en el vértigo de la distancia y la presencia, en la inseguridad del corazón abatido por la promesa, el recuerdo y la nostalgia, que identifica con la tristeza:

¡Oh juventud! La tristeza,
como un amor prometido
o un recuerdo de belleza...

Su alimento es el dolor del sentir, pero es sentimiento al fin y al cabo que hace sentirse vivo —como en Bécquer. Aflora en su anhelo (esa *tensión del anhelo* que, como un cable que se rompe, es el alma) la aspiración al amor, pero es mayor el vigor del recuerdo que la presencia deseada, y entonces quema más la nostalgia. El poeta se familiariza con la incertidumbre de alejarse o permanecer en el fuego del amor, una incertidumbre alargada en el tiempo:

¡Amor de siempre; amor de nunca,
si existe el tiempo sin el llanto,

oye esta voz de arena y sombra!
... Oh rosa que el amor desnuda
y la más lenta soledad deshoja.

En la incertidumbre, el amor se iguala con el anhelo y el anhelo con la angustia. Oigámosle: «¡Amor! Pero este anhelo, / pero esta angustia inconsolable y blanca, / rosa de aroma de tristeza / que hierde y que no pasa.» Pero, por otra parte, se corresponde también con la vida, hasta formar juntos una única realidad dolorosa:

¡Qué dormido, tú, el Hombre! Cómo vives
persiguiendo la forma del anhelo,
que no existe, que no... Cómo recibes
ausencia sólo y duelo.

No obstante, Nora suele responder al dolor de modo positivo, y en cualquier momento surge la fe en la vida, en la belleza y el amor, aunque aparentemente estén ausentes. Es el vigoroso vitalismo del humanista que no se da por vencido: «Lejos y cerca el mundo es rico / en belleza y amor. Sé bien eso.»

La incertidumbre alcanza de igual modo al pensamiento y a la reflexión, sobre todo cuando el poeta intuye lo inalcanzable y lo intangible y anhela darle claridad. Vemos, entonces, una visión contradictoria de la vida, y al poeta indeciso entre la contemplación gozosa de la existencia y la

naturaleza que desea y el peligro del vacío que teme, como sucede en el poema «Tristeza»:

Y el vacío de lo mudable
se le infunde, y toda cosa
sólo es forma inalcanzable...

Sin embargo, al cabo, la incertidumbre no deja de ser una forma de reconocer el contraste de la vida sobre el que hay que construir el futuro. Quedarse ahí, en la incertidumbre, equivaldría a dar una imagen sesgada de la poesía de Nora. El poeta alude constantemente al contraste entre la alegría de la primavera y la tristeza o el dolor, al contraste entre el amor, la rosa o la belleza y el amor a la vez sólo prometido y recuerdo de tristeza, al contraste entre la luz y la sombra, entre la muerte y el impulso vital («¡Muerte o amor, destino de la vida!», dice), todos ellos símbolos de los sentimientos más íntimos del ser humano; pero el fiel de la balanza se inclina con mucha más fuerza hacia la exaltación y la respuesta vitalista, aunque las circunstancias animen a lo contrario. Pueden verse en este sentido los poemas titulados «Jardín» (no en vano está dedicado a Jorge Guillén, poeta vitalista donde los haya), «Como eres tú» y «Profecía», entre otros. De este último entresacamos unos versos en los que, ante la posibilidad de ceder a las limitaciones y de abandonarse a la falta de alicientes y motivos, el poeta reacciona y apuesta por la

vida:

Estar como suelen las piedras
bien junto a cualquier cosa abandonada,
como una piedra, pero ver, no muerto.

.....

Estar pues como piedra.
¡Pero no! Más bien vivo.

En *Amor prometido* pueden percibirse asimismo aspectos que más adelante caracterizarán a casi la totalidad de la poesía de nuestro autor. Por ejemplo, a medida que avanza el libro, se hace más intensa la presencia del paisaje y la naturaleza, un paisaje con nieve y una tierra austera, casi árida, por donde el tiempo transcurre con lentitud. Igualmente, el lenguaje desgarrado, apropiado para expresar la angustia y el desarraigo, como ya hemos dicho, y que se manifestará con más energía en libros posteriores, aparece, aunque tímidamente, al final del libro:

¡Azotadme,
siempre, hasta que las voces oscurezcan el cielo,
clavad hasta que el aire se enternezca...!

.....

Yo soy de plomo, mi palabra es brasa.

5. LA EXPERIENCIA EXISTENCIAL Y HUMANIZADA

El universo poético de Nora, es decir, aquel que se presagiaba ya en *Amor prometido*, se concentra e intensifica en *Cantos al destino*, una de sus cimas líricas. Iniciado cuando el poeta contaba dieciocho años y elaborado durante los cinco siguientes, este libro es un canto estremecido al hombre enfrentado a su destino; un destino de vida, contemplado desde la conciencia, que tiene como fin ineludible la aspiración absoluta al amor, el ansia de eternidad y de belleza, la desvelación del misterio y lo indecible por encima de las limitaciones y las amenazas de la soledad. Ya en el poema pórtico que lo abre anuncia el canto con una invitación convencida al sentido humanista:

Puesto que vano, vano, fútil y sin raíces
es todo lo que fuera del hombre sucede [...]
¡Oh poeta, esclarece el Destino!
Húndete, arraiga hondo,
con los ojos abiertos, con el alma fundida
en la sangre, el anhelo y la voz de los hombres.

Todo lo que sucede fuera del hombre, todo lo que no le concierne como ser espiritual y eterno, es vano y fútil. De manera que el hombre se convierte en centro de su conocimiento y de su poesía y el humanismo en cauce por donde discurran todos sus versos. Unas veces, las ansias y

aspiraciones aludidas culminan en el más intenso existencialismo, y otras se contagian del más puro lenguaje desarraigado. En cualquier caso, se trata de una dura dialéctica interior del hombre, del poeta, con el medio vitalmente soportado. Lo esencial es ser hombre en toda la extensión de la palabra, pero también lo es conocer al hombre («Ser hombre, y conocerlo», dice); y el hombre, como repite el poeta constantemente, anhela un destino de eternidad, realizable en la libertad, el amor y la belleza.

La dialéctica recorre curiosamente el camino inverso al de los románticos. Si los románticos partían de la exaltación para llegar a la soledad, Nora arranca de la soledad para despegar más tarde hacia la exaltación, aunque reconozca los límites que pueden arrastrarle de nuevo a la soledad. Es el coraje del sentimiento conducido por el vitalismo. *Cantos al destino* describe, por tanto, en principio, y con minuciosidad, la soledad del hombre y la indefensión de su vivir. En cualquiera de sus poemas se puede encontrar este sentimiento de una forma expresa y directa:

Hoy sé, sabía entonces
que el hombre vive solo.

.....

Remoto
está el mundo, y su luz.
Un hombre, un hombre solo [...]

¡Qué abandono
poblado con recuerdos,
amputado hombre solo [...]
El mundo, sordo,
está en su sitio, es eso:
indiferencia y odio.

Esta dialéctica entre el ser humano y un mundo desconocido y hostil a él, que se percibe con claridad en los versos anteriores, se configura como idea obsesiva a lo largo del libro, y no es raro leer: «Pero todos, todos, / náufragos ya, perdidos, heridos ya de muerte, / sienten que el alma es oquedad vacía»; o bien: «Quizá es su soledad quien lo persigue; / no hay nadie y sin embargo el niño huye»; o bien, oír esta terrible exclamación: «¡Cómo tus tristes muros, soledad, levantaste! [...] ¡Oh triste, triste sueño! La soledad por siempre, / y ahora que ya despierto, que como niebla olvido...» El hombre, solo, desesperanzado, se enfrenta a un mundo inviable para ser habitado y vivido, cuando desea un destino muy distinto:

Perdido en ti; cercado
de indiferencia y odio.
¡Vencido!, ya no esperas.
Y sufres, y estás solo.

Este sentimiento se agudiza aún más cuando el poeta

expresa su impotencia para superarlo. El hombre, con su tormento y desesperanza, con su trágico destino («¡Seguid, seguid ese camino, hermanos; / y a mí dejadme aquí / gritando», dice), se siente arrojado sin remedio al vencimiento, preso en sus límites temporales; en definitiva, zarandeado por su propio vivir:

Es penoso el destino.
Es terrible ser árbol
descuajado en su viento,
ir ciego en su torrente,
alzado a su arrebato.

A pesar de todo, su actitud, su postura personal y su visión de la realidad no se resuelven en desprecio u odio al mundo y a la vida. Eugenio de Nora es un poeta vitalista y su palabra aparentemente desesperanzada o atormentada no se identifica con la derrota o el abandono. «Sé que tan sólo para amar se nace», escribe. Cuando en el poema «La belleza» se pregunta dónde encontrar una imagen de su alma, y se responde, dudoso, «Yo no sé si en el mar agitado / turbio de monstruosa y bella vida, / o en la tumba profunda / que contiene a la muerte», la contestación es la más humanamente coherente: se confiesa incapaz de expresar verdades absolutas y reconoce, como los escritores barrocos del ^{XVII} español, el contraste intrínseco y paradójico de la existencia humana, a la vez bella y

monstruosa («Bella eres, oh Vida de mil rostros», escribirá más adelante en el mismo poema).

La exaltación llega en forma de ansiedad y deseo de eternidad, de amor y de belleza. Pero sólo se consigue con la lucha, por encima incluso de la misma vida. Así, de un lado, lo reconoce en su contingencia: «Pues el anhelo humano / ama la eternidad, es él mismo infinito; / pero el hombre, se siente / preso en sus límites, temporal, imperfecto»; de otro, lo identifica con la lucha y el amor:

 Pero luchar, amar, poseer la gloria,
 ¿es madurar el hombre hacia lo eterno?
 ¡No es vida, mi demonio, lo que pido;
 quiero inmortalidad y permanencia!

El poeta pide inmortalidad y permanencia para madurar hacia lo eterno, es cierto, pero no en menor medida para desvelar la belleza, también eterna. No es nuevo, tratándose de un poeta, la aspiración hacia la Belleza (con mayúscula) y el deseo de crear belleza (con minúscula). La Belleza, sin embargo, no se reviste de los tonos y perfiles armoniosos de las épocas clasicistas, sino del movimiento, de la agitación y del misterio característicos de aquellas otras tendencias que en sus formas rompieron con las normas equilibradas y serenas (otra vez hemos de citar al Barroco y al Romanticismo). Y así lo escribe Nora, aceptando de antemano, a la manera de Bécquer, la imposibilidad de

expresarla:

¡Oh terrible Belleza, oh furia adormecida:
jamás, jamás mi boca podrá decirte, nunca!
Jamás palabra humana fulgirá en tu misterio.

Entonces, el destino del poeta es doloroso, ya que no puede decir la Belleza, porque no puede llegar a su misterio, y tiene que conformarse con crearla de un modo sombrío, como una rosa estrujada que se resuelve en aroma:

Doloroso en verdad, poeta, tu destino,
desesperado como el lento hundimiento de los ríos,
si tu gloria, tu canto, la sombría belleza a que das vida,
cenizas han de ser de la cruel rebeldía,
de la resignación oscura del hombre que te nutre:
tal la rosa estrujada, su perfume ascendente.

El paso siguiente en su vitalismo es, consecuente con su experiencia personal, el inconformismo, que se materializa en un tono intensamente desgarrado, e incluso alcanza a veces la forma del grito. Son muestras de su existencialismo; el poeta desea evadirse del momento y el lugar concreto que está viviendo:

¡Dejadme aquí! Quiero gritar,

tan hondo en el dolor, tan alto,
que mi voz no se oiga sino lejos, muy lejos,
libertada del tiempo y del espacio.
¡Dejadme aquí! Dejadme aquí,
gritando...

En otro momento, añade:

... mi sangre secular, violenta, amordazada,
guarda memoria de caricia o chasquido;
[...] de lo enternecedoramente lejano, un mensaje
resuena,
se hace lava en mi voz, la reclama.

Y su voz, o mejor su grito, reclama lo más sagrado del hombre: la libertad («oh libertad, madre del hombre entero»). Un grito que da paso a una consecuente proyección de su poesía, como en los demás poetas de su generación, hacia el sentimiento colectivo y el sentido social que la convierten en denuncia y en compromiso necesario con la realidad. Si bien *Cantos al destino* es un libro que permanece bastante ajeno a la llamada tendencia social, es importante anotar dos ráfagas que lo relacionan, de un lado, con otros poemas escritos por esa época, los de *Pueblo cautivo*, y, de otro, anuncian parte de la poesía posterior de Eugenio de Nora. La primera, en «Primer poema de amor»:

Las vidas de mil muertos siento oscuras,
y mil aún no nacidos claman, quieren
vivir, amar.

La segunda, en «Lamento»:

Los hombres están ciegos,
o no escuchan; acaso
son máscaras; en la Tierra, ninguno
puede hacer luz sin estar enterrado.

La depuración formal, de la que hablamos anteriormente, sigue siendo en este libro una de sus características fundamentales, ya que tal vez alcanza momentos tan brillantes no superados posteriormente. La poesía humanista, existencial o crítica de la posguerra deja de ser en Eugenio de Nora sinónimo de descuido formal. Un poema como la «Oda al sol», de elementos retóricos y cuidadosas superficies lexicales tan evidentes, sólo es posible en alguien con enorme sensibilidad y perfecto conocimiento de las técnicas y los ritmos poéticos. Veamos algunos de sus versos:

La delirante fragua que caldea lo inerte,
que enciende impetuosa la ardiente flor del aire
—frente al sol que se hunde—;
el férreo pez celeste,

el instantáneo fósforo despoblador de espacios...

.....

... ¡oh fugitivo toro de sangre moribunda
amador de la Tierra que cual torrente invades!

Roja como la vida es tu crin en el viento
que acaricia y desgarrá, tal una viril mano
que ciñera la espalda de esta Tierra entregada;
radiante y llameante cual la vida más bella.

Toda una explosión de los sentidos que podría estar, por méritos propios, al lado de los mejores poemas modernistas. La contemplación de la naturaleza y su comunicación con ella (otro hermoso ejemplo es el poema «Sideral») o la recreación del paisaje, que llegará a su clímax en el libro *Siempre*, alcanza aquí momentos excelentes; la sabia utilización de los versos asonantados, la alternancia de metros y estrofas clasicistas (serventesios, endecasílabos, alejandrinos, etc.), como hemos visto en la «Oda al sol», demuestran que nuestro poeta no se resigna a seguir una corriente coetánea dominada por el lenguaje directo y la incisión de los mensajes, sino que se acerca con igual o mayor empeño a las manifestaciones más cultas de la poesía española de todos los tiempos.

El siguiente libro de Nora, *Contemplación del tiempo*, paso importante para que su poesía llegara a un mayor conocimiento de los lectores, pues fue accésit del «Premio

Adonais», prosigue, en líneas generales, la línea temática y formal de *Cantos al destino*, y amplía su mundo de símbolos (la tierra, la rosa, el río, la noche y la aurora, etc.: «Cuanto veo es símbolo», escribe). Hay en él un idéntico camino desde la soledad y la contingencia humana, marcadas por la angustia personal ante la fugacidad del tiempo y de las ilusiones humanas, hasta la exaltación del amor, la belleza, la naturaleza y la vida. No desaparece, por tanto, la ansiedad por superar las circunstancias y el deseo de alcanzar lo permanente.

En los primeros poemas, los tiempos verbales en pasado —«canté, solté palabras mías, di nombre, etc.»— presentan una impresión de desencanto por lo que fue y ya no es, por lo que estuvo una vez y ya se ha ido. Se advierte la amargura por el vacío y la tristeza del mundo, por el amor que suspiró antes la voz de su canto y por la belleza que se pierde. Son las ilusiones que pasan y dejan el recuerdo teñido del verde que se esperó en algún momento y el negro que como un tizón ahora lo cubre:

¡Lo bello: perdido!
¿Qué amar, si pasamos?
El rumor del río
llora lo lejano.
¡Aire vano, arenas
pedregales muertos!

¡Ir, pasar! Y queda
ese cauce seco.

El vigor del canto y el sentido de la palabra se concentran de golpe en el tono existencial machadiano que va descubriendo la reflexión sobre el paso del tiempo y la soledad («¡Ay, cauce de la tristeza! / Aún pasa el agua del río, / y mi corazón con ella»). Y en otro lugar: «Encontrándome, me he perdido. / Somos tiempo con forma de río»), sobre el vacío y el hueco de la fugacidad:

Algo, ausente sobre el mundo,
algo acaba de existir cuando yo llego.
(La penumbra, lentamente,
hueco tibio del silencio,
vuelve al sitio cada cosa. Suelo y luna).
... Algo hubo cuyos pasos ya no siento.

El dolor no sólo aparece con el recuerdo de lo desaparecido o con la ausencia que dejan las formas fugitivas. La vida, el presente, ha dejado de ser un sueño o una ilusión para convertirse en un recorrido doloroso y ensangrentado:

En esta noche intransitada,
el poeta, silencioso y solo,
aparta con manos que sangran

las ramas del camino nuevo.

Esta visión de la existencia humana desemboca en la dialéctica desarraigada, tan insistente en nuestro poeta, en el enfrentamiento entre la vida y la muerte, y en ella confluyen el dolor y la soledad, la angustia y el vencimiento:

Seguí calles y calles. Paseaba
la muerte y sus vestigios.

.....

Pero esta sangre es de un hombre vivo
que luchó con la muerte y fue vencido.

Sin embargo, como ya se vio en *Cantos al destino*, el amor y la belleza, centros neurálgicos de la poesía de Nora, vuelven a dar alas a la exaltación y a la trascendencia humanista de la realidad. Siempre hay lugar para la esperanza, para la salvación por el amor, aunque sea un ramo desgajado («Para ti sola esta tristeza / de ramo verde y desgajado / que traigo en la tarde de oro, / y que te pongo entre las manos») o una primavera de rosas a punto de desaparecer («¡La primavera en las manos! / Ay amor, amor, ¿quién eras, / con tu corona de rosas / —y una guadaña en la diestra?»), y para la contemplación de la belleza y la naturaleza, que siguen dando sentido a la vida:

Todo era vivo, y la humedad ponía
hierba en mi pelo, piedra en mi cabeza,
y algo humano, sin duda, en lo roqueño
y vegetal; todo era de la tierra.

.....

Yo vi en la luz que late vida,
entre el verdor de la maleza,
la rosaleta conmovida
por la brisa de la belleza.

Y ya al final del libro, como ya había hecho anteriormente, Nora abre su discurso poético al dolor y la angustia de los demás, con un tono de inconformismo y reivindicación de gran dureza que se acerca a la tendencia social que años más tarde desarrollarían, incluido él mismo, los mejores poetas de la época. Así sucede en el poema titulado «Lo que yo pienso sobre ello»:

Pero aquel incidente nunca habrá concluido.
¡Sabedlo bien, hombres de los anillos!
¡Nadie está libre de la sangre que ha vertido!
Podemos todos circular, podemos
escupir, o callar, o remejer suspiros.
¡Podéis clavar las puertas, las ventanas del cielo,
cuando pidiendo un rifle pase descalzo un niño!
...¡pero ay de los malditos,
de los que están en deuda con cuerpos enterrados,

de los que desnivelan la muerte con más muerte,
y creen que el incidente ha terminado!

6. LA EXPERIENCIA AMOROSA

El siguiente libro, *Siempre*, el más extenso y otra de las obras capitales de Eugenio de Nora, da sentido total a la exaltación desde la experiencia del amor, arropada por la plenitud exuberante de la naturaleza subjetivada y envolvente, que ya habían anticipado, como hemos visto, los libros anteriores. El poeta, no obstante, llega aquí mucho más lejos en la contemplación y el gozo del amor: la historia amorosa transcurre desde el anhelo y la búsqueda de la amada, que evolucionan a lo largo de una comunicación confidencial con la naturaleza, hasta el encuentro y el gozo con ella en el cobijo de esa misma naturaleza. Su asunto es un hermoso recuerdo, sin duda, del bíblico *Cantar de los Cantares* o del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz.

En *Siempre*, por otra parte, pueden observarse de nuevo no sólo la esmerada estructura formal que caracteriza a toda la obra del poeta, sino también la variedad métrica de los versos (es relevante, sin embargo, su permanente gusto por las cuartetas o los alejandrinos asonantados) y la gran precisión en la elaboración del lenguaje.

Algo, pues, han cambiado los contenidos con relación a

los comentados hasta ahora. Porque si bien aparecen ráfagas existencialistas en algunos poemas, y el dolor o la angustia parecen empañar la pasión amorosa, en todo momento y de tal manera se trascienden por medio de la exaltación y del humanismo vitalista, que la mayor parte del libro se centra en una interferencia y una relación prolongada entre el amor y la naturaleza: es como si el yo del poeta interiorizara el mundo exterior para transformarlo en una intuición-expresión de su subjetividad lírica e intimista. En consecuencia, el anhelo de eternidad y el deseo de alcanzar la belleza se expanden como un canto a la vida desde el primer poema, que concluye con este verso: «Más vida. Va a nacer la armonía.»

En ese primero y largo poema se advierte ya en el poeta el coraje y el ímpetu por trascender las circunstancias, por superar el dolor y el desarraigo que se respira en la vida cotidiana. La angustia o la conciencia del destino entonces no son más que un paso necesario de la condición humana, una premisa inexcusable, para alejarse del presente y franquear las puertas invisibles de la vida, la esperanza y el amor:

Pero el dolor, si lleva
a desear la muerte,
es, también él, más vida:
¡si cada estío de oro alza amapolas nuevas,
qué luto podrá ahogar a un corazón humano!...

Más fuerte que el destino
es el amor; más honda
que el terror, la esperanza.

El dolor y la realidad, como vemos, son superados por el aliento del amor, por la presencia nutricia de la naturaleza y por la fuerza de la esperanza. Ellos dan vida al poeta y le empujan a buscar más vida. No en vano la conclusión final del libro certifica que la vida es amor y naturaleza. El diálogo que el poeta establece con la amada o consigo mismo tiene un hermoso contrapunto en la naturaleza y el paisaje, los cuales actúan como alimento espiritual de la interioridad. Así, una tarde, unas flores tempranas (sobre todo la rosa: «Querría solamente una rosa; / esta luz clara y tibia en los ojos, / y una rosa entre las verdes hojas»), una lluvia fina, un valle, un amanecer, una noche, un lago, un río, un árbol o el universo entero (todos ellos símbolos de la belleza, el amor o la eternidad) serán, de una parte, los referentes adecuados del discurso amoroso, y de otra, la geografía imaginaria de la aspiración perpetua a la plenitud y al absoluto:

¡Oh universo en que quiero
estar! ¡Ramo de estrellas!
Estas gotas de lluvia,
tierra tibia, te encuentran...

Un anhelo de eternidad y plenitud que se descubre cuando la belleza, el absoluto, además de identificarse con el amor, nombra a la amada (como dice en el poema «Carmen de la plenitud»: «Más bien no tener palabras, / sino estrellas, sino rosas. Más bien decir, al pensarte, / la belleza: ella te nombra»); o cuando en un amanecer, como si fuera el comienzo de la vida y de la exaltación, la tierra canta y la alegría avanza de gozo en gozo:

¡Uno, cien, mil, todos los días!
Es la canción que dice *siempre*,
que canta ¡siempre!, repetida.
¡La eternidad cada mañana!
—Eres la vida que amanece.
Tierra de luz, ilimitada...

La totalidad del libro *Siempre* constituye un canto al amor en plenitud, vivido en la experiencia más exultante. Su organización estructural en siete apartados es una pura convención del poeta, ya que, por su unidad y concentración temática, se puede reducir a tres partes nucleares, las tituladas «Días y sueños», que, tras «Un cántico inicial», se subdividen en otras tres, las tituladas «Sentido de la gracia», «Canciones en el aire» y «El amor que lucha», que las complementan. Los poemas de estas tres partes nucleares llevan en su título la palabra «Carmen», nombre de la amada y palabra emblemática

para todo el conjunto, no sólo por su significado latino de *canto*, como se sabe, sino sobre todo por ser los poemas auténticos cánticos, himnos al amor, a la amada y a la belleza del universo, en ocasiones salpicados de tristeza, pero las más de las veces rebosados de júbilo y entusiasmo:

Felicidad contigo. Nos viven y sustentan
en lo hondo de la noche las veraces estrellas.

¡Felicidad! Tendremos, alba de cada día,
nuestro infinito en rosas desnudas. Nuestra vida.

Puede concluirse, por tanto, que las imágenes aparentemente desapacibles de la naturaleza o de la realidad son escasas, y que las referencias a la tristeza o a la soledad son puntuales y pasajeras, pues en este libro no son consecuencia de la angustia o del dolor interiores por el sinsentido existencial o la falta de amor, como sucedía en su obra anterior, sino, por el contrario, fruto de la ausencia circunstancial de la amada («Mira, ¡tantos caminos de tierra y aire!, / y van sin nadie, solos de no encontrarte»), una ausencia que provoca la ansiedad de la búsqueda, como en el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz, y que desaparece en cuanto se produce el encuentro y se alcanza la plenitud:

¡Cima, plenitud: sentirte

descanso del alma, y forma!
¡Quererte!: florecer astros,
y estrellar la noche a rosas...

Una plenitud que identifica al amor y a la amada con el cielo o el universo («Oh maravilla nuestra, cielo infinito; / si una vez te miramos hemos nacido»), con la vida («¡Qué hermosos labios / tiene la vida, qué candentes pechos / para fundir amando cuanto roza!») y con la naturaleza:

Las veces en que el agua y tu cintura,
la luz y tu sonrisa, el palpitar
de las ramas del aire y los suspiros
los enlazó mi sueño...

Todo, pleno y completo, es y ha de ser el amor; no sólo en el gozo, sino también en la tristeza, en la esperanza, en el odio incluso (así lo manifiesta en el poema «Oración por las lágrimas»). Y en la plenitud y con la plenitud, se produce la entrega a la amada, el dejar de ser uno mismo para ser en otro, a la manera de Pedro Salinas:

Lo mejor de mí no es mío.
Lo que yo he de ser está
esperándome en tus ojos.

El poeta reconoce y declara la experiencia del amor

como una obsesión multiplicada, como una canción permanente que repite sin pausa la misma ilusión:

Quizá, quizá me repito;
[...] si mis palabras
se enlazan porque te quiero
deben, con varia hermosura,
decir siempre el mismo sueño.

Y, finalmente, culmina su aventura poética con un recuerdo a Jorge Guillén, con el resumen de un «SÍ» afirmativo al amor que fue «casi antes que la vida». El ser humano es, existe y ama para seguir amando («¡Ser solamente, ser, completos, / esto que *somos* al amar!») y nace cada día para que, siendo «la eternidad cada mañana», eternamente ame:

... si de pronto
el tiempo es ancho como tierra joven
verdeada y florecida, sobre el cielo...
quisiera nacer siempre,
amarte sólo, y no morir
aún.

7. LA EXPERIENCIA REALISTA Y SOCIAL

Eugenio de Nora se inició en la «poesía social» con su obra *Pueblo cautivo*, publicada en 1946 de forma anónima y clandestina (su autoría se certificaba en el colofón del libro como «obra de un poeta sin nombre»). Se adelantó así en varios años a los demás poetas de la época en la tendencia realista y social que, como ya hemos escrito anteriormente, trataba de presentar con objetividad la vida colectiva española y sus conflictos, dar testimonio de ella, protestar y denunciar su situación social. Más adelante contribuyó de manera decisiva al desarrollo de la tendencia con el libro *España, pasión de vida*, escrito entre 1945 y 1950 y publicado en 1953.

Conviene aclarar, sin embargo, que el contenido y la actitud de estos dos libros no se restringen en su totalidad al testimonio y a la denuncia social. En ellos también se manifiesta con nitidez el poeta que siempre fue Eugenio de Nora, el poeta que aspira a la eternidad y a la permanencia desvelando el misterio, el poeta que rodeado de soledad y dolor clama por la libertad y la belleza. En *Pueblo cautivo* escribe, por ejemplo: «¿Quién desvelará el Orden, y su norma, y el Caos? / La Fuerza es misteriosa. ¿Quién dirá la palabra?» El poeta quiere poner un poco de luz en la oscuridad de la experiencia, en el destierro de la soledad, porque «Todos estamos solos», dice al comienzo del libro; y en otro lugar añade: «estoy mirando, estoy mirando solo». Idéntica sensación de soledad aparece en *España, pasión de vida* cuando identifica la soledad personal con la soledad de

España:

Galerías profundas
abre al alma el recuerdo,
si en soledad ahondamos
su inabarcable cielo.

Hasta tal punto llega el dolor por la realidad en este tiempo de posguerra que Nora, consciente de las circunstancias y solidario con ellas, sacrifica sus ansias puras de belleza y de expresión estética en favor del testimonio y el compromiso con el pueblo. Así lo asegura en el poema «Testimonio», al contemplar de modo amargo y crítico el orden militarizado en el entorno: «Yo bien quisiera / hablar con voz más pura de la luna y las flores, / o descifrar en versos mágicos / el color de los ojos de la mujer que amo: / pero ahí está lo otro, / un oleaje, una salva de aplausos y disparos, / el mar ronco en las calles.»

Aun así, el centro temático de los dos libros, como el que más tarde vertebrará otros libros de los restantes poetas de la época, es la confluencia de una actitud ideológica, un testimonio, un compromiso social y un apasionado amor a España. Sin poner en entredicho la sinceridad y la intención de los poetas, no cabe duda de que el tratamiento del tema fue adoptando en sus versos ideas y expresiones tan constantes y reiteradas que tal vez hoy, vistas desde la distancia y bajo otros principios estéticos, pueden ser

calificadas como fórmulas bastante convencionales. Es Eugenio de Nora, sin embargo, el que, quizá por llegar antes que los demás a su tratamiento, menos se deja llevar por este posible convencionalismo. Sólo tiene que fijarse el lector en su constante voluntad estética y formal, que no pierde la intensidad de sus anteriores libros, o en su firme trabajo versificador, que alcanza cotas envidiables en los sonetos y en los poemas en alejandrinos o endecasílabos blancos, sin olvidar los de verso libre asonantado, para borrar el tópico de descuido formal atribuido generalmente a los poetas sociales.

El «tema de España» adopta, como ya se ha escrito en numerosas ocasiones, dos direcciones esenciales: por un lado, una visión crítica y desolada de la situación española, tras de la que no se oculta el compromiso con unas actitudes ideológicas o políticas concretas, y por otro, consecuente con la denuncia de esa situación, un apasionado amor a España, que persigue y desea el cambio y la transformación de su rostro sombrío y desalentado.

Pueblo cautivo alterna ambas actitudes. Por un lado, la crítica irónica de la situación política española, representada sin ambigüedad, por ejemplo, en el poema «Los gritos rituales»; por otro, el testimonio («España, quiero atestiguar», escribe) del amor y del dolor por España, que la poesía de Nora sigue proponiendo como un canto semejante al que en otros libros dedica al amor o al destino:

¡España mía, frágil
y eterna en cada tallo! De tu roca más vieja
siento alzarse mi canto.

En *España, pasión de vida*, por su parte, y ya desde el primer poema, pueden leerse versos en los que se superponen e interfieren los sentimientos contrapuestos de crítica y amor a España: «Sacio mi vista en tu presencia, / mi hermosa, mi gozosa España, / pero dueles, patria de pechos / mutilados, de boca pálida: / porque se odian y te odian / hijos que tú igualmente amas. / ¡Dueles, dueles! Por eso quiero / cantar tu gloria y tu esperanza.» Y al final del texto, concluye:

¡España, España!
¡Pasión de sangre! Amor de vida,
amor de libertad te canta
en una aurora del destino.
Amor amargo de la patria.

A la hora de enfocar el discurso poético desde una postura dialéctica y crítica, Nora dibuja un amplio arco que va desde los años de la guerra civil al momento coetáneo de escritura. La guerra civil, vivida de cerca por el poeta, proporciona un material importante de recuerdos personales y colectivos. Los fusilamientos son un tema recurrente en *Pueblo cautivo*. Entre otros, véanse, por ejemplo, el poema

«La fuente», donde recuerda el fusilamiento de cinco vidas jóvenes («No vi más. Ésta era / la fuente vieja; ahora, / con nombre de leyenda, / la fuente de los muertos»), y «Años fuera del tiempo», poema subsiguiente en el libro:

Doloroso y tenaz es el recuerdo, vivo,
de España fusilada. [...]
Un día ya, ni la pólvora, mojada en sangre, ardió.
Entonces fue la paz: pisar sobre los muertos.

La guerra civil, a pesar de los años transcurridos, se ve aún muy cercana en los versos de *España, pasión de vida*: «Pero aquí, cerca... Veo tu tierra, / aún violada por las zanjias / que tu pasión pobló de odio / y amor feroz.» Los recuerdos infantiles, por otra parte, recuperan a menudo escenas e imágenes estremecedoras:

Fui despertado a tiros de la infancia más pura
por hombres que en España se daban a la muerte.
Aquí y allí, por ella. ¡Mordí la tierra, dura,
y sentí sangre viva, cálida sangre humana!

Terribles y dolorosos son los recuerdos de la guerra en la poesía de Nora. Pero no menos doloroso es el testimonio de la realidad coetánea, ese presente que se clava en la piel como hojas de acero y en el sentimiento como amargas experiencias. El poeta es testigo de la destrucción y del

hambre, de la indefensión y desamparo de la gente, de la impotencia por superar las circunstancias adversas. Desde el primer poema de *Pueblo cautivo*, en el que hace una declaración de su testimonio («Digo cosas que veo, / no los ángeles puros ni su oscuro mensaje. / Las cosas que yo he visto sobre la tierra dura, / voz a voz, llanto a grito las iré declarando»), hasta el último (que concluye con estos dos versos: «Mi voz atestigua / el silencio y la sangre), Eugenio de Nora da fe de la vida, de la tierra («¡Áspera amada tierra!», dice), del paisaje y de las gentes, y contempla sus heridas.

Semejante intención de testimonio realista manifiesta en *España, pasión de vida*. La objetividad se abre paso con crudeza, por ejemplo, en el poema «Futuro envejecido» para hablar de los niños:

Los niños, muchos niños, piden techo,
lloran alma, tiritan sin rencor.
Acaso está lloviendo, acaso hubo
la naranja que no alcanzó su mano,
o el frío, o las muchísimas estampas
que no vieron jamás. O los zapatos
que están rotos...

Ante la situación social y la visión desolada de España, el poeta responde con un tono reivindicativo que se extiende por las páginas de estos dos libros, en especial

cuando denuncia la falta de libertad en el presente, una libertad por la que lucharon muchos españoles hasta perder la vida en un pasado no lejano y ahora no puede gozar la gente en la calle, una libertad que, sin embargo, existe en otros lugares: «Sabedlo ahora vosotros, que por la libertad / ofrecisteis la vida, aceptasteis la muerte / [...] hay compañeros vuestros que sellan la derrota, / porque si la traición segó o vendió sus vidas, / traición y cobardía perpetúan fosa y cárcel [...] / Perdemos cada hora / la ocasión todavía / de pensar que allá lejos existen pueblos libres», escribe en *Pueblo cautivo*. En *España, pasión de vida* insiste en el dolor de no poder recuperarla: «Y el tiempo existe / para alejar la libertad perdida.»

No cabe duda de que este tono reivindicativo, cuando se reviste con la energía y el coraje de su propio desarraigo personal, recuerda el existencialismo de sus primeros libros. Veámoslo en *Pueblo cautivo*:

Veinte años tengo ante mi voz, maduros,
y pienso: es poca vida para tanta hermosura.
Es poco sufrimiento para esta atroz grandeza.
Yo nunca tuve el cielo, tan azul e infinito,
crucificado en rejas.

Y en *España, pasión de vida*, por su parte, donde llega a sentirse como un «hijo reciente e indefenso» de España, escribe:

Hijo fui de una patria. Hombre perdido: fuerte para luchar, ahora, para morir, mañana.

En el mismo libro, haciéndose voz de su propia generación de niños de la guerra y jóvenes de posguerra, con una juventud escasa y no vivida a causa de las circunstancias, y cuando «había sin Instituto tanto que aprender», Eugenio de Nora confiesa su desorientación, su futuro incierto, su búsqueda de identidad:

No sabemos quién somos; no sabemos a dónde hemos llegado. ¡Muerte lenta del hundido en la nieve! ¿Con nosotros se apagará el mensaje?.. Pero, ¿cuál? ¿Y a quién iba?

El desgarró y la fuerza de sus versos retoman sin duda las huellas del mejor Miguel Hernández y del mejor César Vallejo en su etapa comprometida y social. Nora, como ellos, sobre todo Hernández, se mantiene fiel a su aspiración estética y a su depurado clasicismo formal en la retórica y la versificación, como ya hemos apuntado anteriormente.

Una particularidad de nuestro poeta en el tratamiento del «tema de España» es el acercamiento a su paisaje. Años más tarde, es cierto, otros poetas harán lo mismo con el paisaje de las diferentes tierras de España. Sin embargo,

Nora no se refiere a su paisaje variado y de extendida belleza para contrastarlo con la desolada situación social, como hará, por ejemplo, Blas de Otero, sino a su propia tierra y a su propio paisaje, a sus crepúsculos o a sus noches («¡Oh noche poderosa! ¡Silba / tu silencio! Humedece / tus estrellas ardientes! / ¡Envuélveme en tu llanto!», escribe en *Pueblo cautivo*), para encontrar en ellos comunicación y refugio. Veamos un ejemplo en *España, pasión de vida*:

Y en el aire había aire
azul, vencejos o palomas,
y mucho más, una alegría
de tallos tiernos y amapolas.
Y allá, detrás del monte,
detrás de la llanura sola,
estaba Dios: tenía entre las manos
aún más tierra de España, hermosa, hermosa.

El entusiasmo de estos versos no debe sorprender al lector de Eugenio de Nora. Su acendrado vitalismo y su esperanza en el futuro ocuparon siempre un lugar de excepción en su obra, a pesar del desarraigo personal y del dolor social, y como siempre, no cedió ni dio tregua a la derrota o al abandono. De modo que el amargo horizonte que refleja la realidad de España no fue un obstáculo para las actitudes y los versos exultantes, surgidos en el ánimo y

dirigidos por el espíritu y la palabra: «Pero la vida sigue; sobre la muerte misma / en el pulso del pueblo la patria late y sigue. / Y aún de aquella imposible resistencia a la muerte / heredamos también coraje y gloria», escribe en *Pueblo cautivo*. Y años después, en *España, pasión de vida*, defiende con valentía y coraje «la voluntad, tupida como piedra, / del futuro; tenemos la esperanza / movilizada». Y en otro momento proclama:

Yo no digo las ruinas, ni el colérico odio,
aunque ira y odio y ruina me cerquen y penetren;
en mi alma está el derrumbe de una patria humeante,
pero arriba una estrella puramente amanece.

Por último, es conveniente mencionar el poema «Poesía contemporánea». Se trata, sin duda, de una declaración de principios poéticos que, aunque resulten tal vez ajenos y extraños a las tendencias estéticas actuales, representaron en su momento el sentir de los poetas sociales. Nora los asume en toda su amplitud y profundidad, como sus mejores contemporáneos (recuérdense, por ejemplo, los poemas «A la inmensa mayoría» de Blas de Otero, «Para un esteta» de José Hierro y «La poesía es un arma cargada de futuro» de Gabriel Celaya), y protesta contra todos aquellos «poetas oficialistas» que, guiados por una finalidad únicamente esteticista, «cultivan la nostalgia de la lira imposible» y, en el rigor de la posguerra, adornan sus

versos y los revisten de «nubes blancas, con sus ángeles abanicando tímidas alas prerrafaelistas». El poema contiene un ataque muy duro contra los poetas oficiales, que se refuerza con la expresión agresiva y explícita de sus versos.

8. APÉNDICE Y SÍNTESIS

Después de *España, pasión de vida*, Eugenio de Nora ha reeditado su poesía y alguno de sus libros, pero no ha publicado ninguno nuevo. No obstante, al final de la edición de su obra completa (1975) se imprimió un conjunto de nueve poemas inéditos, escritos entre 1955 y 1964, bajo el título de *Angulares*, que vienen a ser como la síntesis y colofón de su poesía. El tono de su escritura es, si se quiere, más sosegado que en el libro anterior, y por otra parte, se muestra con mayor insistencia el yo del poeta, tanto en los poemas dedicados al recuerdo de su tierra como en los que desarrollan una reflexión existencialista sobre el tiempo y el ser humano. A la vez, continúa su habitual concepción formal y estética de la poesía, dirigida a conseguir ante todo una obra exigente y madura.

Así pues, el poeta de raíz existencialista vuelve a sumirse en sentimientos desasosegados como el dolor, el silencio, la conciencia de la soledad, y a refugiarse en otros tan esenciales en su obra como el amor. Por eso, no es raro encontrar de nuevo en estos poemas su conocida actitud

desarraigada:

¿Existimos, realmente? ¿Compartimos
la vida?

Ay, no sabremos nunca *quién* nos oye.

El poeta, como vemos, sigue ahondando en su destino sin biografía, en la desorientación personal y colectiva a causa de las circunstancias; pero también persiste en el papel asumido tiempo atrás para su obra, el del testimonio y el compromiso social que levantan el dedo acusador contra las situaciones injustas:

Qué de pronto hemos visto terribles campos yermos,
alucinadas calles, casas descuartizadas
de ceñuda techumbre desabrigante y torva;
ojos como ventanas
abiertas en la noche sucia y desestrellada...

Sin embargo, el sosiego aludido anteriormente apacigua en ocasiones el tono de las expresiones desgarradas características de su obra anterior y conduce finalmente el discurso poético hacia preocupaciones que, por sus referentes, su desdoblamiento en un *alter ego* y su lenguaje narrativo, pueden recordar a Antonio Machado:

¡Florear tarde lenta, junto al río!

Yo paseaba la avenida quieta
cuando un reloj detuvo (señalando
la vida) su latido,
un momento: lo justo hasta dejarnos
doblar la esquina
(a mí y a un hombre
casi desconocido, extraño
que junto a mí venía
y se perdió), ah, lento, sí, muy lento
bajando hacia este río.

Esta edición

Se incluyen en esta edición los seis ciclos que integraban el libro *Poesía (1939-1964)* de la colección Provincia (León, 1975) y a ellos se añaden dos nuevas secciones: *Pueblo cautivo* (1946) y *No he de callar...* (1950-1992).

El título general de la recopilación, *Días y sueños*, que ya correspondía a tres partes del libro *Siempre* (1953), subraya ahora quizá con más relieve para el autor el carácter antagónico de la realidad, asumida entre lo cotidiano —los días—, insuficiente y opresivo, y lo que aspira a la perfección —los sueños—, a la permanencia, tanto en la poesía como en la vida.

Bibliografía

1. BIBLIOGRAFÍA DE LA POESÍA DE EUGENIO DE NORA

Amor prometido, Madrid, Fantasía, 1945; 2.^a edic.,
Valladolid, Halcón, 1946.

Cantos al destino, Madrid, Adonais, 1945.

Pueblo cautivo. Ediciones FUE, En un lugar de España,
1946. (Edición facsímil. Madrid, Hiperión, 1978; León,
Diputación de León, Breviarios de la Calle del Pez,
1997.)

Contemplación del tiempo, accésit del Premio Adonais,
Madrid, Adonais, 1948.

Siempre, Madrid, Ínsula, 1953.

España, pasión de vida, Premio Boscán, Barcelona,
Instituto de Estudios Hispánicos, 1954.

Poesía (1939-1964), León, Provincia, 1975.

No he de callar... Cantos civiles, 1944-1951, Madrid,
Endymion, 1997.

2. BIBLIOGRAFÍA SOBRE EUGENIO DE NORA

AA. VV.: *Homenaje a Eugenio de Nora. Entre la cruz y la espada: en torno a la España de posguerra*, Madrid, Gredos, 1984.

AA. VV.: *Homenaje de La Cepeda a Eugenio de Nora*, Zamora, Ediciones Montecasino, 1999.

ALDECOA, Ignacio, «El punto de vista de I. Aldecoa», Madrid, *Pueblo*, 1 de abril de 1950.

ALEIXANDRE, Vicente, *Algunos caracteres de la nueva poesía española*, Madrid, Instituto de España, 1955, págs. 23-25.

ALONSO, Santos, *Literatura leonesa actual*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1986.

— «La poesía de Eugenio de Nora», *Reseña*, núm. 261, mayo de 1995, pág. 33.

ÁLVAREZ, Guzmán, *Lírica española del siglo xx. En busca de una trayectoria*, León, Nebrija, 1980, págs. 284-293.

AUB, Max, *Una nueva poesía española*, México, Imprenta universitaria, 1957.

BALCELLS, José María, «Eugenio de Nora. No he de callar...», *Estudios Humanísticos. Filología*, núm. 20,

Universidad de León, 1998, págs. 285-289.

BENITO DE LUCAS, Joaquín, *Once poetas españoles (promoción de posguerra)*, Madrid, Bruño, 1993.

BLEIBERG, Germán, «Contemplación del tiempo, de E. de Nora», *Ínsula*, núm. 30, pág. 5, 15 de junio de 1948.

CANAL, Juan A., «Abrió los ojos y vio el mundo...», *El Ciervo*, XXV, 278, 1976, págs. 28-29.

CANO, José Luis, «Siempre, de E. de Nora», *Ínsula*, núm. 88, pág. 6.

— *Poesía española contemporánea. Las generaciones de posguerra*, Madrid, Guadarrama, 1974.

CASTAÑÓN, Luciano, «Poesía, de E. de Nora», *Región*, Oviedo, julio de 1975.

CASTELLET, J. M., *Veinte años de poesía española (1939-1959)*, Barcelona, Seix Barral, 1962.

— *Un cuarto de siglo de poesía española (1939-1964)*, Barcelona, Seix Barral, 1966.

CASTROVIEJO, Concha, «El inmenso mundo», Madrid, *Hoja del lunes*, 3 de diciembre de 1975.

COMINCIOLI, Jacques, «E. de Nora, Je ne vois pas la poesie comme un luxe...», *La Gazette de Lausanne*, Samedi Littéraire, 11-12, mayo de 1976.

CRÉMER, Victoriano, «Notas para una biografía de

Espadaña», *Poesía española*, núm. 140-141, 1964, págs. 15-17.

DIETZ, Bernd, «E. de Nora, *Poesía*», *Cuadernos Hispanoamericanos*, CIV, 312, junio de 1976, págs. 723-725.

DOLÇ, Miguel, «La poesía de Eugenio de Nora», *Destino*, núm. 590, Barcelona, noviembre de 1948.

EQUIPO RESEÑA, *La cultura española durante el franquismo*, Bilbao, Mensajero, 1977.

ESCAPA, Ernesto, «*Poesía*, de E. de Nora», *Plataforma*, núm. 5, Madrid, diciembre de 1975.

FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, Ángel R., «Sobre la educación poética y el libro *Angulares*, de E. de Nora», *Actas del I Simposio de Literatura Española*, Universidad de Salamanca, 1981, págs. 49-64.

FRUTOS, Eugenio, «El primer libro de Eugenio de Nora», Burgos, *La Voz de Castilla*, 20 de enero de 1946.

GARCÍA DE LA CONCHA, Víctor, «*Espadaña*. Biografía de una revista de poesía y crítica», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 236, agosto de 1969, págs. 380-397.

— *La poesía española de posguerra. Teoría e historia de sus movimientos*, Madrid, Prensa Española, 1973.

— *La poesía española de 1935 a 1975*, Madrid, Cátedra,

1987.

GARCÍA MÉNDEZ, María Jesús, *Aproximación a la obra poética de Eugenio de Nora* (tesis doctoral), Universidad de Salamanca, 1998.

GIMFERRER, Pere, «Notas parciales sobre poesía española de posguerra», *30 años de literatura en España*, Barcelona, Kairós, 1971.

GONZÁLEZ, Fernando, «Los poetas y la poesía», *Halcón*, núm. 5, Valladolid, 1946.

GONZÁLEZ DE LAMA, Antonio, «Tres poetas nuevos, E. de Nora», *Espadaña*, núm. 14, 1945.

— «El destino poético de E. de Nora», *Espadaña*, núm. 19, 1945.

— «Poesía y verdad», «Amor prometido», *Espadaña*, núm. 25, 1947.

GRANDE, Félix, *Apuntes sobre poesía española de posguerra*, Madrid, Taurus, 1970.

GULLÓN, Ricardo, «Cantos al destino», *Alerta*, Santander, 28 de diciembre de 1945.

HARO TECGLÉN, Eduardo, «La poética de Eugenio de Nora», *Informaciones*, Madrid, 18 de junio de 1948.

HEINIMANN, M., «Der spanische Dichter E. de Nora», *Der Bund, Der kleine Bund*, Berna, 3 de marzo de 1967.

— «Spanische Horizonte. Poesía, E. de Nora dichterisches Werk 1939-1964», *Der Bund, Der kleine Bund*, Berna, 19 de marzo de 1977.

JIMÉNEZ, José Olivio, «La conciencia del tiempo histórico en la poesía española de posguerra», *Homenaje a Eugenio de Nora*, Madrid, Gredos, 1984, págs. 191-203.

LECHNER, J., *El compromiso en la poesía española del siglo XX (Parte II: 1939-1974)*, Leiden, Universitaire Press, 1975.

LARA, Antonio de, «Poesía (1939-1964) de E. de Nora», *Boletín de la Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos*, núm. 8, Neuchâtel, 1976, págs. 2-4.

Literatura contemporánea en Castilla y León, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1986.

LÓPEZ ANGLADA, Luis, *Panorama poético español 1939-1964*, Madrid, Editora Nacional, 1965.

LÓPEZ DE ABIADA, José Manuel, «Observaciones en torno a la poesía de posguerra. Conversación con E. de Nora», *Ínsula*, núm. 407, octubre de 1980, pág. 3.

— «La poesía como testimonio en E. de Nora», *Letras de Deusto*, núm. 23, enero-junio de 1982, págs. 137-159.

LÓPEZ CASTRO, Armando, «La mirada trascendente de Eugenio de Nora», en *Poetas leoneses del siglo XX*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1999, págs. 123-

150.

LUIS, Leopoldo de, *Poesía española contemporánea. Antología (1939-1964), Poesía social*, Madrid, Alfaguara, 1965.

—«España, pasión de vida de E. de Nora», *Ínsula*, núm. 115, pág. 7.

MANRIQUE DE LARA, J. G., *Poesía española de testimonio*, Madrid, Epesa, 1973.

— *Poetas sociales españoles*, Madrid, Epesa, 1974.

MANTERO, Manuel, *La poesía del yo al nosotros (Introducción a la poesía contemporánea)*, Madrid, Guadarrama, 1971.

MARCO, Joaquín, «La poesía de E. de Nora», *La Vanguardia*, Barcelona, 24 de diciembre de 1975, pág. 51.

— *Poesía española. Siglo XX*, Madrid, Edhasa, 1986.

MARTÍNEZ GARCÍA, Francisco, *Historia de la Literatura Leonesa*, León, Everest, 1982.

MARTÍNEZ RUIZ, Florencio «Poesía por E. de Nora», *Blanco y negro*, Madrid, 23 de agosto de 1975, pág. 58.

MIRÓ, Emilio, «Eugenio de Nora y sus poesías reunidas», *Ínsula*, núm. 350, pág. 6.

— «La poesía desde 1936», *Historia de la Literatura*

Española. El siglo xx (Coor. J. M. Díez Borque), Madrid, Taurus, 1980, págs. 327-389.

MORALES, Rafael, «Contemplación del tiempo», *Cuadernos de Literatura*, núm. 10-11-12, julio-diciembre de 1948.

MUÑOZ CORTÉS, Manuel, «Cantos al destino», *Arriba*, Madrid, 27 de diciembre de 1945.

NORA, Eugenio de, «Sobre la llamada poesía social», *Realidad*, núm. 5, Roma, 1965, págs. 96-98.

— «Espadaña, 30 años después», *Espadaña*, León, Espadaña Editorial, 1978.

— «La mirada del poeta», en *Versauts*, Revue suisse de littératures romanes, núm. 12, 1987, págs. 3-6.

— «¿Para qué sirven las antologías?», en *Leer*, núm. 80, 1996.

— «Mil años de poesía española en perspectiva francesa» en *Revista de Libros*, núm. 11, 1997.

PALOMO, María del Pilar, *La poesía en el siglo xx (desde 1939). Historia crítica de la Literatura Hispánica*, vol. 21, Madrid, Taurus, 1988.

PÉREZ VALIENTE, Salvador, «Mapa poético de España. León», *Informaciones*, Madrid, 3 de noviembre de 1948.

QUIROGA CLÉRIGO, M., «E. de Nora, veinticinco años de plenitudes», *Informaciones*, Madrid, 25 de septiembre de 1975.

- RIBES, Francisco, *Antología consultada de la joven poesía española*, Valencia, Marés, 1952.
- RUBIO, Fanny, *Las revistas poéticas españolas (1939-1975)*, Madrid, Turner, 1976.
- SÁNCHEZ MONTES, Juan, «Eugenio de Nora y sus *Cantos al destino*», *Estrella de Mar*, Madrid, febrero de 1946.
- SANZ VILLANUEVA, Santos, *Literatura actual. Historia de la Literatura Española. Siglo XX*, tomo 6/2, Barcelona, Ariel, 1984.
- SOLADANA CARRO, Amaro, «E. de Nora, poeta de la elementalidad», *Homenaje a Eugenio de Nora*, Madrid, Gredos, 1984, págs. 345-360.
- *La poesía de Eugenio de Nora*, León, Institución «Fray Bernardino de Sahagún» (CSIC), 1987.
- SUÑÉN, Luis, «Una palabra para ahora. *Poesía*, de E. de Nora», *Reseña*, núm. 88, 1975, pág. 11.
- VALVERDE, José María, «*Contemplación del tiempo*», *La Nueva España*, Huesca, 25 de septiembre de 1948.
- VERGÉS, Pedro, «Reseña de una paráfrasis anónima», *Hora de poesía*, núm. 2, 1979, págs. 36-39.
- WRIGHT, Eleanor, *The poetry of protest under Franco*, Londres, Tamesis Books, 1984, págs. 57-72.

Amor prometido (1939-1945)

A Vicente Aleixandre

*Quoi dono lepidum novum libellum...?
... tibi; namque tu solebas
meas esse aliquid putare nugas¹.*

(Cat., I)

LA CANCIÓN DEL JOVEN

*Tensión del anhelo. Sí;
cable que se rompe, el alma.
Y los caminos del mundo
—larguísimos, sin paradas—,
como las compuertas libres
de una balsa...*

*Por esas acequias plenas
¡toda mi juventud marcha!
De ronda con las estrellas,
hacia fechas aún lejanas,
más, más allá de los cauces
—¡agua clara!—,
se desborda la riqueza
de mi alma.*

*Duele, sí, ¡pero dejadlo!,
porque hay torres sin campanas,
labios vírgenes de besos,
y cumbres que esperan águilas.
Al mundo, huérfano y pobre,
mi juventud le hace falta.*

*¡Adiós!
Me voy a vivir
la vida dulce o amarga
que me espera. Quedaré,
acaso, a fin de jornada,
más pobre,*

*¡pero me voy!
Es mi anhelo quien me lanza.
¡A fuerza de madrugar
he de adelantar el alba!*

*¿Para qué quiero la vida
si no es para regalarla?*

(1942)

PRIMEROS POEMAS *(1939-1941)*

*In sul mio primo giovanile errore,
quand'era in parte altr'uom da quel ch'i' sono...
ove sia chi per prova intenda amore,
spero trovar pietà, non che perdóno².*

(PETRARCA, CANZ., I)

POESÍA

Bajo el alba,
entre rosas extasiadas.
Salí camino del cielo,
para ver si te encontraba.

Para ver si te encontraba,
y tú, mi vida, no estabas.
Tú no estabas. Entre rosas,
llamándote, bajo el alba.

Hallé rosas de la aurora
venciendo mares de sombra.
Miré rosas de la tierra,
erguidas porque las quieran,
las besen.
Cántico del sol que muere,
vi las rosas del poniente.
Los ángeles las regalan.

Y tú, mi vida, no estabas.
Rosa de nadie, ignorada.
Tú, que te harás porque sí,
y sin servir para nada.

De tu perfección avara,

purísima, alma del alma,
rosa bella, sin motivo,
oh poesía mía, increada.

(1940)

LA CANCIÓN SIN DESTINO

Tú, nunca encontrado,
solo a quien busqué.
¿Siempre he de seguirte
sin llegarte a ver?

Amor prometido
en rosa y en luna,
en toda belleza
que quede o que huya...

Tú que me naciste,
y el amor nació;
unidad completa,
soledad, amor.

¡Amor sin amada!
¡Fantasma de fe,
nostalgia, recuerdo
que nunca miré!

¿No eres tú quien mueve
la buena pelea,
tú, a quien se va siempre,
y nunca se llega?

Si eres en mi alma
flor de eternidad,
¡florécete y huye,
no me des la paz!

Pero, no: en el mundo
me naciste un día;
pues en ti soy hombre,
déjame que viva.

Estoy: una vida
es la eternidad.
Jamás tendré otra,
te quiero alcanzar.

¡Sí, quiero alcanzarte,
y tenerte, sí;
vivir un destino,
vivir y vivir!

¡Yo quiero tus ojos,
tu voz y tu boca,
y tu alma y tu carne
toda, toda, toda!

¡Oh amor prometido
que nunca he de ver;
si eres como un sueño,

bella debes ser!

(1939)

JARDÍN

(HOMENAJE A JORGE GUILLÉN)

El domingo se ha vestido
de decoro en los mayores,
y de sonrisa en los niños.

(Niños que al salir de misa
bebieron en la mañana
—un gran vaso azul y oro—,
néctar de gozosa gracia.)

Por eso el jardín se llena
de gritos multicolores
que saben a zumo y menta.

(¿Y qué iba a ser de esas flores
—violetas, jazmines, lirios—,
y de esos árboles, viejos,
si no vinieran los niños?)

Pero están. Aquí es la fiesta.
Son ricos en alegría,

y la dan a quien la quiera.

(¡Risas, risas que revuelan
entre ramas verdecidas;
gritos que escalan el cielo
altísimo de la dicha!)

Sí, se dan a quien los quiere.
¡Oh alma: recoge el tesoro
más puro y ágil: lo alegre!

(¿Mundo loco? No: feliz.
Los niños ven, admirados,
inocentes de su obra,
pasar bandadas de pájaros...)

(1940)

ELEGÍA

A Fidelio Fraile

Los caballos del ensueño
entre música voltean.
Marchan,
pero nunca llegan.

Como un tropel, el ensueño

cabalga su carretera;
lleva esperanzas que pronto
fracasadas serán pena.

(Revive la tarde clara
—vida y mundo en primavera—,
cuando, entre músicas locas,
hice pie en vuestra estribera...

De entonces, bandera, izada
la vida por siempre queda.
Pena izada es una vida,
agitada al viento o quieta.)

Carrusel triste, el ensueño;
en la amarillenta fiesta
de la vida,
nunca cesa su carrera.

Voy cabalgando —soñando
esperanzas casi muertas—.
La muerte sólo podrá
buscar un día mi vereda.

Que los caballos del sueño,
marchan.
Pero nunca llegan.

(1939)

ALMA

La tristeza me hiere,
una tristeza que adormece y mata...

—Tienes, para tus ojos,
un cielo todo azul y nubes blancas
verdor de frondas, fuentes;
y es luz el aire en calma...

Pero el dolor...
—Tienes, para tu áurea nostalgia
de otro cielo, los pájaros,
y la voz armoniosa de esa niña que canta
cerca o lejos...

¡Dolor!

—Y tienes, de las flores, su fragancia,
para ti; y de los frutos
el sabor; leve y mágica,
la caricia intangible de la brisa
como un ángel sin alas...

¡Amor! Pero este anhelo,
pero esta angustia inconsolable y blanca,
rosa de aroma de tristeza
que hiere y que no pasa...

(¡Oh, rui señor! La luna y el silencio.
Y en el silencio late el alma...)

(1941)

CANCIÓN TRISTE

(P. I. Tchaikowsky)

Mi tristeza decía:

¿Qué flor nueva iluminas
en tu tierra de voz?
Sangran viejas heridas,
y llora el ruiseñor
de ayer, al aire nuevo,
su canción.

Y yo:

¡Ay, amor,
que te fuiste y te vuelves;
ay, amor!

Mi alegría decía:

No sé si el tiempo gira,
o si retorno yo;
pero rosales de oro
miro otra vez en flor,
y en la fuente ayer seca
juega el agua con sol.
¡La primavera vuelve,
corazón!

Mi corazón decía:

¡Primavera otra vez!
Cántale, ruiseñor,
tu antigua y siempre nueva,
siempre bella canción:
«Cuánto te quiero, mi vida y
mi sol.
¡Ya el nomeolvides tuyo
floreció!»

*Y yo decía, sólo,
tu estribillo, canción:*

¡Ay, amor,
que te fuiste y te vuelves;
ay, amor!

(1941)

PRIMAVERA NOCTURNA

*(...nacerla
dentro del corazón*

UNAMUNO)³

El corazón está en vela
sosteniendo estrellas altas.
La luna joven sonrío

fantásticas enramadas.
Arden en la noche oscura
luces vagas y lejanas
que son también como estrellas
de la tierra. A la ventana
llega, virgen, el aroma
de las rosas. Y alza el agua,
quedamente, un rumor dulce
que confunde la distancia.

Una voz de ángel o anhelo
en el aire canta y canta:
«¡Mañana será domingo
en el mundo y en tu alma!».

Y yo miro, escucho, sueño,
y tengo el alma extasiada,
de manera que no sé
si el mundo es el mundo o nada.
Yo llamo a mi corazón,
porque siento que se marcha
a los jardines del sueño
de lo que ha de ser mañana.
Pero él huye y no responde
sino con risas y lágrimas
de alegría. Y me quedo solo,
solo con estrellas altas,
con rosas que no se ven,
con la luna y con las ramas.
Solo sin mi corazón
que es todo cántico y alas.

Y el alma se va durmiendo
llena de cosas lejanas,

de cosas bellas y de
cosas que han de ser mañana.
Mañana, sobre las flores
—será de flores su falda—,
tú la mirarás sonriendo
dulcemente, sin palabras.
Sin pronunciarlo, la boca
dice un sí de gozo al alma,
y dos sonrisas sostienen
la eternidad encantada.
Pero... ¿no es que era la noche
a la espera de mañana?
¡Oh eternidad! Ella aquí:
Verla, nacerla, mirarla...
Pero, ¿no es que estaba solo
el corazón, y soñaba...?
¿Es visión o eternidad
la fe que el amor levanta?
¡Hoy, mañana! Vive en siempre
el alma cuando así ama.

...Y bellamente confusa
huyó en un fulgor de alba,
lenta, o acaso fugaz,
dejando una estela mágica...

Hondo, el corazón volvía
del jardín del sueño. Daba
pena y alegría verlo
¡herido de rosas blancas!,
por los caminos del mundo
que sólo el amor levanta.

Con una intacta alegría

vi otra vez la luna blanca,
que era sonrisa en el cielo
y en los árboles y el agua.
Y dije a mi corazón:
«Duerme, corazón; mañana...
¡Mañana será domingo
en el mundo y en el alma!»

(1941)

LUNA

Ranas y grillos
asaetean
el aire limpio.
(¿Qué hará esa luna
toda redonda
sobre la fronda?)

La carretera
va de paseo
por las praderas.
(Se está bañando
en la laguna
la luna, luna.)

El aire viene
ebrio de tantas

flores que mece.
(Bota y rebota
la luna lunera
por la carretera.)

¡Cuidado, luna!
Mira que hay ranas
en la laguna.
(Pero la luna,
desnuda y blanca,
sigue en el agua.)

¡Salto mortal!
Una rana grande
la rompió al saltar.
(Niño, ¿es un pulpo
eso que lucha
en el agua oscura?)
Grillos y ranas
cantan aleluyas
a la luna ahogada.

(1941)

ADIÓS

¿Recuerdas? Era así. Césped de alfombra
florece en penumbra transparente,

y en la vibrante, tibia y clara sombra
era verdad tu cuerpo adolescente.

Despojos, alas rotas, tus vestidos:
gaviotas de aquel cielo, extenuadas
por adioses inmensos, sólo oídos
en mis remotas playas deslumbradas.

¡Adiós, amor! Tu fuego ya en mi pecho.
¿Dónde el mundo, trizado en nebulosa?
¡Huye, cintura breve, astro deshecho,

opaca ya en tu piel la luz hermosa!
Nada quedaba, boca. Así fui hecho
a la furia: besar un ascua rosa.

(1941)

AMOR PROMETIDO
(1942-1945)

*Ciel, Amour, Liberté: quel rêve...!*⁴

(ARTHUR RIMBAUD)

SONETO

*...to whom?*⁵

P. B. SHELLEY

Como una rosa de color temprano,
un aire de oro que en el alba avanza,
tengo una luna de desesperanza
como el temblor de un pájaro en la mano.

¡Alma de amor y corazón lejano,
primavera desnuda, danza y danza!
¡Oh verde ramo! Tengo una esperanza,
una voz dulce y un suspiro vano.

Y a decir voy tu nombre de rocío,
a iluminar esa alba circunscrita
toda a tu fruto de dorado estío.

No sólo amarte. Mi alma necesita
erigir tu alma en monumento mío:
si al viento dado, hasta la sangre escrita.

(1945)

CANCIÓN DE LA NIEVE MORENA

El amor finge sombras
a labios que desean
cuando en la sangre abre
rosas la primavera.

¡Oh beso sin destino! Pero tú no eras sombra,
eras nieve morena.

El amor puebla a veces
la soledad del hombre
de ángeles nunca vistos,
para que el alma adore.

¡Oh dioses deseados! Pero tú no eras ángel,
eras ángel con nombre.

El amor llora siempre
tanta frágil belleza
que pasó y ya no canta
sino en el alma ciega.

¡Oh ausencia herida! Pero tú no eras llanto,
eras luz prisionera.

Ni ángel de mi destino,
ni forma del deseo,

ni sueño de amor ido;

sino nieve morena,
o criatura con nombre,
o luz ya prisionera:

¡Oh corazón de selva, corazón marino!
¿Del mar, del aire, de la tierra o del cielo?
Eras el amor mismo.

(1944)

NUCA DONDE AMANECE

Como en sueños, un alba.
Oro en rizos, la luz, la tierra oscura,
y pájaros —amor—, o venas, cantan.

Que cantan y que vuelan ese cielo,
señalando en sus idas —mimo— y vueltas,
como rutas de besos.

Luz densa al tacto, y clara;
arroyo tibio que entre gozos niega
pececillos que escapan.

Alba, entre todas, única.

Si quiero recordarla,
profundamente pensaré en tu nuca.

La sangre, bella y cruel, con amor hiere,
y convoca a más alta vida, en esa
nuca donde amanece.

(1942)

EVENTAIL

(A G. enlutada y silenciosa)

Pero también sin luz el alba pura
o la voz sin palabras al cantarte.
Y el silencio también, para invocarte,
como la sombra ciñe tu hermosura.

¡Noche y silencio, amor, cantan tu altura!
Noche era en mí cuando salí a buscarte,
y en silencio y en noche habré de amarte
¡intacto amor, callada fuerza oscura!

Sí; ciego en tu fulgor, que me visita
tan sólo a mí, tendré la voz primera
de tu silencio: ¡hiere, quema, grita,

oh azucena furiosa y prisionera!:

La Creación perfecta así limita,
y cual tú, amor, sin verbo o luz, Dios era.

(1943)

PRESENCIA

(Entre Madrid y Sevilla)

Quise vestirme de distancia
para ver si no sentía tu fuego;
y a través de olivares y de ríos
quema más que tú misma tu recuerdo.

Brasa sedienta aspiro, aire del Sur;
las losas de Sevilla están ardiendo.
Yo sentiría una frescura suave
desceñido de tu recuerdo.

Lejos y cerca el mundo es rico
en belleza y amor. Sé bien eso.
Pero yo quedaría ciego y solo
sin este abrazo fiel de tu recuerdo.

(1943)

CANCIÓN DE LA ROSA

Si el cielo cabe en una palma,
si el azul se limita y se ahonda,
una flor delicada se mece
en el aire divino, algo canta
con voz azul y misteriosa.

Es una forma frágil, bella
como caricia abandonada,
es un anhelo de ilusión perdida,
que en la radiante primavera
el secreto de la brisa aguarda.

Abre su luz a la sonrisa:
suspira leve en el ocaso...
Una flor sola es un mar hondo:
como el de una paloma herida
o el de un clavel recién tronchado.

¡Amor de siempre; amor de nunca,
si existe el tiempo sin el llanto,
oye esta voz de arena y sombra!
...Oh rosa que el amor desnuda
y la más lenta soledad deshoja.

(1944)

CÓMO ERES TÚ

¡Por una vez!
¡Por una vez siquiera!
Voy a ponerme a cantar sin palabras,
mi vida, sólo con estrellas.

Por una vez.
¡Ay rosal de la luna!
Y diré sin que nadie se entere, cosas
tuyas.

¡Cómo, sólo por ti, luna del aire,
tiemblan las hojas, ya lo ves!
Quieren decir lo que no se podría
entender.

Cómo eres tú, azahar, rosa morena,
naranja.
Y lo que haces, parecido
al agua.

Al agua de fuente que salta
riendo.
¡Naranja del mar! ¡Qué mentira!:
Te quiero.

¡Rosal de los aires! Mi vida.
Ya está
acabando con otro *quererte*,
el cantar.

Pero antes,
¡que llueva!
¡que salte mi voz y retumbe
en las tejas!

¡Que llueva en los trópicos dulces!
Te amo.
Y el sol da el arco iris
de tu cuerpo de flor del verano.

Color mío. Por ti
lloverá y hará sol para siempre: Por ti
llueve el agua en mi canción alegre,
y alegre, sin fin!

(1945)

SI AHORA

Si ahora pudiera ver tus ojos,
ver en tus ojos un paisaje claro
como la nieve azul que cae!
Pero el recuerdo del amor, aquí,
arde como el sol de los páramos.
Oh tierra de aridez, oh aire
sin mariposas vegetales!

Si pudiera sentir tus manos
igual que roza un agua dulce
llena de violines sumergidos
y seda azul de amanecida!
O que una maravilla, ahora,
en este rubor tenue
del cigarrillo, hiciera
surgir tu forma de la noche honda,
tu forma, en partes mínimas,
cálidas,
como a la luz de las manos se siente,
cuando acaricia el alma,
desde el borde...

Si tu voz, cuya sombra suele evocar la música,
en el espacio mudo, ahora,
fuera haciendo senderos de silencio
y sombra floreal y encendida!
Y de la espuma azul y tan profunda
de tus cabellos ligerísimos
viera emerger, como del sueño mío,
unas mejillas cuyo fuego crece
y se acumula y vive en la amapola
que a besos palpitantes se deshoja!

Pero, no. El tiempo, sobre la tierra seca,
pasa; la libertad de lo azul no flamea.

¡Es el tiempo sin nadie,
solo, con el color del aire frío!
Su lento paso deslavaza el cielo.

Su lento derivar recuerda
oscuras cosas: labios de sed,

manos vacías, profundos ojos...

(Como éstos que hacia ti, sin protesta,
oh desterrada, hacen gesto, interrogan...)

(Campamento, 1945)

AUSENTE

¿A las estrellas, dime, nieve fría,
que palidecen en la noche, heladas;
a los lirios que acogen, entre espadas,
agua de luna con rubor de día?

¿Al rocío tan leve que ponía
sus rosas de color multiplicadas
en el silencio verde? ¿A las miradas
de qué gacela fugitiva y mía?

Si ni tu voz está en los surtidores,
ni tu figura en el rosal del viento,
¿que primavera mirará con flores

esta tristeza?

Mas algún portento
diviniza el dolor, oh ruisseños:
y esperando te ve mi sentimiento.

(1945)

LA ARENA

Podemos salir, cualquier día,
para mirar piedras o lirios.
El cielo, aunque nunca lo vemos,
y las muchachas que amaríamos.

Las cosas, y la vida misma,
no son nadie; ver nubes y horas
que se deshacen sin sentido,
es como leer las historias.

Y el agua marcha entre la yerba
como al ocaso cada pueblo.
El tiempo pone el alma húmeda
y deja luego un cauce seco.

¿A qué se parece la gloria
bajo la tierra un poco alzada?
Todos se van, y el muerto ilustre
nutre bibliografía alemana.

Cualquier día, roto el espejo,
la primera verdad miramos.
Entonces valía más, mi niña,

no haber oído cantar los pájaros.

(1945)

TRISTEZA

¡Oh juventud! La tristeza,
como un amor prometido
o un recuerdo de belleza,
como el caminante herido
por un cántico perdido,
como una nevada, empieza,
como un pájaro sin nido,
la tristeza,
a nevar sobre la nieve,
a volar, posarse leve
en la estepa del olvido.

¡Oh tristeza sin motivo!
En el brillo de las cosas
ahora vivo,
como si una lluvia hubiera
puesto diminutas rosas
de agua blanca entre las cosas;
en el hondo color verde,
luego gris que ya se pierde
de los céspedes tupidos,
de los árboles mecidos;

en el cielo que se ahoga
bajo el agua que no boga;
hay como un pájaro herido,
en el aire, en la maleza,
(que cantara sin sonido),
como un verso humedecido
de tristeza,
en la gran Naturaleza.

¡Oh tristeza sin recuerdo!
El alma está transfundida
a las formas. Cesó, pierdo
las fronteras. Una vida
maravillosa
arde, arde,
no se sabe, en toda cosa,
y en el alma libertada.
¿Es el cielo de la tarde
el que vive y arde, arde;
o el aroma de la rosa;
o la caricia morosa
de unos labios en la tarde;
la sonrisa tan dorada
de un rayo de luz de nube,
de una boca deseada;
o el ardiente vaho que sube
de la tierra?

No reposa
el alma y sigue perdida,
transfundida
a una vida innumerable
y misteriosa.

Y el vacío de lo mudable
se le infunde, y toda cosa

sólo es forma inalcanzable;
peña, rosa,
agua, nube o vid dorada,
todo es paso, ausencia, nada,
en la gran Naturaleza.
Y así el alma enajenada
siente, siente,
como esencia que no empieza,
cual sabor de la belleza,
una savia, una corriente,
más allá de la corteza
de las cosas, una fuente,
siempre, inextinguiblemente,
de tristeza.

Y del rapto, del olvido,
cual ramaje conmovido
por un aire de humedad y sentimiento,
ha surgido, florecido,
musical y sin sentido,
este ramo de palabras en el viento.

(1945)

DESPUÉS

A Luis López Anglada

¡Que dormido, tú, el Hombre! Cómo vives
persiguiendo la forma del anhelo,
que no existe, que no... Cómo recibes
ausencia sólo y duelo.

Cómo sueñas visiones que se miran
hermosas como flores en el rnar,
flores ardientes que a la luz expiran.
Y olvidas despertar.

Que la verdad, cumplida como un sueño
lejano y triste, hundirá cuanto ves;
tu amor, tu luz, el hondo mar pequeño
en que la sangre es.

¿Desde qué sol, oh luz de madrugada,
de qué estrellas de Dios nos sostendrás?
Tú, monte altísimo, cima delgada,
muerte, ¿qué valle extenderás?

¡Muerte o amor, destino de la vida!,
llega y da ¡pronto! primavera y sí
a la raíz de eternidad nutrida
que siento en mí.

O que... (*¡silencio!*), que el secreto,
la mentira que halla
los límites del esqueleto,
en la sombra... (*¡silencio! ¡Nunca! Calla...*).

(1944)

OTROS POEMAS

A Fernando González

TARDE

Con Paul Valéry

El arco de la noche, disparador de estrellas,
avanza velozmente por los montes lejanos.
Ahora el poniente borra con ceniza sus huellas,
y su apagado plomo se deshace en mis manos.

Mas he aquí el mar. Las olas, oh núbiles doncellas,
acarician las playas como labios humanos.
Si una luna ilumina lagos y lunas bellas,
el mismo amor enlaza dulces ojos cercanos.

Veo la luz vacilante disolverse en tristeza,
pero un cielo más hondo renueva la armonía:
¡Baten las hojas puras de un libro! ¡El viento empieza

otra vez! ¡Alza el mar su música sombría!
Y no sé si las olas suben a la belleza,
o todo es que un dios canta. Canta tu poesía.

(1945)

ALABANZA DE LA CATEDRAL⁶

A José Camón Aznar

Oh flecha detenida!
Aquí, en tu puro arte,
la norma se hace vida:
igual quiero cantarte.

Te creyera desmayo
de la emoción, esbelta
primavera en su mayo
de piedra, a vacar suelta,

si de tu torre el prisma,
vertical sin disputa
no viera, hecho su misma
voluntad absoluta.

—«*Mi contención esconde
el más alzado anhelo,
que es subir hasta donde
el aire se hace cielo:*

*Y, a mí fieles, columnas
sabias de su misión
mira: buenas alumnas,
sostienen mi intención.»*

¡Conjunción de hermosura
frágil y ánimo erecto!:
Canta tu arquitectura
equilibrio perfecto.

Tan suprema armonía,
¿cómo te la procuras?
—*Reflejo la que un día
presidió vidas puras.*

¡Oh sereno consuelo
de hacer la vida bella!:
El aire, fuera, es cielo,
¿la catedral, estrella?;

celestes ventanales
regalan su tesoro:
¡son flores los cristales,
y el aire, dentro, es oro!

Subir, volar quisiera
tu vocación de ave...
Tu ordenas la quimera:
columna, nervio, clave.

Pasión, siempre pasión;
delirio de aventura
que se alza hecho oración!
La vida es plena y pura.

Y así, anhelo hacia el Bien
y a lo Bello, los dos
se identifican en

arte, sombra de un Dios.

(León, 1942)

HISTORIA DE TRES REYES

A Manuel Alonso Alcalde

Ya todos lo sabéis. Un día entre muchos
tres reyes de paganos emprendían
una extraña aventura. Les fue hecha
revelación de que otro rey nacía,
potente como un dios o dios él mismo.
Claro, que no entendieron el mensaje:
Algún Héroe —pensaron—. Quizá Rama
o Krisna, o Gilg⁷. Quisieron festejarle

con oro, incienso y mirra. Eso fue todo.
El camino, ignorado, iba extendiendo
la estrella, ya sabéis; pero eran reyes;
no se admiraron: una de su cielo...

Y, siguiendo su estela, imaginaban
el esplendor del nuevo rey del mundo
que por divino origen brillaría,
luna del hombre en el pesar nocturno:

Gentes y reinos nunca conocidos
dominaría, y mares dilatados,
sobrepasando en sino a los mortales.

Y al gran palacio dirigían sus pasos.

Caminaron, sin tregua, bajo un cielo
cruel, la tierra. Siestas, plenilunios.
Y en otra noche como tantas, fría,
sobre el Portal la estrella se detuvo.

Allí era, allí. Los reyes, confundidos,
se miraron. ¿Qué hacer? Aquella burla
fuera precio de vida a cualquier guía.
Pero la estrella... Un dios los convocaba.

Penetraron, suspensos. Seda y oro
invadieron de pronto, en un destello,
con luz más dura, el aire tembloroso.
Y los reyes miraron: hondo, lentos.

Piedras, desnudas, amorosas piedras;
la mula, el buey, que hacían la estancia tibia.
¡Oh soledad de amor! Allí entre pajas,
una rosa de luz que sonreía.

Eso vieron. Un niño, rosa leve,
y vida humilde y pura en torno, hecha
calor de establo. No otro dios, no reyes.
Era la Vida misma, la Indefensa.

Ellos, dueños del oro y de la sangre,
vieron sus dones con vergüenza, vanos.
¿Qué regalo ofrecer? Por vez primera
se dieron ellos, en silencio, amando.

Adorando, con fe. Vieron el reino

único de la Tierra, y su justicia.
Vida. Dolor que siempre se renueva;
dolor que, alguna vez, redimiría.

Amor, amor. Eran tres reyes. ¿Luego?
Luego, una estrella iluminó el viaje
de vuelta, de tres *hombres*. Sólo eso.
Y siempre, en algún sitio, un niño nace.

(1943)

PROFECÍA

A José Luis Leicea

Estar como suelen las piedras
bien junto a cualquier cosa abandonada,
como una piedra; pero ver, no muerto.
¿Viven las piedras? Esa lumbre instantánea
que desprenden a veces, la voluntad tupida
que muestran subsistiendo, permaneciendo ahí,
el grito seco con que chocan,
son signos.

Estar pues como piedra.

¡Pero, no! Más bien vivo.
¡Azotadme,
siempre, hasta que las voces oscurezcan el cielo,
clavad hasta que el aire se enterezca,
y cerrad todas las ventanas hasta el tacto,

hasta que quede muerto, muerto!

He aquí la lluvia. Nada más. ¡La gente!
¡La lluvia llena de corbatas rotas,
que se pasea por las avenidas!

Nadie se admire si de pronto oye
silbar las balas en el aire amargo.
Yo soy de plomo, mi palabra es brasa:
y canto así porque me da la gana.

¡Ir sin motivo entre las gentes,
brotar espeso como sangre,
morder aire, de pronto, entre la lluvia
que ahuyenta ranas y hombres grises!
Así,
así mis duros ojos fulminarán metales,
así arderá la ira,
¡calcinadas, azules, las simpáticas yerbas!
Porque ya siento cómo cae lentísimo
polvo estelar en mis manos cerradas.

Sé bien mis límites.
Miro esclavos terribles, negros como caimanes
arañando esas rocas
de trilita morada.
Pero en el centro hay una reina etíope.
(Oh bellísima niña que como llama inmóvil
vuelve hacia aquí los ojos verdes
—¿verdes?—,
con la espalda invadida por cabellos de humo...)

(1944)

QUIERO IR

A Ángel A. de Miranda

Quiero ir a las playas de Grecia.
Allí las olas saltan a la comba
sobre la arena.

Quiero ver cómo baila la brisa
con cabellos mojados de noche,
o agitando los bucles del día.

Veré los volantes de espuma de mar
de la bailarina que en la playa está.
Quiero verla
floreciendo de abejas el aire
y de rosas vibrantes la arena.

¡Oh tierra dura de mi sangre!
¡Oh luna roja! ¡Oh noche seca!
Quiero cambiar vuestro metal oscuro
por el cantar azul de las sirenas;
quiero sentir el mediodía
desnudo y ágil de la tierra,
el mar caliente en la cintura,
los besos con la boca entreabierta.

Quiero ir a las playas de Grecia.

Allí me está esperando ya

una paloma de alas blancas
y un gran manzano de cristal.
Un violín de siete cuerdas,
una fuente con verdes laureles,
y cinco muchachas morenas.

Oh paloma con ramos de vid,
oh dulce violín sonoro,
y, oh manzanas de labios carmín!

Por el laurel de la alegría,
por las bellas muchachas morenas,
por la bailarina del sol y la luna,

quiero ir a las playas de Grecia.

(1945)

Cantos al destino
(1941-1946)

A
Leopoldo Panero
en testimonio de amistad

*¡Sed como Miguel Ángel y Rodin:
dejad un bloque de roca bruta
en la estatua!*

D. H. LAWRENCE

OTRA VOZ

*Durante tiempo y tiempo,
mirando a las estrellas, entre dulces muchachas,
flores azules, pájaros de colores,
y otras circunstancias así de tiernas y conmovedoras,
el poeta fue como un erguido girasol celeste,
deslumbrado en el vivo resplandor
de la lejana e impasible belleza.*

*Durante días y noches
tendió siempre a lo alto, clamó hacia lo imposible,
y si arrancó jirones de aquel manto divino,
cuidó bien esconderlos, como en un cofre repujado y hermético,
inviolables a fuerzas de espadas,
en artísticas rimas, en símbolos o imágenes
inaccesibles a la profanación bestial de las sedientas multitudes.*

*Mientras crujía espeso el huracán,
o caía, caía con suavidad la hermosa nieve,
tras los tibios cristales el poeta buscó algo que adecuar a su alma;
o en los atardeceres calurosos, de invencible pereza,
entonces, cuando los segadores encallecen las manos frente al trigo,
soñó quizás en los ojos oscuros
de mujeres que existen en islas del Océano.*

*Sí. Ciego, cruel, extático, su infantil mano puede
que alguna piedra avara y mágica arrancara
de la profunda mina, algún tesoro inviolado.
¡Ciego! Sin oír, sin ver la Tierra,
poblada, sudorosa de hombres que ríen o sufren,*

*de tremendas criaturas amorosas o hambrientas,
injustas, criminales, o fracasadas, o solas.*

*...Durante mucho tiempo. Hasta que un día,
la desnuda presencia de la muerte, de pronto,
abrió sus ojos.*

*¡Oh muerte delatora,
certidumbre única, luz grave y verdadera entre sueños que huyen!
¿Qué sería la vida si tu vino precioso
no infundiera valor, no le diera
sello de eternidad sin vuelta
a cada fugitivo instante? ¡No, ya nunca,
nunca más, aterido por el claro lunar,
por el gentil atardecer o el majestuoso firmamento,
olvidará el poeta, rechazará a sus vivos y a sus muertos!
Abrió los ojos y vio el mundo terrible
de los hombres de carne, sólo eso:
dolor frente a la muerte.*

*Puesto que vano, vano, fútil y sin raíces
es todo lo que fuera del hombre sucede (aunque la sombra
arrincone en lo anónimo tantas vidas oscuras),
¡oh poeta, esclarece el Destino!
Húndete, arraiga hondo,
con los ojos abiertos, con el alma fundida
en la sangre, el anhelo, y la voz de los hombres.
La voz de los ya idos,
la de todos aquellos que luchan en silencio,
la de cuantos por siglos morirán sin hablar.*

(1944)

CANTOS

*Vius la vida veritable
de l'esprit, i encara't dol?
Camines a lo immutable...
La vida que tu ara ansies
és la gran resurrecció⁸.*

JOAN MARAGALL
(COMTE ARNAU, XVIII)

I

PRIMER POEMA DE AMOR

Después de tanto amor rosa del sueño,
de tanta fe y nostalgia incompañada,
he aquí por fin, con voluntad y dueño,
cómo el amor encarna y nace a vida.

Erguido árbol hermoso,
o esbelta luz yacente,
como en un bosque umbroso
la belleza tendida de una fuente,
en dos pechos se ve manar, dichoso,
y cuerpo abajo fluir, esbeltamente.

¡En él está la tierra más ansiada,
el agua más vivaz y rumorosa;
él es aura ceñida, enamorada,
y es fuego, amor que se resuelve en nada:
el fuego, imagen de la vida hermosa!

Es la mar agitada y conmovida
que alza dagas y ciñe sus cadenas,
y no sé si el afán lo abre su herida,
o quizá irrumpe de mis propias venas.

Pero está aquí. Yo soy el señalado
por un dios implacable y violento,
a este cielo ascendido, y destinado
a fundar una sangre sobre el viento.

Sé que tan sólo para amar se nace;
me arrebató, me lleva tal destino.
Así es como la sangre inunda y hace
más ancho el río que de los siglos vino.

Las vidas de mil muertos siento oscuras,
y mil aún no nacidos claman, quieren
vivir, amar.
No un sueño; mil futuras
primaveras florecen en mis venas;
un mar de olas de vida que no mueren,
que avanzan, que refluyen, que interfieren,
y que se alzan cada vez más plenas.

*

Por eso me doy todo con labios y con brazos,
y derramo caricias, oh belleza ofrecida,
más que por tu apariencia fugaz, por esos lazos
que a la muerte me atan, y llevan a la vida.

Los pechos encendidos, y los labios deshechos,
y este oro derramado que brilla como el día,
aquí junto a mis ojos prometen otros pechos
cabelleras y bocas y cantos de alegría.

Si te deshago a besos, si me hundo en tu vacío,
¡oh carne del placer, ligera y venturosa!,
mientras en uno ceden este cuerpo y el mío,

algo sacro nos mece, como el aire a una rosa.

Como rosa en el aire penetrada, el desnudo
es plenitud gozosa, cumplida y verdadera.
Así un cuerpo en reposo, abandonado y mudo
es cántico y misterio como la primavera.

*

Mira el cielo maduro de promesas y estrellas,
cómo eleva el silencio con el amor la vida,
y enlazando almas, cuerpos, constelaciones bellas,
nos devuelve a esta isla de beatitud perdida.

Ser hombre, y conocerlo. Cumplir ese destino
mientras el cielo calla y el mundo esbelto gira.
Algo, que no sabemos, nos alza a lo divino;
y así un pájaro canta y enmudece la lira.

(Abril, 1944)

II

ODA AL SOL

A Eloy Terrón

La delirante fragua que caldea lo inerte,

que enciende impetuosa la ardiente flor del aire
—frente al sol que se hunde—;
el férreo pez celeste,
el instantáneo fósforo despoblador de espacios,
cuyas múltiples garras, con ira más que humana
destrozan ramas tenues o soldados fangosos
—ante el aire hecho llamas—;
el suspiro de un pecho que se funde,
del amor cuando es celo —como el sol, el sol alto—;
esa herida que abre como el rojo candente
su arponazo en la sangre, que ama y ama más vida:
el Deseo insaciable
—nada son frente al hondo mugido incontenible
del Poniente hecho incendio que con sus lenguas clama.

*

Deja que una vez cante tu clamor en los cielos,
tus espadas tan largas que como luz traspasan,
¡oh fugitivo toro de sangre moribunda,
amador de la Tierra que cual torrente invades!

Roja como la vida es tu crin en el viento
que acaricia y desgarras, tal una viril mano
que ciñera la espalda de esta Tierra entregada;
radiante y llameante cual la vida más bella.

Tu apariencia purpúrea en la tierra extensísima,
en el aire, en mis manos, en lo denso o lejano
es cordial y reciente como un cuerpo por dentro,
o entrañas temblorosas de un Dios desconocido.

¡Oh Padre, Sol tirano!: ¿qué corazón de hombre
no arde en tu llama alta, no escucha el grito hondo
de tu lengua rojiza que a las nubes persuade?

¿Quién no, que lo convocan el amor y la muerte?

A mi gente, hoy marchita como un lento rescoldo
en un tiempo encendiste con tu fuego inextinto:
y así, lejanos mares, esmeraldinas tierras,
lentamente tus hijos, como heridas abrieron...

¡Mueve, ciñe de nuevo frentes y corazones;
no tu amarillo avaro, mas tu rojez vivísima
ha de iluminar muertes bellas como este ocaso!:
en nuestro enorme toro⁹, siempre amamos la sangre.

*

El clamor del Poniente se pierde en la llanura
como búfalo loco, como noble ave inmensa
que no halla presa digna de su furor indómito.
Lentamente el sol muere:
su ternura resbala los pechos de la Tierra;
despidiendo, acaricia nubes altas, cabellos.

Pero el Hombre no escucha, y la Tierra, sin nadie,
lividece, está sola.
Como látigo o sombra, como cuerpo ceñido,
la roja luz invade, ya moribunda, ¡oh Tierra,
oh Cielo! ¡Su mensaje, que los hombres no escuchan,
yo lo siento en el pulso de este mundo que vibra,
como en mi sangre ciega, percutir, golpe a golpe!

(León, septiembre 1943)

III

LAMENTO

A Gerardo Diego

¡Seguid, seguid ese camino,
hermanos;
y a mí dejadme aquí
gritando!

¡Dejadme aquí! Sobre esta tierra seca,
mordido por el viento áspero
—campanario de Dios
frente al derrumbe rojo del ocaso—.

¡Dejadme aquí! Quiero gritar,
tan hondo en el dolor, tan alto,
que mi voz no se oiga sino lejos, muy lejos,
libertada del tiempo y del espacio.
¡Dejadme aquí! Dejadme aquí,
gritando...

Sí, es suave y verde hermosamente
el campo,
y aún más el cielo inmenso,
con sus astros,
altos ejemplos de la vida
del hombre, oh Dios, girando,
bailando lentamente y sin remedio
como les enseñaron...
¡Armonía del mundo!

Pero quiero
decirlo al fin: estoy cansado.

¡No ignoro ya lo que la tierra verde
esconde en su regazo;
vi muchas, muchas amapolas rojas
mirándome desde todos los campos;
y he sentido el rubor de las estrellas
ante los fuegos fatuos,
su encendido ante estos otros
luceros bajos!
No quiero resistir tantas blasfemias
cobardes, fermentando
ese tristísimo odio que no tiene
—que no tuvo— razón, y que ha creado
—que ha de crear —simas de sangre
y llanto.

¿De qué vale saber que cada hombre
arde de amor humano,
de amor inútil?

Los hombres están ciegos,
o no escuchan; acaso
son máscaras; en la Tierra, ninguno
puede hacer luz sin estar enterrado.

Dejad que grite, y cuando todo cese,
por mí no suba nadie al campanario;
nadie aumente con pena
la corriente del llanto;
por mí, que todo quede
igual que antes, hermanos.

Mi grito no han de oírlo
estos espacios próximos y bajos;
no saben escucharlo.

Mi grito ha de ir clamando
—oh libertad, madre del hombre entero—
más allá de este tiempo y de este espacio.

 Seguir los que podáis ese camino
de muerte, desolado,
y a mí dejadme aquí,
dejadme aquí, gritando.
¡No, no quiero seguiros!,
no puedo ya seguiros;
estoy cansado...

(1941)

IV

PALANQUINOS¹⁰

(RECUERDO)

 La distancia en el tiempo
borra, borra las cosas.
Niebla opaca subsiste,
aunque encierren los años
un destino cumplido.

Pero, a veces, un día,
isla dorada, oasis
feliz de ayer, enciende
la memoria, honda entonces
como un cielo sin nubes.
Y, aunque haya sido nuestra
únicamente, sombra
fugaz de un viajero,
¿por qué no hacer presente
la belleza vivida?
Hoy quiero recordar
un día del pasado.
Entresueño de fiesta,
o costumbre cansada,
nada había sido el tiempo
con el sol ascendente.
Pero después, el alma
tiempo adentro, recibe
—como un barco muy lento
que, monótono, el mar
acercara—, cegando
bajo el azul radiante,
y sobre la esmeralda
pálida de los prados,
la alegría juvenil
del baile, al aire libre.

Cosa fútil y externa
es la tarde en el campo
de fiesta, allá perdida
bajo el inmenso cielo,
en la tarde ancha y seca.
Mas, en la estepa triste
de mi provincia, ocurre

si el sol es alto, y largo
el camino, y un hombre
sigue andando su vida
muchas horas iguales
bajo el peso de un sino,
que una fila de chopos
verdes, erguidos junto
a un dulce río seco,
nos inunde, de pronto,
de un frescor hondo, alegre,
como los ojos puros
de la muchacha amada
casi antes de la vida.
Disculpad, pues, que ahora,
un suceso ligero
de esta vida de niebla,
aposente, amoroso,
en palabras con alma.

Bajo el azul, decía,
y sobre el verde claro,
como una ola de música
la fiesta se acercaba:
por mis pasos traída,
lentos, aunque mecidos
a un compás de esperanza.
Pero esperar, ¿qué?, ¿a quién?
El desencanto brusco
de las cosas, extiende
cual ceniza del tiempo,
la experiencia en el alma.
¡Ese pálido moho
que apaga y quita alas
al divino entusiasmo!

Hoy sé, sabía entonces
que el hombre vive solo.
Un acorde soñado,
celeste, acaso, une,
labio a labio los cuerpos
y una tregua en la angustia
solitaria, las almas.
El amor arde entonces.
Pero aunque eterno, eterno
nuestra raíz lo ansíe,
su brillo es de relámpago;
deja heridas, y huye.
Amargo es conocerlo.
Por eso, cuando el aire
enloquece de aroma,
porque es la primavera
bajo el cielo hondo y bello,
el alma niega, y se hunde
en la dulce ignorancia.

Había cerca, muchachas,
mala música, vino.
Y nada es en la vida
bello, como entregarse,
activos, al presente.
¡Cantar, sí, sin proyecto,
sin historia o futuro!

¿A qué nombrar ahora
los pasos, las palabras,
el sabor y el contacto
de aquella clara tarde?
¡Hondo olvido! El encanto
fue más bello, ceñidos
el paisaje y la música

a unos brazos morenos.
Pero ¿qué importa todo
ni el vino penetrando
sus candentes raíces,
ni los besos ligeros
en aquel rostro hermoso
sin alma conocida?
¿Qué importa ya la noche
humedeciendo a estrellas
sus cabellos oscuros?
No; la verdad más pura,
la manzana dorada
que se muerde con gozo
total, olvido es, vida
feliz y abandonada.

Así el destino, a veces,
desaloja su peso
de las horas. Un hombre
perdido, libre, fui,
feliz. ¡Bello día vano!
Es penoso el destino.
Es terrible ser árbol
descuajado en su viento,
ir ciego en su torrente,
alzado a su arrebato.

Hoy, empujado, herido
por su puño de fuego,
hoy que su voz me llama
más allá de la vida,
quise, en la voz velada
del recuerdo, cantar
la libertad de un día.

¡Felicidad, holgura
del hombre sin estrella!

(Abril 1945)

V

A BEETHOVEN

¡Océano sin riberas! Afirmado
en mi hombridad, como una dura roca,
te contemplo. Tus olas me salpican;
pruebo tu sal iracunda y candente.
Estoy herido, vivo, a los embates
de tu pasión de mar desesperado,
desorbitado, robador de estrellas...
Y mientras siento enlazarse las algas
abisales de tu música, quiero
invocarte. Tú no estás en la muerte.

Veo acercarse a lentos pasos
la niebla transparente que te aísla,
como entonces; te veo lejano erguirte
como una gran montaña que la niebla corona.
Veo la niebla borrando tu solitaria cima
¡león crinado!, ¡noche centelleante!,
porque la niebla siempre, siempre cegó tu vida

que esplendía allá en la altura,
en la soberbia cima donde la nieve siente
un día, de pronto, su vocación de arroyo, de agua cálida.

Porque la soledad siempre, en la noche,
te aisló con la irrompible lámina de plata de la luna,
con el tenue aluminio de soledad terrible
que la luna reparte a los que en largas noches
están solos,
y a nadie tienen sino a ella, para elevar los ojos
llenos de fuego y lágrimas.

Y así tú los alzaste,
oh prisionero, siempre,
y a través de la malla irrompible,
multiplicaste imprecaciones y zarpazos
de música; suspiros musicales,
cuando el alba se acerca y nadie
ha respondido, y duele
el alma y su cansancio.

La soledad es sino de los dioses.
Cuando un hombre, en la tierra,
osa aceptar sus dones,
no la serenidad feliz, divina,
lo posee, sino el huracán trágico
del arcángel caído, el anhelo
del paraíso, insaciable aquí abajo.

Pues el anhelo humano
ama la eternidad, es él mismo infinito;
pero el hombre, se siente
preso en sus límites, temporal, imperfecto.
Y así como el silencio de la noche

hace sentir a veces
al corazón, que sin cesar golpea,
así la soledad desvela el ansia eterna,
mientras que la materia, tristísima y opaca,
y el tiempo, medida del hombre,
amordazan, oprimen
hasta el último límite de la desesperanza.

Así tiene tu música la nostalgia indeleble
de un ángel desterrado;
por eso nos interna, en ascensiones
lentas, lentas y rítmicas, cuya ala es el milagro,
a los parajes de la celeste primavera;
por eso tanto gozo incorpóreo,
tanta fugaz belleza,
se eternizan y habitan el aire que sorprendes.
Pero de pronto, el hombre,
con su tormento y su desesperanza,
irrumpe, anega como el mar sollozante,
y entonces contra el cielo te deshaces a gritos,
o en el sombrío silencio te hundes, aniquilado.

¡No! Yo no olvido que viste el paraíso,
que tus ojos guardaban del paraíso, memorias
a los otros negadas. Pero esa honda
alegría total que repartes,
¿qué es sino prenda de tu mismo dolor lento
de cautivo?
Tú miraste los hombres: cómo, esclavos
de su cárcel, persiguen
con avidez sus goces:
los amores, el poder, la riqueza. Les llaman
felicidad, y es como si quisieran
en el aturdimiento, en la ebriedad, ahogar
la vocación profunda,

lo prometido, lo buscado y sin nombre.

Acaso tú también, humanamente,
a la apariencia hermosa pediste olvido, saciedad del ansia,
acaso viste sombra de presencia divina
en mujeres amadas, trágicamente bellas,
que a tu lado pasaron, sin verte.

Pero no la memoria del mundo, no su herida o su goce
recordaste al crear, sino sólo
esa insatisfacción de lo aparente, ese anhelo infinito
de ascender, que en la soledad lenta
desvelaba tus horas.

Por eso, la pureza,
el libre acatamiento del que asiste
a una revelación divina,
nos congrega a escucharte, y así rescatas
de la sombra, el destino, el ansia de Dios vivo, que nos hace.
Y, si alguna vez miro en falso éxtasis,
al vano, al torpe, al cínico, gozadores ligeros de tu música,
el pensamiento vuelve a ti,
hondo, triste Beethoven,
asceta sordo, lentamente muriendo.
Y entonces tu recuerdo,
tu desprecio y tu ira,
aun más que el arte purifican,
como el fuego, sólo el fuego lo hace.

¡Maestro! Tú olvidaste;
amaste solamente para crear, como los dioses,
frente a la rebelión
de la sombra invasora;
y el dolor retrocede ante tu voz.

El paraíso eterno que recuerdas,
el amor prometido,
¿se cumplirán un día?

Ve entonces una flor, patria del hombre,
deshabitar el aire, abandonada...

Pero hoy aún gira, en espirales lentas,
esta total soledad de la Tierra.

(Marzo 1945)

VI

CANTO AL DEMONIO DE LA SANGRE

A Victoriano Crémer

Una vez más tu látigo de fuego,
¡déspota de la sangre!, y adelante.
Tu música brutal de mar furioso
que azota el mundo roca, ¡y adelante!
¡Oh capitán! Tú sabes que en la sombra
velé y velé mi guardia, cada noche,
y que nunca cedí. Que el mediodía
no sonó a calma para mí. Que siempre
que tu voz me llamó, presente estuve,
pronto a mi guerra. Que la primavera,
rosa o mujer, no adormeció mi anhelo:
tú sabes, capitán, que el mundo es breve

para tu voz y para mi destino.

*

Y, por eso quizás...
Es madrugada,
y un divino claror inunda el aire:
era violeta, es rosa..., dime, dime,
¿dónde está lo que fue, quién lo sostiene?

Yo miro los colores que suceden
en el aire sereno, ahora que salgo
vencedor de la noche. ¡Alerta, alerta!
Miro el matiz aquel: oro entre rosa,
y siento así temblar mi vida leve.
Mi capitán, mi espléndido tirano,
¿cuál es tu voz; serás cuando yo huya?
¿O eres quizá inmortal?...

Pero tu sangre
es mi sangre, tu voz mi voz, tu impulso
es sólo mi apetencia.

Y yo he de irme.
Lo sé, bien sé: como el color violado
abandona esa tenue, tenue nube,
como el agua que fluye entre los juncos,
o el racimo cumplido en el otoño...
un día me iré. ¿Cuál es nuestro destino?

*

¡Oh déspota, tú apremias el mandato,
tu alto azote de mar, tu ardiente tralla!
¡Hay cumbres a escalar en donde el viento
ciñe de gloria la irradiante frente!
¡Guerras en que esgrimir, como una espada,
la voluntad de amar a hachazos ciegos!
¡Apetencia de ser! ¡Amor! ¡Los labios

aún vírgenes al beso donde el rojo
no es color, sino vida! ¡Criaturas
de belleza mortal! ¡Perenne gloria!
¡Ser! ¡Y ser más!

Tu látigo, tirano,
restalla bien. Eso es la vida. ¡Sigue!

*

Pero luchar, amar, poseer la gloria,
¿es madurar el hombre hacia lo eterno?
¡No es vida, mi demonio, lo que pido;
quiero inmortalidad y permanencia!

¡No! Solo a Dios, a Ti, mi Dios oculto,
mi silencioso Dios, es a quien quiero,
¡Tú, mi Libertador!

Nunca el tirano
restallaría su látigo en mi sangre
si ella creyera en Ti como yo creo.
Pero la sangre es monte y viento y mar,
es loba, o savia de la tierra ardiente,
y ama su carne, mi Señor, la forma
que el tiempo nutre, la belleza vana.

Mas Tú lo sabes, Dios. Que no te olvido,
que a Ti te glorifico cuando canto,
que a tu gloria combato. Que si amo
a mi sangre, a las dulces criaturas
que, de sangre también, hacen tu mundo,
es por tuyas, mi Dios. Dame el destino
de confiar en Ti, y que cuanto haga
según mi sangre mientras dure el tiempo,
en tu gracia florezca.

¡Entonces llega,
oh capitán de fuego, y nunca cese

tu mandato imperioso, y mi batalla!

Quiero creer. ¡También la vida es santa!
Y aunque vano es el mundo y sus criaturas,
y es Dios quien quiero que jamás me olvide,
¡déspota, ordena! Y que mi amor disperso
me dé inmortalidad y permanencia.

(Enero 1945)

VII

LA BELLEZA

¿Para qué atormentarme, transcurrida visión
bella, heridor despliegue de unos labios
que la terrible felicidad cantaran?

¿Para qué
esa indomable música, entibiar, derruida
contra los tristes límites opacos de esta alma,
ay, demasiado honda, demasiado sombría
para no semejarse a una tumba viejísima?

Pero no, no. Quizás el mar profundo...
¿Dónde hallar, alma mía, la imagen de ti misma
para amar ya concreto lo que sólo es destino?
—Yo no sé si en el mar agitado

turbio de monstruosa y bella vida,
o en la tumba profunda
que contiene a la muerte...—

Tú apuñalas el cielo
con la rabia brutal de la espuma insumisa
escupiente, jamás humillada,
y no recoges más, y no guardas, no tienes
nada más que la muerte, la muerte, tu tesoro,
justificación sola de tu vida de horas:
Pues el recuerdo es muerte poseída.
¡Y poseída, presente, sufrida pecho a pecho
la muerte sola, el recuerdo solo,
el deseo de aquella vida que murió y es muerte
me conmueven, me exaltan, me hacen ser hombre entero!

Doloroso en verdad, poeta, tu destino,
desesperado como el lento hundimiento de los ríos,
si tu gloria, tu canto, la sombría belleza a que das vida,
cenizas han de ser de la cruel rebeldía,
de la resignación oscura del hombre que te nutre:
tal, la rosa estrujada, su perfume ascendente.
¡Ah! Mas no admite huida el destino. Algo impera,
algo que en sí te excede, que te contiene, quiere,
más allá de tu dicha, de tu dolor.

Con rostro
de muerte, la alta vida, sus latidos ya fuego
son nuestro don. ¡Alcemos
su enorme peña; hagamos su camino sin tregua;
abracemos ardiendo ese cuerpo desnudo
que beso a beso mata!

Oh alma mía: recuerda,
vive tu lenta muerte..

Recuerda: era la tarde más bella del otoño.
Una paz transparente, de madurez cumplida,
sostenía el contorno del mundo, tierno y leve:
aquel profundo cielo sonriente,
ancho sobre alguna ligera, tornasolada nube;
aquellos quietos árboles de un verdor declinante,
de carnal tumidez,
que la reciente lluvia, amorosa, infundiera;
y aún más las flores, sólo color, promesa sólo,
maravillosas prendas de la tierra hecha espíritu;
y aún más el sol, intangible caricia...

Arrullado, mecido por esa hermosa sensualidad ligera,
así iba yo, sereno, indiferente
como un dorado fruto que se ofrece
suficiente en el sol encendido.

*Bella eres, oh Vida de mil rostros,
en verdad bella eres
si, como un cielo puro en el fondo del agua transparente,
a la paz de mi alma te entregas. Bella eres.*
Así decía, eso cantaba, igual que tantas veces
otros hombres lo hicieran, alabando:
¡Ay! Alabando así, nombrando bella,
pura, entregada, esa faz nunca vista...

Porque ¿quién, quién podría,
quién osaría decir, nombrar siquiera
el misterio, sin que su boca de pronto llameante,
en un instante el Universo fulminara, ultimado?
¡No; no diré aquel rostro, ni aquel áureo polen
que imitando cabellos fingió apariencia humana!;
pero jamás el cielo, en las noches de estío
tendrá la honda, la infinita lejanía

de aquellos ojos estelares;
nunca la sensual primavera del trópico
erguirá sus bellísimas, sus venenosas flores
con la insistencia dulce de unos pechos;
ni las olas marinas, esbeltas e insaciables
prometerán la muerte como esos labios ávidos...
¡Oh terrible Belleza, oh Furia adormecida:
jamás, jamás mi boca podrá decirte, nunca!
Jamás palabra humana fulgirá en tu misterio.

Serenamente hundiste
en mí tus ojos insondables;
un instante no más la tenue forma, la seducción profunda de
[tus labios
pareció conmoverse, insinuar un cruel gesto bello:
y en él cabía todo el deseo, la avidez toda
de la tierra furiosa,
amándose, estrellándose,
destrozada en amores
cual un ciego cometa que en el espacio arde.
Un instante la forma de tus labios pareció conmoverse;
pero pronto, con lentitud suave,
toda tú erguida, despiadada y serena,
a otro ser tembloroso, a lo infinito, acaso, tuyo,
te volviste.

Todavía fugaz, desvaneciéndose
una nuca sonrió, bajo la áurea lluvia ondulante:
implacable restaba, cegando ya para siempre la mía
tu mirada insondable.

¡Oh trágico, titánico destino de los hombres!:
encadenan los mares, apagan el aliento de las selvas,
alzan cauces en vilo,
asesinan sus dioses, y si odian
tierra y cielo retumban, a arponazos heridos.

Mas no supieron nunca, y sufren, sufren siempre
que una mirada oscura, un rostro indescifrable,
una apariencia hermosa que al borde del misterio nos pone:
¿Cómo? ¿Qué? ¿Dónde?...

Pero sólo pregunta,
misterio sólo, interrogación siempre
son los rostros felices, el mundo en primavera, las noches del estío:
cuerpos bellos sin alma conocida.

¡Belleza, sí, misterio, faz terrible
de un Universo de destino ignorado!...
Unos, reciben el mensaje en los besos;
otros,
en las tenues mejillas de una muchacha muerta núbil;
otros, en el sombrío roce de los cuerpos;
alguno, semejante a los ángeles,
en el fulgor herido de las estrellas más lejanas.
Yo mismo, en la mirada de aquellos ojos insondables.

¡Pero todos, todos,
náufragos ya, perdidos, heridos ya de muerte,
sienten que el alma es oquedad vacía,
es sólo anhelo, desesperado grito
que invoca, invoca la belleza ausente,
clama por la belleza, presentida
con plenitud tangible como jamás cuerpo de amada!
Como yo mismo invoco:
¡Oh muerte, ven: fruto maduro
para ti soy; arranca, dame
la faz un día entrevista, y en tu tierra
se destrozce mi boca mientras besa!

Y en tanto,
hasta que llega la embestida última,

el cuerpo virginal, tan deseado,
que en la tarde de otoño
un insondable rostro prometiera;
¡tenme, recibe este destino vivo,
cumplido ya, en tus largas galerías:
oh soledad, regalo de los dioses
cuando quieren hacernos a su imagen!

(León, julio 1944)

VIII

SIDERAL

A Vicente Aleixandre

Como leve burbuja va flotando en el aire,
en la nube azulada que exhalara ella misma,
entre soles que, lejos, miran indiferentes
su claror desolado, su perdida sonrisa.

Como ser animado va girando en el viento;
un pecho adolescente expande hacia la luna,
que es mar azul de cerca. Aunque muda y opaca,
refleja fantasías igual que una burbuja.

Flota lenta en el aire, solitaria y ligera.
Quizá ama, y si rozara, fugaz, un sol sus pechos,
como frágil burbuja se extinguiría de pronto.
Está quizá habitada por hombres o por sueños.

Oh claridad que tenue y sin voz aparece.
¡Que la luz no lo diga, que el silencio lo calle!:
Marcha frágil, sin nadie, inaudible y pequeña.
Gira muerta entre muertos, clamorosa y gigante.

Hombres vivos, o dioses sin cesar moribundos,
amarillos recuerdos de lo que nunca es breve,
esperanzas y dichas como cuerpos amantes,
al azar, insegura, sin saberlo sostiene.

Hasta el fin misteriosa en lo negro irrompible,
por más que el hombre eleve llanto y amor cual montes,
de lo ignorado, sola, va errante hacia la muerte.
Le llamamos la Tierra.
Nadie sabe su nombre.

(1943)

IX

HOMBRE SIN ESPERANZA

¡Vorágine insaciable
del recuerdo!

Remoto
está el mundo, y su luz.

Un hombre, un hombre solo.

¡Qué profunda ternura
lo invade! Hay en su rostro
la pasión misma que hace
al gran mar misterioso.
Quizá algo bello huye
para siempre en sus ojos;
algo invisible besan
sus labios, algo hermoso.
¡Un coro de apariencias
lo apremia! ¡Qué abandono
poblado con recuerdos,
amputado hombre solo!

Tú ves en aquel cielo
feliz y sin retorno
qué forma tiene el nombre
que aún bebas libre, u otro
que aún significa el fruto
gustado con sollozo
por dos bocas fundidas;
tú miras, hombre solo,
eso, que fue tu vida,
hecho sombra en lo hondo.
Tú ves y amas lo ido,
tú preguntas qué pozo
profundísimo y negro
lo ha exhalado. Y borroso
de relámpago interno
se ilumina tu fondo:
un gran final sin nada.

(Pero aún el mundo es pródigo)

en vida. ¡Salta, huye
al mundo!)

El mundo, sordo,
está en su sitio, es eso:
indiferencia y odio.

Y tú huyes aún mas lejos.
(Más lejos, alto y solo,
como tú gime o canta
quizá un pájaro.)

Y loco
ya, aún huyes de ti, clamas
con voz de sangre: ¡todo
gira; cuidado, oh sombras:
los astros crujen, rotos!
No sientes más, no miras:
tu dolor está en todo.

Tus recuerdos, saados,
te persiguen —¡tú en todo!—,
casi muerto, habitante
de espacios misteriosos.

¡Perdido! ¡Pozo humano
alucinante y hondo!
¡Vorágine insaciable
del recuerdo! Remoto
está el mundo, y su luz.

Perdido en ti; cercado
de indiferencia y odio,
¡vencido!, ya no esperas.
Y sufres, y estás solo.

(1944)

X

ELEGÍA DE LA BELLEZA EXTERIOR

*Yo no podré quejarme
si no encontré lo que buscaba.*

(F. G. L.)

Quiero cantarte hoy, amor mío,
con voz de cielo bajo el agua.

Tú me estás arrancando, con la vida,
esta canción, ay, ésta, la más tierna y amarga.

Tú me estás enseñando con la vida
un paraíso de rosas y manzanas;
por tu mirada niña y tu voz sola
la primavera más antigua canta.

Aquí me tienes queriéndote tanto,
llorándote como una flor sin alas,
porque te vi, y ya no podré quejarme
si no encontré lo que buscaba.

¡Yo te busqué! Pedí al mundo y al sueño
una forma que me expresara,
y anhelé, sobre todas las cosas,
conocer la verdad de mi alma.

¿No existe nada, amor, que nos exprese?
¿tú eres también desesperanza?
Aquí estoy otra vez sin respuesta
mientras todo es tránsito y sueño y distancia.

Pero ya no podré quejarme
aunque me cieguen la mirada.
He visto en ti lo deseado
bajo la luz de la esperanza.

Ya te miré: No sólo el cielo
de lejanía inviolada,
el misterioso país de las formas
que elevan ensueño y distancia.

No sólo ángeles y diosas
en la niebla azul de la fábula.
¡Sino también lo bello aquí,
la tierra hermosa y su abundancia!

Cada vez que la vida agita
como una brisa la pradera mágica,
miro pasar la belleza sangrando
música y besos y palabras;

entonces, amor mío, llega
la primavera casi extenuada,
y hace nidos en tus cabellos

para mis palomas y palmas;

entonces, amor mío, entonces,
todo en el mundo se prepara
para cobijarse en tus ojos
como un anillo en el fondo del agua,

y surgen vivas en tu boca
todas las flores que esperaban.
¡Oh noche de mi corazón
llena de pájaros que cantan!

¿Quién no querrá llorar de fuego
asaeteado por mil guitarras?
¡Amor! ¿Quién no te verá entonces
durmiendo en brazos de la nada?

Cuando dos bocas de flor joven
van a juntarse o se separan,
cuando la última pared se rompe,
nos asomamos otra vez al alma

Hemos llegado ya a la cima,
desdoloridos y sin ansia.
Pero esperamos descanso y respuesta
y vemos sólo otra vez distancia.

Aquí me tienes aún mirándote,
soñándote con la nostalgia
de no haberte visto en la vida.
Aquí tienes mi herida esperanza.

¡Ese soy, sobre nuestra muerte!

¡Roto en la luz de tu mirada!
¡Llorando, soñando por ver
a través de tu forma mi alma!

Voy a sentarme junto al río,
y miraré pasar el agua.
Te vi. Ay de mí. No diré
que no encontré lo que buscaba.

(Enero 1946)

XI

POR NADA

A D. Antonio G. de Lama

Siempre en una planicie solitaria
corre un niño que llora.

No es que algo baje, enorme, en espirales,
cual negro cuervo, o tremenda desgracia;
no es que monstruos del cielo, cárdenos,
a poca altura arrastren
la panza convulsiva, sonora de centellas.
No hay toros de agua turbia
llevando entre los cuernos animales ahogados.
No es huracán ni lava.

Sólo hay una planicie solitaria
con una lividez que no es de luna muerta,
ni medrosas estrellas inmóviles,
no, ni siquiera funerales cirios.

Sólo es un niño que llorando corre
como los bueyes en el establo incendiado,
sólo es un niño con los pies desgarrados,
y en los ojos un terror perenne,
y en la garganta flores de sangre que aún gritan.

Sólo son unas manos que se tienden
en busca de otros brazos, o de un hombro
paterno que cobije, de un regazo.

Quizá es su soledad quien lo persigue;
no hay nadie y sin embargo el niño huye;
quizá es que todo sigue idéntico,
y la fosforescencia aterroriza.

Corre un niño llorando, no en los ojos
—el hombre, el hombre, el hombre—,
huye de nada, y grita: —¡Padre!—, siempre,
en una gran planicie sola...

Y esto sucede lejos, hacia adentro,
más allá del coraje que hace firmes;
más dentro que una imagen de mujer
vivida años con fuego, con caricia, con llanto;
más, más allá que la visión áurea de la patria de tierra;
más dentro del amor que odia y que ama.

Donde el alma no es ya sino misterio.

(1942)

XII

ÚLTIMO SUEÑO

Aquí hubo un hombre. Aquí, sobre este borde mismo,
yo vi su chorro erguido cesar, caer de pronto.
En esta misma esquina del tiempo estaba, estuvo.
Pero aquí ya no hay nadie. El silencio y mi llanto.

Yo miré con fijeza los ojos que aún brillaban
en el borde. Y me dieron su secreto de pronto.
Despertaba aquel hombre. Había dormido mucho,
en un profundo ensueño semejante a la vida.

Lo recordaba todo como un largo viaje:
había tibios valles, grandes y frías lunas,
o estrellas perfumadas de azahares y almendros;
y agua entre guijas, dulce, donde posar los labios.

Otras veces el viento se ceñía con ansia
sorbando tristes hojas amarillas; la lluvia
que desnuda y empapa lo viviente, caía.
Mas la belleza hiere, deja el dolor, y huye.

Y los hombres... Pasaban, más veloces que el mundo.
Cruzaban sin mirarse. Corrían de prisa, ciegos,
brutalmente asediados por fábricas, o barcos,
o un olor repentino a dura hembra mojada.

¡Cómo tus tristes muros, soledad, levantaste!
Sólo antes, cuando el niño fue pétalo en la aurora,
oh fuente del ser, clara, la madre remotísima
dio amor, beso que aún dura, separación aún viva.

Sólo alguna vez, luego, fugaces, unos ojos
que dulcemente hicieran recordar los primeros.
¡Oh triste, triste sueño! La soledad por siempre,
y ahora que ya despierto, que como niebla olvido...

Porque todo fue sueño, porque despierto y miro
la luz, la luz. He sido. ¡Porque ya nada quiero!
Porque hace tres mil años que tú me acariciabas,
¡mimosa, honda, vacía!, para que me despierte...

*

Como dormidos viven los hombres. No lo saben.
¡Yo acuso, yo golpeo, yo clamo! Aquí fue un hombre.
Antes de tres mil años otro vendrá: ¡miradlo!
Mirad. Éste es el borde. Nadie responde aquí.

(1944)

LA CÁRCEL

A Dámaso Alonso

De lo profundo de la tierra,
de los solares mutilados donde hubo alguna cruz podrida,
y una culebra mohosa roza y repasa amapolas ardientes;
de las mil trece yardas bajo el mar
en que un batallón de emigrantes colonizó densos corales
y misteriosos galeones;
de las más tiernas savias vegetales que ascendieron del fondo;
de todo sitio, en fin, de que mi sangre
secular, violenta, amordazada,
guarda memoria de caricia o chasquido;
encendida en las venas, rotas, rotas
de su círculo, abiertas,
alerta a la insistencia de todos, todos, todos,
todos sus corazones abolidos;
de lo enternecedoramente lejano, un mensaje resuena,
se hace lava en mi voz, la reclama.

Así alzo el canto que interroga.
Y los ojos convertidos en flores,
los brazos que el mar hizo inmensos,
la frente que en la copa del roble
alza su estatua pensativa,
los pechos aventados por el aire
que aspiran humedad y espacio,
todo oscuramente florece
en mi voz desesperanzada.

Sí; como un terraplén que deriva,
he aquí el grito que se hunde en la sombra,
he aquí el eco que las bocas muertas

traen rodando de siglo en siglo.

¡Es la carne, la carne dolorosa,
esclava, inresurrecta de la tierra;
es la sangre desligada y sola
como el mar que golpea y nadie oye!
¡Como el viento que sin consuelo gime,
sin límite, sin amor, sin llamada!
Es la vida yaciendo en abandono,
el pájaro tiernísimo que muere
allá lejos, por un rosal herido...

¡Sangre impaciente que alza en mí otros hombres,
triste carne mortal, vida sola!
Yo, que conozco el mar y la noche,
yo, que miro en silencio el césped diáfano,
que soy la ola que alcanza el sol ahora,
rezo solo en la niebla con los ojos cerrados.

Alguien debe llegar.
Si callamos,
alguien ha de oírse a lo lejos;
alguien vendrá diciendo: amor, amor,
a la angustia enlazada de los hombres.
Yo no sé responder, pero amo,
y oigo pasos allá en la madrugada;
se oye el sigilo; quizás a esta sombra,
a esta férrea, dura luz impasible,
a esta cárcel maldita y sin guardia
alguien llegue en silencio y amando.

Alguien venga, y la carne deshecha,
y la sangre aventada en el mundo,
desde el mar y la tierra y el viento,

vuelva a sí, cante al fin, libertada.

(Noviembre 1944)

Pueblo cautivo
1946



Ilustración de Álvaro Delgado para la primera edición de *Pueblo cautivo* publicada por Ediciones F.U.E.

A aquellos que:

*«...aguardan desvelados
con el oído atento bajo la tierra pálida
el disparo de luz de la victoria».*

(PEDRO GARFIAS)¹¹

*ESPAÑA 1936-1939*¹²

MANDATO

Todo el que pueda, oiga: porque cada palabra
que escribo está madura de verdad. Oiga y mire,
y compruebe las cosas, y su esencia en el nombre.

Ahí está lo más simple: lo azul sobre los montes:
y yo le digo: cielo. Y es verdad lo que canto.
La claridad que pasa, reflejando las nubes;
fuente, nombre. Y la tierra ha rendido un secreto.
La cabellera verde del valle iluminado:
hierba, árboles; y toco la tibieza y la sombra.
Palabras, luz. No puedo poner velos al fuego.

Sí. Bien sabe el poeta su mandato divino;
dar la verdad, hacer justicia a cada cosa.
¿Quién desvelará el Orden, y su norma, y el Caos?
La Fuerza es misteriosa. ¿Quién dirá la palabra?

¡Oh Dios, oh hueco ausente!

No hubo un ángel ni un cáliz
para nuestra amargura. Todos estamos solos:
si existieran los ángeles, como voluntad pura
del Todo, darían signo
de paz sobre la Tierra. Pero ¿quién vio algún ángel?

Yo soy un hombre, y canto

con los ojos abiertos. Digo cosas que veo,
no los ángeles puros ni su oscuro mensaje.
Las cosas que yo he visto sobre la tierra dura,
voz a voz, llanto a grito las iré declarando.

(En verdad cualquier hombre, con su sangre y sus huesos
lleva ya demasiado de ira y desprecio y pena.
Acaso yo debiera purificar mis ojos
en luz de agua o de luna, maravillarse mis manos
en el tacto amoroso de mejillas y flores).

Acaso, y no lo hago: las ciudades de muertos
—Badajoz, Zaragoza, Guernica...— interminables;
los caminos de España bordeados de sepulcros;
las cárceles oscuras, y las madres más solas,
todo lo que es presencia de la patria escupida,
me dicen: persevera.

Si la virtud del hombre
fuera amar, y olvidarse, y perdonar, desprecia:
Nos ha tocado un tiempo en que ser hombre es poco.

Pura voz de poeta. Honda voz de las cosas.
No sé si canta o llora
con los ojos abiertos:
Ahí están mis palabras.

QUIERO DECIR

España, España, quiero atestiguar te.

Quiero esculpir en roble viejo, a hachazos,
con mano tosca, pero estremecida
de ira y cariño y pena,
tu águila y tu serpiente entrelazadas¹³.

España, quiero arropar tu desgracia
en palabras hermosas como pliegues airados,
para que te conozcan y te amen
los que aún te ignoran, los que siguen ciegos
a tu dolor de cárcel y naufragio.

Quiero poner un poco de luz en este acto
de esclavitud y de mordaza puesta
sobre sangre reseca o renovada;
porque no son ajenos
a tu vivir los que tacha con trazos
de oscuridad y luna el enrejado
de los presidios.

Quiero expresar algo
de tu verdad inalterable y viva.
Y aún otra vez cantar cómo te amo,
patria injuriada por tus mismos hijos
de perra¹⁴, los que ensucian
y mean en tu sagrado, los que arrojan tu nombre
cada día como insulto al hermano.

Corral en que vivimos, patria,
quiero decir la náusea de tus días marchitos;
quiero soñar y prometer la ruta
de libertad de tu pueblo cautivo.

LOS DÍAS

Una vez más el gris de otro crepúsculo
como ceniza sucia en la boca del alma.
Un día de vergüenza ha transcurrido.

Sabedlo ahora vosotros, que por la libertad
ofrecisteis la vida, aceptasteis la muerte;
que con la libertad
ordenáis la victoria, coméis pan bien ganado,
esperáis otro día más feliz cada noche:
hay camaradas vuestros que sella la derrota,
porque si la traición segó o vendió sus vidas,
traición y cobardía perpetúan fosa y cárcel¹⁵.

Cada día que pasa
es otro en que la herida se agiganta y encona,
en que los criminales digieren su rapiña,
en que a millones de hombres camaradas del mundo
se les niega la vida, la ocasión de una muerte
con honor, combatiendo. Perdemos cada hora
la ocasión todavía
de pensar que allá lejos existen pueblos libres.

Un día más transcurre.

Aún podemos seguir llamándonos esclavos.

TESTIMONIO

El silencio pesado,
la música, y el tiempo que hace ahí fuera,
la gente de las calles con uniforme o luto,
las cicatrices que miro en tantas almas,
el sol rojizo iluminando cárceles,
ruinas, y ciertos muros, ah, ciertos terraplenes
en los que se incrustaron balas tibias con sangre,
con sorpresa de sangre visitada de pronto;
las condecoraciones, las banderas,
los hombres más providenciales, y los menos,
las noticias que no traen los periódicos,
y otras interminables, infantiles,
anonadantes cosas de diferente especie,
me sitúan en mí, sin libertad posible,
como una oruga entre batallas:
no hay ojos, pies o manos,
palabras, violines,
con los que ver, tocar, pisar en firme,
escuchar un latido
al combatido corazón de la vida,
sostenerse en el lomo de ballena furiosa
que revuelven estas cosas que pasan.

Yo bien quisiera
hablar con voz más pura de la luna y las flores,
o descifrar en versos mágicos

el color de los ojos de la mujer que amo:
pero ahí está lo otro,
un oleaje, una salva de aplausos y disparos,
el mar ronco en las calles.

Yo fui aquel que silenciosamente
besa las rosas y contempla el cielo:
Pero ahí están los años enemigos,
tupidos de odio, abiertos como heridas,
desfallecidos de belleza amarga.
¡Aquí está el alma llena de cadenas,
el ciego sol sobre la mar sin nadie,
tanta espada de música en mi pecho!

Mirad la gente consumiendo vida:
el que trabaja, el que digiere en calma,
el que afila las armas, el que escupe;
todo lo dicho y más interminable.

Y entre tantos oficios yo soy aquel que mira,
aquel de quien se pide que atestigüe y declare.

LA FUENTE

Ésta, entre dos caminos
era la fuente vieja.

Me acerco silencioso.

Y miro en la aspereza
el reguero que fluye
de la oscuridad fresca.

Entre la hierba tibia
cinco amapolas nuevas
erigen, esparcidas,
su soledad ligera.

No quiero decir nada:
Silenciosa es la tierra.

Una noche troncharon
junto a esta agua serena
cinco vidas muy jóvenes¹⁶.

Iban hacia la vega
unos hilos de sangre:
Bautismo de la tierra.

Han pasado diez años
y ahora el verano estrena
algunas flores rojas.

No vi más. Ésta era
la fuente vieja; ahora,
con nombre de leyenda,
la fuente de los muertos.

Así la tierra, espesa
su olvido. Dulce y verde,
con silencio de hierba.

AÑOS FUERA DEL TIEMPO

I

¡Oh noche poderosa! ¡Silba
tu silencio! ¡Humedece
tus estrellas ardientes!
¡Envuélveme en tu llanto! Y dime
qué extraño impulso agitas
en mi azulado lago de impasible belleza;
por qué tus tibias manos posándose en mis hombros,
pasan así, invencibles,
hasta hundirme en el río de fuego del recuerdo.
Por qué este corazón que late hacia la aurora,
cara a días tan bellos que aún no tienen contorno,
ha de ser enlazado por tu áspero perfume,
oh noche amante, de memorias
hondas y tristes como besos
al despedirse. Noche,
gran rostro innumerable
de la Muerte, cumplida cada luna del tiempo.
Qué extraña tiranía, más fuerte que la vida
quiere iniciarme en el helado imperio,
bajo la sombra, ahora; en dura vigilia
de lo ya irreparable para siempre y perdido.

II

Mas, también de la historia se nutre la esperanza,
como el rosal de otoño de las hojas caídas.
Quien sufre su derrota aún no está derrotado.

Doloroso y tenaz es el recuerdo, vivo,
de España fusilada.

Tres largos años rojos
poblaron la ancha tierra de simiente infinita.
Cada día, y de noche, y en el alba afilada,
llovió y llovió sin tregua. ¡Oh durísima sangre!
¡Oh vida encadenada!

Las ciudades, la tierra,
ahogaron su voz clara en la humedad terrible.
Un día ya, ni la pólvora, mojada en sangre, ardió.
Entonces, fue la paz: pisar sobre los muertos.

III

Veinte años tengo ante mi voz, maduros,
y pienso: es poca vida para tanta hermosura.
Es poco sufrimiento para esta atroz grandeza.

Yo nunca tuve el cielo, tan azul e infinito,
crucificado en rejas. No he sentido qué dice
un fusil que se encara con el pecho indefenso.
Nunca escribí con sangre nombre alguno en la arena.
¡Oh palabra desnuda!
¿Quién podría contar estas humildes cosas?
¿Y, también, dar el signo de los ríos, del aire,

atestiguar la tierra tan extensa,
los hondos enterrados, el verano
de la sangre y las flores?

¿Qué voz adolescente señalará: «Esto es muerte;
esto
es plenitud», o bien: «Mirad la aurora»?

IV

No, no es la primavera.
La que alza el verde ramo.
La materia es eterna;
sólo es joven el cambio.
El tiempo y su transcurso,
la savia y el sol cálido,
no son más que accidentes
de la tierra actuando.

¡España mía, frágil
y eterna en cada tallo!
De tu roca más vieja
siento alzarse mi canto.

PAISAJE DE ESPAÑA

¡Tierra de nuestra patria! Repetida en ciudades
y valles caudalosos de verde cabellera,
peinada por la lluvia, reflejada en el cielo
de niños y muchachas que por ti florecían.

Tierra de nuestra sangre, repetida y hermosa,
recostada en Europa, de África al Pirineo,
bajo el sol de tus dioses obstinados y ardientes,
insignia, ejemplo puro como una palma abierta.

Tierra que te miramos y la vida se siente
sin fatiga aceptada, protegida en tu rostro
permanente y variable, dilatada en los ríos,
hacia tu mar cantando la canción del destino.
¡Áspera amada tierra! Qué tupido tu aire
de llanto y de cansancio; qué terrible tu suelo
de nombres indelebles, sepultados y firmes;
qué amargo tu pan duro de esclavitud y exilio.

Mirarte floreciendo como luz impasible,
con tu crueldad de rosa que presencia una muerte,
como un gran sol sereno mientras el aire llora
al sentir derribarse tus espigas humanas.

¡Ah! Cada primavera pone un suave misterio
con figura de hierba sobre huecos perennes,
sobre ausencias que nunca, nunca herirá la luna
porque fecundan sólo la incognoscible entraña.

Porque los muertos callan, y su tierra da flores,

y hay debajo del aire nombres mudos e iguales;
ah, cada lluvia nueva, cada perfil de aurora,
parece que borrara las pisadas del crimen.

Cada poniente pone de oro viejo la frente
de casas cuyas tripas humedece la sangre.
Y parece que nada perturbara la tierra,
y un mismo azul del cielo diera paz a los hombres.

¡Tierra! Tu mar es hondo, tus entrañas de tierra
acumularon fuego de mil soles de agosto;
el espesor del tiempo conocido en tu historia
dice que el viejo toro despertó cuando quiso.

¡Tierra, no estás baldía! No hay arenal, ni peña
sin una rosa roja que anuncie la consigna;
entre el cardo y la malva, las espigas aún dicen
su verdad laboriosa con la espada en la mano.

En ti se ve sereno lo enorme transcurrido.
Quizá puedes, oh tierra, sonreír todavía.
Quizá esclavitud y odio se disipen de pronto
como sombras que ahuyenta la Razón, despertada.

LOS GRITOS DE RITUAL¹⁷

¡España, una!
Y ellos dieron fuego

traición y muerte al pueblo único
que trabajaba por su misma dicha.
Y rompieron España en dos Españas,
y separaron, irreductiblemente
hasta un millón de muertos de su banda asesina.
Y la unidad que gritan
es la de nuestra sangre con su látigo pronto;
el aburrido, ahito, y el pueblo, hambre sin fecha.

¡España, grande!

Y ellos vendieron todo,
el pan de cada día y el honor de un país vivo
por la vieja quijada del crimen fratricida.
E hipotecan ahora el hogar usurpado
al primer usurero, al mercachifle ávido,
degradando su misma voluntad de ladrones.

¡España, libre!

Y a la libre España,
que seguía su camino de paz hacia el futuro,
asesinaron por la espalda, y a los supervivientes dieron
la libertad del plomo, de pudrirse en la tierra,
o de acumular odio entre rejas y estacas.

¡Arriba España!

Ellos, los que al hermano
pisotean hasta hundirlo en el polvo,
ellos, los que amontonan
su baba de mentiras sobre la faz hermosa de la patria,
ellos, los que a las zanjas y cunetas inmensas
alzaron, lo más puro del vigor de la vida;
ellos, que ahí están inclinados, serviles,
ante el sucio extranjero que negocia y escupe.

LA HERENCIA RENOVADA

De todo lo ganado, de todo lo perdido,
de lo que fue algún día como luto o derrota
del amor y el desprecio que en el alma combaten,
algo queda, sin duda:

 mirad la amarga tierra
húmeda, incorporando lo podrido y deforme
en árboles y estratos de nueva arquitectura:
se sucede la vida, y al igual, tiempo a tiempo,
la historia se sucede.

 Desolación o muerte
recibimos; un pueblo debatido en el fango:
¿qué edificar, entonces? Lo podrido dio podre,
el cadáver de España, peste negra y gusanos.

Pero la vida avanza: sobre la muerte misma
en el pulso del pueblo la patria late y sigue.
Y aun de aquella imposible resistencia a la muerte
heredamos también coraje y gloria.

 Nada
podemos olvidar, nada queremos
que borre el tiempo en nuestros corazones,
pero nuestra mirada busca la vida nueva,
y una inmensa esperanza
puebla el aire futuro de cánticos y espigas.

Alegría es nuestra obra:
con bautismo de sangre, *alegría* nombramos,

vida plena nombramos en el tiempo que viene.

Heredamos a todos nuestros muertos,
hombres, sombras ausentes,
en zanjas, entre escombros, bajo rejas mohosas;
heredamos a nuestros tristes vivos, a nuestra oscura vida
de alimañas aún libres en los montes hermanos¹⁸,
o de esclavos que el plomo, por acaso, desprecia.

Pero no, compañeros, nosotros tomaremos
ejemplo de la tierra siempre joven.
Trágica primavera que alimentó la muerte,
de lo informe alzaremos flores, árboles, frutos:
porque amamos aquello que nos falta;
queremos pan en el hueco del hambre;
libertaremos toda la alegría;
en cada seria, dolorosa ausencia
florecerán sonrisas de niños y muchachas.

Y la semilla a la tierra fecunda
y el plomo al corazón estéril,
para que bala y rosa también tengan su sitio.

Y EN CADA INSTANTE UN DESEO...

LIBERTAD

La clara luz se ahonda sobre la primavera.
Sé que, como otras tardes, un resplandor de oro
ocultará en su llano la ciudad agrupada.
Allá en la lejanía se hace hermosa la tierra
coronada de rosas y violetas traslúcidas,
mientras el sol se oculta. Todo es calma y espacio.

Pero esta honda apariencia no penetra en mi alma.
Yo estoy perdido en medio de una selva,
yo busco y miro entre las cosas,
o bien me siento descender de pronto,
entre la niebla indiferente y fría,
a otra ciudad que anuncian las campanas
y el corazón tan desencadenados.
Callando, solo en el aire enemigo,
solo entre luto y tiempo enmascarado.

Está sonando la solemne hora
de entrar a saco en tu ciudad perdida,
de recordar y sostener cantando
tantas estrellas abofeteadas.

Yo estoy mirando, entre mis años duros,
amargos de odio, puros de alegría,
desfallecidos de belleza aguda,
estoy mirando, estoy mirando solo.

¡Oscura cárcel de florecimiento!
¡Oh primavera, qué tumulto roto!
¡Qué ciego sol sobre la mar sin nadie!
¡Cuánta espada de música en mi pecho!

Cómo es extraño, si aún hacia otros días,
a noches estrelladas está abierto el destino,

escuchar las terribles campanadas de alarma,
el griterío confuso, la mirada del tiempo
exigiendo expresión, luz y canto.

Pero yo paso. En la candente nube
que deposita lo desconocido,
en lo que existe, en las nocturnas olas
que el tiempo vence sobre mis arenas,
respiro y voy, arrancando secretos,
desmenuzando palpitantes algas,
mirando agonizar ascuas y pájaros.

Algo acaso se erige,
un oleaje, una salva de aplausos y disparos,

el mar ronco en las calles.
Algo veo que se acerca
para borrar presencias y recuerdos de fango.

Mientras el viento silba,
querría poner sol de oro en un rosal muy verde,
querría soltar abejas, ofrecer un racimo,
querría decir por siempre las palabras que vuelan
para que las pronuncien esos labios que adoro:

LIBERTAD.

Mientras tanto, las cosas verdaderas:
Sólo canto lo libre. Ved. Mi voz atestigua
el silencio y la sangre.

Este volumen, obra de un POETA SIN NOMBRE, el primero de las Ediciones F.U.E., se acabó de imprimir en un lugar de España en los talleres del periódico clandestino U.F.E.H. el día treinta y uno de diciembre del año mil novecientos cuarenta y seis y séptimo de la tiranía franquista. De esta edición original se tiraron doscientos diez ejemplares marcados de A a L y numerados de uno a doscientos¹⁹.

Contemplación del tiempo (1946-1947)

A Dámaso Alonso

I

RECUERDO

Tarde es, Amor, ya tarde y peligroso...

Villamediana²⁰

EL SIGNO

Los montes de verdor grisiento
acercaron su sombra enorme,
para explicar ante mis ojos
la lentitud del horizonte.

De lo más puro de la nieve
brota quizá el amor del hombre;
y en los remansos del estío
el agua sueña un cielo inmóvil.

Pero el aire, color de tiempo,
gira sin fin sobre los montes.
Amor mío, si el agua pasa,
deja también que yo solloce

Junto a la hierba recostado
veo la montaña entre las flores;
golpea la luz, y el cielo vibra
en el pecho del horizonte.

Lo fugitivo nos traspasa
sin una tregua, día y noche.
Para medir lo que he perdido
interrogo a la sombra enorme.

AL BORDE

El aterido mal de amor
que hiere la nuca y la oreja;
esa descomposición dulce
—como insectos dentro del pecho—;
esa niebla tan melancólica
que en los ojos enamorados
produce la forma querida.

La excitación, sensible apenas
en el ritmo del corazón;
el aire de la primavera
que nadie ya lo recordaba;
la boca, y todavía más,
la cerilla imperecedera
que se apaga cuando ella pasa...

¡Todo eso, muchacho poeta,
que entrecortadamente, un día,
suspiraste amor prometido,
adónde fue, como las nieves?
¡Racimo dulce! La ironía
exprime con alegres manos
el ardiente vino terrestre.

Adiós, mi dulce adolescente,
que sonreías, tan lejana,

ante mi pecho, seco y sombrío
como un desmante fusilado.
Tú, que no sabes lo que haces.
(Quise reír, y estoy triste)
...Mira la huella de tu mano.

CANCIÓN IMPÍA

Muchas veces solté palabras mías
a la tristeza del vacío terrestre;
pájaros de hambre para volar lejos,
sin fe, sin fin, sobre la nieve.

Mucho canté, con el delirio amargo
del que ama para siempre y siempre,
mientras el tiempo se deshoja, frío,
y la belleza es lo que se pierde.

Así di nombre al hueco de la roca,
y verdad y sangre a lo inerte.
¡Oh pena, esperanza, recuerdo,
máscaras de la vida ausente!

Por eso hoy quiero enterrar voz y lira
y corazón, bajo una misma nieve.
¡Quiero envolver con manto rojo
mi duro esqueleto terrestre!

¡Dancen, pues, las caderas jóvenes,
y las bocas del amor se trencen,
buscándose las calaveras
y los fémures de la muerte!

¡Hay que acechar, prontos al salto,
la ternura de los ramos verdes!
Hay que trizar las azucenas blancas
en este reino de los dientes.

PARALELAMENTE

(LA VIDA Y LA ESPERANZA)

¡Pasión del tiempo, erguida
rama de savia verde, fiel tesoro!
Te vas nutriendo con mi propia vida,
duro fruto de oro.

¡Y huyes! Si el sol, indefinidamente,
sueña tu plenitud y hurta el presente,
¿te veré al fin, madura, con mi suerte
—para la doble muerte—?

CANTO INTERIOR

A José Luis Cano

Frente a mí estaba lo verde
(también lo informe, lo negro).
Ese verdor como llama
(tizón contra el gris del cielo).
Ahora miro —negro, verde—
aire sólo. Y me recuerdo.

¡Árbol de tiempo!

Aquella mata de oro
que el viento de abril peinaba
ya no está en mi sueño vivo.
Otra primavera alza
sobre la tierra otras flores.
¿Quién las vio; quién las alcanza?

¡Humo del alma!

¡Y hemos de cerrar los ojos!
Dentro, en el fondo, el ser tiene
quizá una gota de lluvia:
gota desflecada en fuente
reflejando, apenas, nombres
que en su temblor se sostienen.

¡Vida: muerte!

LO QUE VEO

A Víctor Pérez Rey

Cuanto veo es símbolo.
Y el mayor secreto
no lo canta el río,
sino el cauce seco.

¡Blancura, oh memoria
de nieve cayendo!
La infancia remota,
que existe sin tiempo.

Después nace el río,
el torrente ciego
del hombre: ¡amor, filo,
roca contra el pecho!

La abierta ribera.
Claro sufrimiento
en que se refleja,
profundo, lo bello.

¡Lo bello: perdido!
¿Qué amar, si pasamos?
El rumor del río
llora lo lejano.

¡Aire vano, arenas,
pedregales muertos!

¡Ir, pasar! Y queda
ese cauce seco.

AMOR

Para ti sola mis canciones
llegan andando por el aire,
a sentarse junto a tus ojos,
y a decirte lo que no saben.

Para ti sola esta tristeza
de ramo verde y desgajado
que traigo en la tarde de oro,
y que te pongo entre las manos.

Para ti sola, cuando sueño,
voy en el alto plenilunio,
con guitarra y túnica roja
a apuñalar los negros muros.

Para ti sola estoy cavando
el palacio que dure más.
Al acabar lo dejaré vacío,
porque tú y yo estaremos bajo el mar.

CANCIÓN DEL TIEMPO

Felicidad te llamaba
al ir midiendo mi pena
que era el hueco de tu forma.
—Llega!

Y el cielo de la distancia
se pobló, tibio, de estrellas.
Te trajo el tiempo. Ya estabas.

¡La primavera en las manos!
Ay amor, amor, ¿quién eras,
con tu corona de rosas
—y una guadaña en la diestra?

(¿Diré ya que el deseo canta,
ni que es hermosa la tierra?)
—¡Pasa!

Sobre aquellas hojas secas,
tú te alejabas, llorando.

¡Ay, cauce de la tristeza!
Aún pasa el agua del río,
y mi corazón con ella.

II

PRESENCIA

*...et vais cherchant
dans ma forêt sensuelle
les oracles de mon chant²¹.*

PAUL VALÉRY

EL VIVO ENSUEÑO

Una noche de lluvia y viento
me perdí en el camino inmenso.

(Lentamente me resbalaban
en lo oscuro, las manos del agua;

y el aire, denso, en el oído,
susurraba con ardor tímido.)

Seguí. Me hundí en aquel secreto
encarnizado. Estaba viendo:

¡Ausencia sola en lo profundo;
miedo del ser perdido en humo!

Seguí. Como nunca, yo era
el claro amigo de la tierra;

el que entendía, cara a cara,
su extensión en el viento y el agua.

Y amaneció. (Tales caminos
andan en sueño los dormidos.)

Desperté. Pero ahora comprendo
el vacío vacilante del cielo.

Encontrándome, me he perdido.
Somos tiempo con forma de río.

VERSOS DE ALGO

A José Castro

Existe, sobre la noche,
como una mirada, un eco
desoladamente ausente;
así la huella de un cuerpo
en la hierba; o quizá más
como luz en el misterio:

Desoladamente ido
de las cosas que contemplo;
un sigilo indefinible
cuyos pasos ya no siento;
algo ido que pasara,
vivo y lento.

En el agua con estrellas,
algo queda, o aparece, o está siendo.
Sin ventanas, va la noche
apretando la atención contra sus pechos,

mientras miro, mientras callo,
mientras quedo.

Algo, ausente sobre el mundo,
algo acaba de existir cuando yo llego.
(La penumbra, lentamente,
huevo tibio del silencio,
vuelve al sitio cada cosa. Suelo y luna.)
... Algo hubo cuyos pasos ya no siento.

POEMA DE LOS QUE NUNCA HAN SIDO

A Carlos Bousoño

Conozco muchas, muchas gentes
que jamás vieron el rocío,
que no piensan quién lo ha dejado
(o que lo explican con los libros).

Nadie dijera que están vivos.

Quizá ellos no presienten alma
en el iris amanecido;
pasión en el granate ardiente,
tristeza en el azul tan límpido.

¡Y una lágrima esconde siglos!

Conozco muchas, muchas gentes,
que acaso nunca hayan tenido

una brasa en la palma abierta,
sonriendo a lo desconocido.

Nacieron, morirán vestidos.

Pasan, si pasan, por la tierra,
sin haber nunca comprendido
qué extraño es que cada arena
sea el cruce de los mil caminos.

¡Oh puras estrellas, rocío!

La afinidad de cuanto existe
todavía da al ser sentido;
cada vez que un pájaro canta
crece lo cósmico infinito.

Pero en verdad, un Dios no sueña
a aquéllos que jamás han sido.

MIRO A LOS ÁLAMOS

Los álamos
—con estrellas de plata en el ramaje nuevo—
rumorean, mecidos;
están jugando con el viento.

¡Oh sonrisa del cielo!

Y en el río se tienden, ondulan, se dilatan,
se enredan con el agua.
Y en el fondo, la copa,
sostiene nubes blancas
que en el agua se pierden...

Los álamos,
esbeltos y elásticos
llaman a gritos a las gentes.

¡Oh aliento de la tierra!
¿Quién quiere ser feliz?
¡Que venga!

Yo estoy pensando
en la alegría de la primavera,
y veo los álamos.

LA TIERRA HÚMEDA

A J. L. Torres

Era suelo hace poco, que se pisa
con zapatos; fue polvo que escupimos.
Lo mirábamos otro, indiferente,
porque somos la piel hacia lo tibio.

Ahora el suelo es ya tierra; tiene algo

de corporal, de femenino y junto;
como la vida, huele y mancha; quiere
que lo pisemos con los pies desnudos.

Yo venía solo por aquel camino
acariciando la hierba mojada,
besando tierra; venía en silencio,
pero cantaba la canción del agua.

Todo era vivo, y la humedad ponía
hierba en mi pelo, piedra en mi cabeza,
y algo humano, sin duda, en lo roqueño
y vegetal; todo era de la tierra.

Todo lo inerte palpitando, tiende
hacia el verdor. ¡Oigo latir el agua!
Y esos guijos que brillan, son cerezas
—idénticas a labios de muchachas...

LA VOZ DEL OTRO LADO

A Germán Bleiberg

Fue junto al mar solemne,
todo puños alzados
(¡oh abatido invencible,
sin cesar empezando!),
cuando escuché, de pronto,
la voz del otro lado.

¡Era el mar, verdadero,
domador de caballos;
y el aire del mar, verde,
agitando un gran ramo!

Era un vivo ramaje
de sordo aire envasado,
rompiéndose hacia el grito.
¡Oh mar, mar sin descanso!

Yo no vi entre las olas
aquel inmenso brazo
númen de la materia.
Ni en el aire su paso.

Pero sentí, muy honda,
la voz del otro lado:
¡zumbó más alto el viento,
y tuvo forma el tacto
poseyéndose!

¡Oh mar;
más acá del milagro,
yo escuché, con las olas,
la voz del otro lado!

TIERRA Y AIRE

A Jorge Escrivá

Yo vi en la luz que late vida,

entre el verdor de la maleza,
la rosaeda conmovida
por la brisa de la belleza.

La densa roca, brazo alerta
sostiene en sí la tierra oscura
donde duerme, fragua y despierta
la vital, cálida materia impura.

¡Ciega entraña que resplandece
abierta en verdes floreales;
el filón más oculto acrece
la sombra, y vibran los rosales!

¿Combinación; acabamiento?
¡Oh estructura desnivelada!
en el incesante fermento,
¿no equivale el todo a la nada?

...Y yo, misterio pensativo
que reflejo y nombro las cosas,
¿soy más que otro nombre, en el vivo
sepulcro-cuna de esas rosas?

SACRIFICIO

A J. Suárez Carreño

¡Lejos está la luz concreta
que rinde formas, hombres, cosas!

En el espacio del ensueño
quemamos estrellas ilimitadas.

Es la penumbra con presagios;
un aire tibio aquietando hojas,
y la humedad de primavera
es germinal y está encantada.

Todas las formas que ya huyeron
dejan su ausencia estremecida,
como un ruido en el bosque oscuro.
Las inminencias significan.

En esta noche intransitada,
el poeta, silencioso y solo,
aparta con manos que sangran
las ramas del camino nuevo.

Se hunde soñando el valle fértil;
y a su conjuro, las montañas,
los pastores del aire verde,
las fuentes, las piedras, las aves,

se sitúan místicamente
en torno a la ciudad dorada.
La lenta oscuridad se quiebra,
se triza en sus vértices últimos.

No es un sueño; es una agonía.
Es un camino ensangrentado.
(Las desgracias de mi duro pueblo
sufriendo señalo y derribo.)

Y el cimiento canta la gloria
sobre víctimas imprecisas.
Amad al que amanece muerto
en la espesura incandescente.

III

TRES CANTOS TEMPORALES

EN LA MUERTE DE UN AMIGO

Bartolomé Lloréns
(1922 - 1946)

I

Ahora, mi amigo, cuando parecía
que todo iba a empezar, que estabas
pronto para la lucha, que tu aire
vería su árbol, y tu sangre ágil
su plenitud de canción y de besos,
la promesa dulcísima se hace
blasfemia de la tierra, y tú
te hundes en el tiempo.

II

Si, de pronto, consideramos
la extrañeza de lo aparente,
el terror y la somnolencia
fuerzan casi a cerrar los ojos.

Igual que el buey, torpe, vacila
cuando el brutal postrer mazazo,
estoy, pesado, ante tu muerte:
¡grieta feroz de lo posible,
en que tu hombría recién fundada
desaparece eternamente!

Recuerdo ahora cuánto y cómo,
frente al azul del Guadarrama,
entre las ruinas de la guerra
y los brotes primaverales,
hablamos, o miramos mudos:
la presencia de tantas cosas
nos hacía desvelar verdades.

Mirábamos ladrillos rotos
y cascotes enmohecidos
entre la arena. Cómo el musgo
hacía crecer su llama verde,
y entre lo inmóvil del instante,
hormigas bélicas del fondo.
Los enterrados no emergían,
pero sí su peso, en el alma.

Y arriba, al sol, los altos seres
que participan en el aire,
pájaros, árboles alados,
esqueletos de casas muertas,
también dijeron su silencio.

Sobre aquella reciente historia
se edificaba nuestra vida.
Y la visión nos asombraba,
porque era ruina vasta y quieta,

porque era lo que nadie cree,
ni viéndolo, como tu muerte.

III

Ahora pienso en tu voz, y en tu silencio,
y en nuestra comunión ardiente y viva
a través de las cosas.

Y recuerdo
aquel modo increíble de azorar la tristeza,
de sacudir su polvo con versos y con risas,
aquella forma tuya, mágica,
de regalar palabras como uvas,
como granadas, para allá, en lo hondo,
preservar virilmente nuestro luto,
y nuestra fe contra la muerte.
(Todo cede y nos falta: como entonces
necesitamos tu alegría: quisiera,
quisiera asir el hueco, desesperadamente,
que tu ausencia derriba.)
Pero ya nada de tu ser nos queda
más allá del recuerdo.

IV

Tu recuerdo y un nombre.

Ahora, hundido en la tierra

y en el tiempo, si existes,
nadie puede alcanzarte.

Aquella ruina en orden
que nubló nuestros ojos,
con tu muerte se aumenta.

¡Pero ve, como entonces,
una escala incansable!:
de la tierra hasta el musgo,
de las ramas al pájaro,
toda nieve a su valle,
toda risa a su boca...

Tú abrirás puertas nuevas
donde nada se puede,
mientras aquí en nosotros
el recuerdo madura.

Digo en fin, lo que, muerto,
sé que tú me dirías.
No te extingues; ya eres.
Mientras tu ser de tierra
se hace espiga o manzana,
¡igual que entonces, nunca,
nuestra fuerza no cesa!

Una muerte, otra vida.

Seguiremos luchando.

LO QUE YO PIENSO SOBRE ELLO

A José María Valverde

*Como suele decirse: «El incidente ha terminado.»
La canoa del amor se ha roto
contra los escollos de la vida corriente.*

WLADIMIR MAYAKOWSKY

I

¡Circulen! ¡Nadie mire!

Los pitidos caían
sobre la indócil plebe, y el chasquido, el mandato,
la arrastraban al orden con nudos corredizos,
como en la pampa los caballos.

¡Paso!

Una sirena huyó, silbante,
corriendo con un muerto camino de la muerte
¡Ya no vive, ya queda, ya es morada, la sangre!

¡Circulen!

Van tacones, llantas veloces, trajes,
sobre el suelo piadoso. Las ventanas, en fila. No se abren.

II

Pero manos prudentes, con anillos de perla,
levantaban jardines de papel sobre el mundo.
Y se oyó en su asamblea:
«¡Oh, la luna, poetas, quien dirá su hermosura?
¡Circulad, pues, con ella
al país de la rosa sin duda y sin usura
donde oh (trémolo evanescente)
quién no adora la luna!»

Esto decían dientes con insignias de plata,
mascando, en las butacas del lugar del suceso.
Lo decían, sentados.
 Pero todos pensaban
en la sangre del muerto.

Aquel hombre venía revisando las manos,
libertando sortijas que aumentaban el cielo,
disparando relojes hacia un gran mediodía.
¿Solo? ¿Entre multitudes? Todavía es misterio.
Aquel hombre venía.
Y se supo qué dedo
señaló; cuántas manos hicieron fuego a un tiempo;
a quien correspondía cada mancha sangrienta.

(¡Pero, entretanto, rosas, más luna, tropos hechos,
y que todos circulen!
 Los poetas
no dirán lo que vieron.)

Yo, con los ojos fijos en el suelo piadoso,

iba ascendiendo escalas por la sangre sin dueño.

III

Seguí calles y calles. Paseaba
la muerte y sus vestigios.

Salían gentes del trabajo. Era de noche.
Encontré a dos viejos amigos.
—¡Celebremos
la amistad, compañeros!—

Largamente bebimos
vino y tiempo de infancia.

Y del brazo, en la plaza,
nos enteramos de lo sucedido.

IV

Con un solo disparo se eliminan cien muertos.
Pasa todos los días, y no en secreto.

Pero esta sangre es de un hombre vivo
que luchó con la muerte, y fue vencido.

Y es por amor, poetas, por lo que ha sido muerto;
por un amor sin figura ni cuerpo.

Sabía que morir no es mejorar de sitio,
pero aceptó ser puente en un camino.

Así, soltando las anclas del Tiempo
hacia el futuro, ha sido muerto.

Sí; la canoa del amor se ha roto.
¿Qué edificar con astillas de odio?

V

Pero aquel incidente nunca habrá concluido.
¡Sabadlo bien, hombres de los anillos!
¡Nadie está libre de la sangre que ha vertido!
Podemos todos circular, podemos
escupir, o callar, o remejer suspiros.
¡Podéis clavar las puertas, las ventanas del cielo,
cuando pidiendo un rifle pase descalzo un niño!
¡Todo ha de ser inútil!
¡Aspiraréis la muerte
del fondo de la tierra; subirá, como un ruido
tiñendo las paredes y los libros!
¡No hay escape!
(En verdad,
todo está escrito).

¡Bienaventurados los puros de corazón, que cumplen el mandato;

pero ay de los malditos,
de los que están en deuda con cuerpos enterrados,
de los que desnivelan la muerte con más muerte,
y creen que el incidente ha terminado!

LA ORACIÓN DEL POETA

A Luis Cernuda

I

Y ¿quién existe? Se abre el tiempo
y no lo cierra la pregunta.

Pero a veces una Presencia
muy suavemente nos empuja.
Caminamos entre las gentes
ebrios, en una luz difusa,
maravillosamente claros.
Cumplimos órdenes oscuras
sin conocer el fin ni el modo,
y andamos, firmes, una ruta
de sed y zarzas abrasadas,
en que el dolor es nuestra ayuda.

El tiempo es como una selva,
en que la voluntad desnuda

marca, al pasar, dulces senderos
que ensangrentamos, para nunca.

Este amor a lo que nos deja;
este encontrar huellas futuras
quizá, en la nieve a que llegamos,
pone estrellas en nuestra angustia.

Una Presencia nos invade.

Y esperamos. Algo, sin duda.

II

Pero Ello es silencioso.

Se oye como un susurro
femenino y sonoro
en todo lo que ama.

¡Oh pulso misterioso!

Canta la primavera
recostada en el soto
con pechos florecientes.
La noche, toda ojos
centelleantes, vibra
con amor tembloroso.
—¿Es la Tierra quien canta?—
En la luz del otoño,

o en la sombra encendida
de luna y cielo, oigo
una voz, que es la Vida,
musitando su gozo
o su anhelo, por siempre.

Hasta lo más remoto,
cada cosa es susurro
femenino, gozoso
o anhelante, que ama.

El Todo es silencioso.

III

Y nosotros preparamos
su Voz, como el sol infunde
las uvas de oro, en verano.

Tiempo a tiempo, lentamente,
repetimos los ensayos
para nombrar la belleza
que es Su rostro.

Condensamos
en frutos nuevos, más dulces
cada vez, el jugo amargo
de la Tierra, hecho sustancia
que lo nutre.

Reza el canto
hasta dar forma, con nombres
potentes, al Ignorado,

que ha de despertar de sí
al fin del tiempo.
—Fundamos
con voz oscura, un cimiento—.

En Su ausencia, nuestros pasos.

IV

Durante muchos siglos, bajo nombre terrible,
adoramos, vacíos, lo inexistente.
Ahora,
al que habrá de asumirnos, con humildad triunfante
rescatamos, obrando, de la Nada en derrota.

V

Padre nuestro, que oirás algún día
este rezo en tu cielo lejano,
cuando el tiempo se acabe y Tú quedes,
tennos en tus manos.

Hijo nuestro, que hicimos a oscuras,
con terror y con ansia, penando,
cuando seamos olvido en la sombra,
suéñanos, como a Ti te soñamos.

Padre eterno de tus hijos muertos,
pues que todos a Ti caminamos,
cuando estés en tu casa y descanses,
oye nuestros pasos.

Hijo nuestro, ya ves que nosotros,
como el verde florido del campo,
mientras tú, fruto nuestro, maduras,
transcurrimos y nos deshojamos.

¡Padre eterno, Hijo nuestro, Heredero!
Ruega en nombre de todos el canto;
Te dejamos más que hemos tenido;
Tú que puedes, ¡sálvanos!

Siempre
(1948- 1951)

*A Carmina*²²

I

UN CÁNTICO INICIAL

I

Este aire de mañana, que me trae lo más puro,
quiere que yo os recuerde...

las hojas, las estrellas,
las infinitas hojas del árbol, aireadas
desde mis días primeros, del árbol estrellado.
En él cantamos.

Gira, tiembla el viento nocturno,
y reverbera el ramo sideral, misterioso
como esas hojas claras.

Lo que el aire ha traído,
¡florecidas, terrestres!,
quiere que yo os recuerde.

II

Recordar...

no es difícil.

Estar solo algún día,
y recordar... ¿qué? ¡Nombres, rosas un día, alas!
Recordar lo que ha sido.
Pero aquello que amamos
en un ayer es *nuestro*; nuestro amor, todavía:

Las raíces del alma
se nutren de esperarlo, y persiste, sin tiempo,
sin luz, pero aguardando...

Yo diré de vosotras
poco, oscuro y distante... lo que el viento del chopo
cuando en un temblor gime, cara a mundos lejanos.
Pero sin duda es algo de sustancia preciosa
al dar forma a ese cielo que buscando revela.

Estrellas, digo: ¡siempre,
estrellas!

Ah, ¿por qué, si la voz interroga
sobre el amor, contesta su fulgor tan lejano?

*Las estrellas, nadie las desea,
pero alegran con su resplandor...*²³

¿Quizá Dios allí existe? ¿Sois con ellas Su borde,
florecidas canciones de una tierra hecha alma?

... Algo escrito en la sombra; la promesa de un cielo
—lejos, pero tan *mías*—, os estoy contemplando.

III

Y ahora quiero cantaros, rescatar la alegría
que ilumina y sostiene la esperanza dorada.

Hacia el tiempo que ha sido, rosa de fuego, llama

pura, de adolescente transparente y temblando,
mi amor, siempre el primero, resplandor que amanece,
aun es: el alma aspira un perfume infinito.

Todavía, si el aire trae el rumor del mar,
si la caricia asciende de un rosal a mi boca,
o, libertado, el fuego quiere quemarse solo
y en la tirante noche desgarró el corazón
(perdido, en las afueras solitarias del mundo)
¡estrellas!, una a una surgís del hondo azul.
Y como de lo inmenso, constelado y vibrante,
de su silencio, brota la soledad más fiel,
así yo del recuerdo, de las minas del alma,
invoco y traigo un nombre, un solo nombre: *tú*.

(En la mitad del canto la luz me ha sorprendido)²⁴.
El ensueño no duele, pues lo puedo mirar.

IV

Así lo dije, porque siempre he amado
en formas breves lo que queda al fin.

Por eso era que llegué a tu puerta,
que pedí agua y sonreí, y quedé.
Por eso quise, como el peregrino
de un país lejano, conocer tu voz.

Como tú estás, en el milagro
quiero existir, permanecer;

enséñame los nombres únicos
del corazón, que no aprendí...
¡hasta cegar de luz: sol, mares,
mundo divino alrededor!;
lléname el alma de secretos
que tú descifras al mirar...

(Llano del tiempo, refulgente, tierra
mía, ladera recostada al sol,
ahora te sé: sólo fuiste camino
hacia una fuente que no estaba en mí.)

V

Más de una vez ha ocurrido que el mundo
quebró, cayó. (Y el amor muere).
Más de una vez el hombre siente el peso
del cadáver de un dios en la espalda.
¡Cruje! Quisiera, entonces,
regresar, confundirse con la piedra o el aire,
y cesar.

La desgracia
con su puño de hielo
nos enajena en un rincón sombrío...
Más de una vez, yo bien lo sé, la vida
parece sólo una burla malvada.

Pero el dolor, si lleva
a desear la muerte,
es, también él, más vida:
¡si cada estío de oro alza amapolas nuevas,

qué luto podrá ahogar a un corazón humano!...
Más fuerte que el destino
es el amor; más honda
que el terror, la esperanza.

Inagotable, hermosamente tuyo,
yo sé que nadie puede
rescatarte, alegría,
sin el terrible peso de una vida aguantada.

VI

¡Oh Ilusión, Ilusión,
te invocamos!
Fuego hermoso y aroma infinito,
rosa de iris, ¡cada alba te encuentre
con el fúlgido jugo divino
y estelar de la tierra madura:
en el llanto feliz del rocío!

El que es, Ilusión, él te invoca.
Cada vida es tu fruto cedido...
Cada almendra fecunda en tu mano
sueña el árbol de un nuevo destino...

Oh Ilusión, tú nos haces.
Tú al niño,
con un velo que fulge y abrasa
acrecientas la vida, hacia el borde
de los años que núbiles cantan...
Y al fin llega al jardín misterioso:

¡tú iluminas, tú das infinito
a las rosas, las rosas, las rosas,
Ilusión, tú embriagas la boca,
la floreces en pétalos vivos!...

Danzas aún, más allá de los besos.
Ardes más.

Y quemada y rendida,
te adormeces al margen del río,
ay, soñando otra rosa cautiva...
Es —¿y quién no lo es?— hijo tuyo,
Ilusión: la guirnalda ceñida
que encadena al amor.

...Y tú llevas
a otros labios la misma sonrisa,
la promesa a cumplir también, lejos,
en el niño que *quiso* más vida...

(La Ilusión gira el iris del mundo,
fuego alterno, corola divina...)

VII

Eso quise cantaros, con palabras serenas,
alegres.

¿Para mí? Poco tengo,
ni quizá *espero* tanto. Mas ¿qué habrá que no ansíe?...

La verdad, cierto, es lenta: una vida con horas,
con caminos, con muros.

¿De quién la voz del rayo,

su manantial terrestre? ¿Dónde el sueño sombrío?
¿Hacia qué sol no puedes mirar? ¿Cuál es la rosa
inalcanzable siempre, sobre qué dulces pechos?...

Yo paso entre los mares; oigo batir las alas
a las claras palomas del amor... Y aún más, cojo
al cielo, ramos, ramos de luminoso polen...

La nostalgia más dulce, penetrada
y aguda;
un recuerdo de besos, de sonrisas lejanas;
el amor, indecible,
me han dictado este canto de silencio y suspiros...

Poco es todo: no cabe
más en un corazón
humano.

Así buscamos
por agrandarlo, siempre: y un nuevo azul de aurora
pasa soltando estrellas que en el pecho lucían.
¡Inefables recuerdos de la esperanza, sombras
del corazón!

De la más limpia noche, de su nada infinita
vuelve a la luz y canta
¡la tierra en primavera!

¡Vibra un ritmo de rosas
mecidas, se alza el viento
embriagado!...

Más vida. Va a nacer la armonía.

II

DÍAS Y SUEÑOS

(1)

CARMEN DE LA TARDE BELLA

Querría solamente una rosa;
esta luz clara y tibia en los ojos,
y una rosa entre las verdes hojas.

Una rosa,
para mirarla, para descansar,
para sentir el alma y ver su forma;
para estar solamente en silencio,
en armonía con la tarde hermosa.

Dejar que el tiempo, como una muchacha,
deshoje su blanca corola,
eligiendo, dejando caer
entre las cosas, nuevas cosas;
el tiempo de luz y de sombra...

Quisiera solamente ser
una ternura frente a otra;
quisiera únicamente soñarte;
quisiera una rosa, una rosa.

CARMEN DEL AMOR IMPLACABLE

Está lejos el mar, pero recuerdo
el musical chasquido de las olas
—oh cima, oh prados de agua florecida—,
corona de la fuerza melodiosa.

Está lejos el mar, pero recuerdo
la luz del sol en mil alfanjes rota,
la intensidad feroz, la luz de fuego
reverberando, primavera honda.

Oh, la visión alegre y embellece
la tristeza infinita de las horas
en espera; el azul innumerable
acoge al alma innumerable y sola.

Está lejos el mar, pero ¿quién ama
sin recordar las implacables olas?
La Fuerza insoportable hiere, rapta,
y de palabras bellas nos corona.

CARMEN DE LA IMPACIENCIA²⁵

¡Oh mediodía! Mis oscuros ojos
del valle al monte lentamente van,

buscando entre lo verde, o en lo blanco,
ay, rama o nieve en la que descansar.

Pero los caminos del aire y la tierra
los paseaba sólo la tristeza.

Yo buscaba en la vega, en la cima,
mi compañía, mi alegre libertad,
y ni ternura vegetal ni frío
me habrían podido contestar.

Todos los caminos del aire y la tierra
esperaban algo que nunca llega.

La corola tan azul del cielo,
hecha tiempo, se mustia al girar,
y el mismo sol, el mismo sol de oro
va decayendo con dulzura astral.

Mira, ¡tantos caminos de tierra y aire!,
y van sin nadie, solos de no encontrarte.

CARMEN DE LAS FLORES TEMPRANAS

Los almendros en flor, embriagados
en la luz clara de la tarde,
dan su color feliz y delicado

a la esperanza núbil de los aires.

¡Las flores al azul, precisas, leves,
las hojas verde y luz en la corteza;
la maravilla, los almendros de aire
sobre esta tierra parda y seca!

¡Oh corazón, ya llega abril; ya el cielo
tendrá el color de la felicidad!
Mira las flores: ah, suspiran;
están diciendo que amarás.

CARMEN DE LA LLUVIA FINA

¡Oh universo en que quiero
estar! ¡Ramo de estrellas!
Estas gotas de lluvia,
tierra tibia, te encuentran..

Hasta ti fue la vida toda
como un inmenso mar de ausencia.

Pero, poco nos basta.
Las medidas humanas
no son tan infinitas como piensas
felicidad: ese algo
de concreción, de pura forma bella,
ya nos basta. ¡Racimo

de lluvia, cabellera
levemente mojada,
y que ilumina una sonrisa eterna:
te basta ya!

Y éste es el mundo
estrellado en que habitas; ésta era
la lejanía soñada. ¡Canta!
Aquí está la promesa.

CARMEN DE LA RIQUEZA

Yo, muchacho aldeano, regresando
por mis años de fresca, verde senda,
traigo, para tu tiempo, la alegría
de aquella inagotable primavera.

Para tu boca traigo la caricia
de tantas flores de color que sueña;
para tus ojos en los que oscurece,
la estrella de la tarde triste y bella.

Traigo la voz del agua que ha pasado
en el silencio tibio de la hierba;
te traigo el cielo, corazón sonoro
con álamos de música y ribera.

Abre tu alma. Mira el valle inmenso.
Nos ha correspondido *esta* riqueza.

Es todo tuyo. El borde de la dicha
va más allá del tiempo y de la tierra.

CARMEN DE LA PLENITUD

Más bien no tener palabras,
sino estrellas, sino rosas.
Más bien decir, al pensarte,
la belleza: ella te nombra.

Ah, si el mundo que sé y quiero
se implantara, forma a forma,
¡qué plenitud, qué alegría,
qué nueva creación gozosa!:
Desbordarían las fuentes
a la sed; las tensas rocas
a los cielos; la caricia
a las manos creadoras,
felicidad!

Todo, nuevo
a tu imagen; todo sombra
de tu paso: porque existes
y vivo tu eterna hora.

¡Cima, plenitud: sentirte
descanso del alma, y forma!
¡Quererte!: florecer astros,
y estrellar la noche a rosas...

CARMEN DEL ÉXTASIS

Distraída del mundo; más, lejana
como un vuelo de pájaros, tú existes
donde el silencio empieza, donde el alma...

Donde las avenidas, misteriosas
de árboles altos y de sombra extraña
nos llevan a la pena más hermosa;
donde la noche llora, constelada
frente a sí misma, porque todo es poco,
porque los mundos brillan en la nada,
como nosotros...; donde la belleza
suspende el tiempo; donde canta
mi voz más sola; en mi reducto último,
allí estás tú, silencio, alma.

Alzas los ojos; tienes la cabeza
de una imposible luz aureolada;
quieres, querrías, pero no te sientes,
porque eres sólo noche, noche clara.

¡Ah, dame ese silencio; rompe
esta belleza que nos mata!
Y en tu infinita noche, álcese
un viento dulce, despertando ramas...

III

SENTIDO DE LA GRACIA

SENTIDO DE LA GRACIA

¡Oh Dios, si Tú me oyes, gracias por esta vida
que te niega y te quiere —como la helada noche
tiene en su sima oscura un rescoldo estrellado—!

Negación es tu nombre.
Más allá de las cosas,
¿qué hallar? ¿Quién, sobre el borde
precioso de unos labios, ante la hierba tibia
que se afila en ternura, frente a dos claros ojos

que miran, quién, qué voz pediré *más*?

Y mira:
nosotros te anhelamos.

Como la tierra lleva
los veneros del agua, o las hojas, que guardan
algún temblor sonoro, hay algo, en nuestra sangre
que te busca.

Florece los días, y las rosas,
y pasan.

Y algo quiere, dentro de nuestra vida,
hurtarse a la corriente de ese tiempo sin cima.

Decimos: «¡Señor, gracias!», y sentimos: «esta hora,
este ser, esta dicha, *deben* durar».

¿Nos oyes?

¿Fundamos los cimientos, en Ti, de nuestra casa,
o despertamos, sólo, lenta vida futura?...

MUERTE

¡Claro río de estrellas! Mi sentimiento
tiene en la noche honda camino abierto.

Brota como la hierba, la hierba húmeda
de una tierra que late. ¡Tierra desnuda!

Pasa rozando el agua de los arroyos;
vibra, y casi entresueñan los dulces chopos.

Y de las ramas altas a las estrellas
parpadea en los ojos de la belleza.

Oh maravilla nuestra, cielo infinito;
si una vez te miramos hemos nacido.

Quien te siente y lo coges tú de la mano
camina como un niño, cielo estrellado.

(¡Madrugada de estrellas! ¡Ramo de horas!
Salta un pájaro y vuelan astros y gotas.)

¿Ir, llegar?

No; ya *estamos*, oh inmenso cielo.
Inclúyenos, remoto...
Fluye en silencio...

LAS VIÑAS SEDIENTAS

Yo contemplo. Maduras enseñanzas
emergen, nos invitan
sin cesar, de la tierra.

En esta tarde
de vigilante ocio, claro
como el del sol (que también él descansa,
despidiendo ya el valle, y mira
hondo, dorado por su lento tiempo),
estoy viendo unas viñas.

(Siempre;
hace mucho, percibo
en lo sensible, idea, y pienso,
pienso con luz, y ardo, abrazado
a las cosas que tengo.) Miro,
pues, estas viñas, y recorro
tiempo y caminos.

Mucho amo,
con mi ternura antigua,
esta tierra tan seca: limpia y áspera,
y humilde, y propia como el alma,

¡tierra mía de anhelo!

... Largamente ha esperado;
en un sueño difícil
agua preciosa busca quien la mira,
y recuerda los ríos...
Y oh prodigio: las uvas,
casi carnales, bellas;
frescura, gozo
secreto, cifra ardiente,
surgen aquí.

(Y yo pienso:
si nosotros amamos,
mucho tiempo debimos
estar solos. El canto
en el dolor madura, y el anhelo
de lo que no tenemos, lo ennoblece.)

¡Claro sí, mundo hermoso!
Todo este esfuerzo, ¿cómo
se guía? La tierra enamorada
lenta, incesante de verdor y flores,
y el hombre, ¿adónde? ¿Adónde?
¡Maravillosas, trágicas
viñas sedientas, dulces
de frescor y promesa!

E inefable,
cada fruto madura, y persiste.

CAMINO Y MORADA

Junto al camino, y alegrada
por chopos verdes contra el cielo,
surgía en el valle la casa encantada.

Parecía figura
de un sueño hermoso. ¡La quietud, las flores,
el humo en paz, los pájaros del alba!
(Costumbre tibia, cada día,
del sol; noche templada
en amor; luz del hondo
maravilloso azul que calla...)

Pero el camino, como un héroe
de manto rojo, bajo la escarcha,
bajo la luz en fuego
pasa y pasa
(hacia lejos),
y rueda y marcha
con pasajeros de las nieves,
con ardientes carretas lunadas...

Nunca se supo, nunca,
de dónde adónde.

¿Quién alcanza
el horizonte ilimitado
del valle en tiempo?

A la ventana,
presa en su ensueño queda, triste,
una sonrisa de muchacha.

Camino allá se oye alejarse siempre
la voz del riesgo.

Un hombre canta.

ORACIÓN POR LAS LÁGRIMAS

Sin llorar, he sentido
que podía.

De pronto,
la ternura, lo humano desvalido
temblando en nuestros párpados:
y en la flor alegría
del hallazgo, de pronto,
el asombro, la duda, el terror cierto
de haber vivido, ¿muerto?:
desalmado.

(Sí, yo, yo mismo fui,
yo era,
el cruel, el puño piedra,
los ojos para ver, sin amar nada.)

...Y, entonces,
aunque el muro no oiga,
aunque el suelo no oiga,
aunque el cielo no oiga,
los queremos también, temblamos
de plenitud, decimos:

¡Gracias!
a ti, y a ti, y a todo, a todos,
¡gracias!
por este corazón.

Y aún más. Ahora,
ahora que estamos solos,
Tú, como un niño
con un juguete tuyo, ¡rómpe,
destrózame! Ven, mira
«qué es lo que hay dentro»,
mira.

Y si mi tristeza
(para mí) no es amor;
si mi esperanza
no es sólo amor;
si mi odio mismo
no es
puro amor...
¡olvidame de Ti, quémame:
ahora!

Para siempre,
hoy que vivo;
hoy que podría llorar
sin nada,
solamente de vida...

EL CREADOR

La pura música, la nieve;
a veces, un suspiro,
pueden volvernos niño
el corazón.

Entonces,
en la mañana azul del primer día,
con la bondad de un siempre primer día,
iluminados,
comprendemos.

Es como
si después de mil años
se encontraran... la luz
y una rosa.

¡Oh mi amor!
Tantas veces
como un sueño, soñado
y perdido; tal vez
con un nombre de labios hermosos; o al fin
palpitando en la estrella y la mano,
mi amor.
Fue preciso
esperarte, y besar, y perderte
como aroma de flor, para hoy,
¡alba oro del conocimiento!,
poderte encontrar.

No en la carne (tan ciega, tan plena,
¡y tan tuya!), pobre cuerpo fiel;
no en el alma (palacio vacío
de ventanas, si no miras tú);
ni en el tiempo que tú sólo mueves,

sino en ti.

El amor está en sí.

Cuando mira unos ojos amados *él* los vuelve más bellos. Está vivo allí, y embellece, mirando, *su* mirada. Sonríe cuanto ve en su luz, y refleja más bella la hermosura que lo ha de aumentar...

Pasará como la primavera, recorriendo la tierra; al volver habrá rosas donde hubo ya rosas, miles, miles, ¡oh rosas de amor, rosa sola!: en el tiempo incesante dios terrestre, corola total.

¡Ah dialéctica lucha de besos creadores! Estela sin fin que en dos cuerpos de llama, de gracia, en dos tiempos de humano fluir se responde... ¿Vivir; El que ama, ese vive. Dar todo es vivir.

CARMEN DE LA VOZ MÁS PURA

¡Maravillosos pájaros del alba!
Los musicales ramos
del aire, quietos. ¿Para quién
cantamos?

... Decís el cielo, lejanía rosa
y violeta; en lo alto,
es azul, tiempo. ¿Para quién
cantamos?

La primavera secará sus flores.
Cuando el amor vuele en el viento, el tallo
estará roto. ¿Para quién
cantamos?

¡Música dulce, oh voz de madrugada!
No he conocido lo que amo;
pero yo canto con vosotros,
¡maravillosos pájaros!

IV

DÍAS Y SUEÑOS

(2)

CARMEN DE LO REPETIDO

Quizá, quizá me repito;
si tú lo dices es cierto;
y aunque estrene siempre el alma,
será en el mismo universo.

Pero también se repite
el mar, múltiple y perpetuo,
y fulge en estrellas únicas
cada noche eterno el cielo.

La primavera, las nieves,
en la corona del tiempo,
cuando todo había pasado
lo devuelven, limpio y nuevo.

Así que si mis palabras
se enlazan porque te quiero
deben, con varia hermosura,
decir siempre el mismo sueño.

La afinidad de las cosas
tiembla en el rocío del verso
repetido: ¡Gota, mundo,
alba del conocimiento!

—También las rosas, también
los suspiros, y los besos
se repiten en ternura...
Todo lo repetiremos.

CARMEN DE LA ETERNA VIDA

Miraba yo las rosas, pensando de alegría,
solas entre mis manos, atónitas, perdidas.

Miraba antes las rosas. Quería tener, tenerlas.
Quería querer. Quería. Mas la forma no sueña.

Yo canté entre los chopos. Yo contra el sol poniente
vi florecer los ramos de luz dorada y verde.

Y besé el agua, el cielo. Me transfundí, fui todo.
Pero en la cima, siempre, sentí que estaba solo.

(Queremos lo infinito. Nos duele lo que escapa,
aunque entre luz y rosas sintamos fluir el alma.

Sólo es cual si cesara la corriente del tiempo
con otro tiempo humano. *Tú y yo*, remanso eterno.)

Felicidad contigo. Nos viven y sustentan
en lo hondo de la noche las veraces estrellas.

¡Felicidad! Tendremos, alba de cada día,
nuestro infinito en rosas desnudas. Nuestra vida.

CARMEN DE ESTA NOCHE

¡Dolor del alma por quererte!
En la noche de viento azul
oigo temblar los dulces árboles,
y me traspasa su rumor.

Los árboles, que al mediodía
eran la tierra puesta en pie,
copas de sombra y abandono
alzan a la inefable luz.

Quizá nostálgicos por eso,
por el lejano palpitar
de las estrellas desoladas,
cuya ternura late allí.

(Tibio es el cuerpo, interior, solo
como un astro en la oscuridad;
como una rosa adormecida
en el alma que la soñó.)

El aire pasa suspirando,
¡tan ciegamente, sin saber!

Toda la noche, inexplicable,
se parece a mi corazón.

CARMEN DEL VALLE DE ESTÍO

Yo estaba en la pradera, junto a los grandes álamos,
y en el aire sereno, acariciante,
venía la fragancia de los juncos y el trébol,
venía, como si alguien la esperase.

¡Ah plenitud del valle, pecho del horizonte!
Los susurros, los suspiros del río,
llegaban a mi alma, desde el agua con cielo,
como si yo fuera sonoro, como diciendo pensamientos míos.

En las briznas pisadas, en las hojas
que tiemblan si las apartamos,
en las sombras más tibias, algo había,
algo quedaba de mi corazón, antiguo y cálido.

Y yo estaba en la tarde solo, pero con un cariño
reflejado ya en todo, completo;
¡oh maravilla feliz, encontrar a través de la tierra
con nosotros, presente, el amor ofrecido tan lejos!

CARMEN DE LOS SENTIMIENTOS

Mira, sobre las olas
blancas y azules,
canta nuestra alegría
florece y sube.

Sobre esas flores raudas
que ayer perdían
y van ganando ahora
luz y sonrisa.

¿O quizá ellas son otras,
y las enlaza
nuestra alegría, nueva
cada mañana?

Yo no sé si el cariño
—ni tú lo sabes—
es lo que pasa, o queda
por los instantes.

¡Olas blancas y azules;
cesan y vuelven!
¿Como el amor? ¿Son otras,
o las de *siempre*?

CARMEN DE LO INDECIBLE

Recostado en mi alma, yo no sé qué es más bello
si sentir a la tierra matinal respirar,
(oh muchacha dormida bajo ramas de oro),
o mirar las estrellas que abren ojos de luz.

Yo no sé qué es más bello: si en la noche tan sola
tus cabellos se extienden y oscurecen el mar,
(oh caricia tan leve, suavidad del suspiro
que me devuelve todo, todo tu corazón),

o en el día radiante, por el aire que vuela
—¡libertad fatalmente, florecer y cantar!—
arboledas, praderas, cielo azul reflejado,
paraíso que copian esos ojos de amor.

*

¡Soledad de la noche, pura estrella entregada!
¡Alma, alma mía, forma que la luz ve brillar!
Quién te mira y no sueña... Quién dirá qué es más bello,
embriagar tacto y vida, o *saber* que eres *tú*.

CARMEN DEL AMANECER

En las praderas de la madrugada

rociadas de estrellas fugaces,
me gusta recordar tu alma.

Y aspiro hondo, al sol rasante
de luz tan tibia, la delicia
de sentir como tu boca el aire.

¡Canta la tierra, canta! Duda
entre los embriagados pájaros
y las corolas de hermosura.

Y pasa, como el agua al fondo
del cielo suyo, ¡la alegría
—azul, azul—, de gozo en gozo...!

¡Uno, cien, mil, todos los días!
Es la canción que dice *siempre*,
que canta ¡siempre!, repetida.

¡La eternidad cada mañana!
—Eres la vida que amanece.
Tierra de luz, ilimitada...

CARMEN NOSTÁLGICO

Ah la sonrisa, alegría cierta
que como una paloma blanca

vuela en tu pequeña ciudad.

Los atardeceres del valle
coronando de guirnaldas breves
la lejanía honda y azul.

Desde la cima, en primavera,
el oleaje verde y claro
de la llanura floreal.

Y nuestros árboles, doseles
de fibra y luz, entrelazados
por los rosales del amor.

Y la penumbra, con la fuente.
Y el aire, maravilla, nuestro,
al respirar en él y en ti.

...Quién diría que no es un sueño
el mundo; que es más bello todo
para vivir que al recordar.

Quién soñaría lo que he visto
en tus ojos, ni la ternura
que puede acariciar tu voz.

O quién te adoraría, oh noche
de suaves claveles unidos,
sino el que besa, por amar.

CARMEN DEL DESTINO

¡Vida plena, primavera!
¿Quién os podría negar
viéndoos?... Y si pasarais,

¡tiempo para recordar!

¡Ah!, ¿en qué mundo, o en qué sueño
he entrado, para encontrar
el alma que no tenía...?

¡Pudiera morirme ya!

Lo mejor de mí no es mío.
Lo que yo he de ser está
esperándome en tus ojos.

¡Cómo los iba a olvidar!

CARMEN DE LAS MANOS MARAVILLOSAS

¡Versos de amor! Qué pronto queda

dicho todo, sin empezar.
Es igual que mirar al cielo
iluminado, alguna vez.

Tan hondo en lejanía, tan puro
lo que quisiéramos cantar...
Pero qué decir de una rosa
en la mano, qué, qué decir.

O estar al borde de una fuente,
sedientos, y verla temblar
en el junco verde, en el pájaro
que alegra la onda de su luz...

Tan indecible y sin palabras
como adorar, como sentir
al aire en flor de una sonrisa
toda nuestra felicidad...

Yo no sé bien por qué, tentado
de imposible, quiero decir
cómo la dicha excede al hombre,

cómo es tan inefable *ser*:

¡Ser solamente, ser, completos,
esto que *somos* al amar!
Una lira sonora, ebria,
en manos...

ah, ¿de quién, de quién?²⁶

V

CANCIONES EN EL AIRE

1

EN LA NIEBLA

...¿Volando?: blanca es la niebla,
inmóvil, como en un sueño...

Sólo puedo recordar.

Ojos míos, lo que quiero
está lejos. (Y en el alma).

... No puedo ver, pero creo²⁷.

2

CIELO OSCURO

Si yo, detrás de esas nubes
me perdiera;
si el aire oscuro del cielo
que me lleva

fundiera de pronto en brasa...
dirían después, en la tierra:

«Entró por el fuego oscuro,
como mirándola a ella...

¿Muerte, sueño?
¡Brasa viva
que ama y recuerda!...»

3

¡EL SOL!

¡El sol!

¡La luz otra vez, rasando
túneles de pronto abiertos!

...Quién no piensa en ti, en el alma
frente a ti...
Sol, sin recuerdo.

4

MADRIGALISIMO

Debieras estar, ahora,
floreciendo aquí en sonrisa.

Porque estando yo contigo,
cantaría:

«Vida, ya puedes matarme,
si quieres. Ya no me quejo.

Puedes. He estado —¿qué más?—
con el amor, en el cielo...»

5

ALTO

Miro, de nuevo, la tierra,
—verde oscurecido y ríos...—.
Y se parece a la vida
con tu recuerdo, y contigo.

Sobre los pájaros leves
que estarán cantando, miro,
y me siento volar, lejos.

No tengo voz ni suspiros
para decírtelo todo.

(Entre esto y la tierra hay trinos;
aquí trepida el silencio.)

Alto volaba el cariño.

6

ESTELA

¡Yo volveré, nubes doradas,
nieve del mar, henchido sol:
Y volveré por aquí mismo,
ruta celeste y más veloz.

Como las alas también vuelven,
como las olas y su flor;
como a las pálidas estrellas
la luz de ayer, nuestra y mejor.

Quiero volver por esta tierra,
por este aire, por la voz
de mis propios versos cantándote.

Quiero tener *un* corazón.

VI

DÍAS Y SUEÑOS

(3)

CARMEN DE UNOS RECUERDOS²⁸

Hermosa,
sólo hermosa.
Estrellas tibias en tu pelo suelto
que el aire combatía;
prados floridos, cielos
en el agua, curvados
animales ligeros cuerpo abajo, ladera
abajo; pechos
gacelas; áureas
caderas con caballos. Todo, fuego
en un río de espacio musical, cauce de astros
infinito.

Sí: bella,
hermosa. Sonreías
como cálida nieve; mirabas pasar ríos;
concedías labiales
claveles oprimidos, auroras
vacilantes, luz negra,
hiedras ardientes cuerpo adentro.

¡Oh rosa
hija del tiempo, agua
del tiempo, floreciente
lago de tiempo!

Junto a tus orillas
he soñado la vida, y he mirado
anchos los cielos. Aunque todo pase,

yo amaré *siempre*.

Poso mi cabeza
sobre la roca, muevo el horizonte,
y oh sollozado ramo de palabras, golpeo
el agua clara. ¡Fuente,
luz del ser, con tu imagen!
¿Te soñaba? Tenía
una estrella en el pecho.
Y tú eras
hermosa, eras
hermosa; sonreías...

CARMEN DEL LAGO AZUL

A un lago azul te comparaba,
maravilloso, claro.

Pues, como ya nada en el mundo
tenía sentido, como ya el descanso
sólo podía traerlo el gran regreso,
la muerte misma, yo, anhelando,
con el corazón joven
busqué lo más cercano
a morir: entregarse,
amar perdidamente, darlo
todo.

...Queda un lago encantado.

*

«Aquí llegaron los amantes»,
dirán.

Y si la primavera,
igual que ahora con nosotros
florece en las orillas tiernas,
han de pensar:

«Por estos lirios
de los bordes, por la pradera
venían... Pero las flores, bajo el tiempo,
eran aún más bellas...
y ellos siguieron, hasta el fondo.
(Maravilloso era
ver cómo entraban al palacio
del agua, sonriendo,
soñando, mano en mano...)»

«Aquí llegaron...»
Y en la noche
—fuego de astros bajo el lago—,
dirán:
«Se fueron a buscar estrellas
que en lo hondo de sus ojos palpitaron...»

*

Nosotros, ya, seremos
canción sólo en sus labios.

...Pero labios de amor. Y se oirán besos
al chasquido del agua en lo estrellado.

CARMEN DE LAS HORAS ANSIADAS

Son ya tantas las flores de este valle
que se abrieron queriendo recordar;
tantas las horas idas, en caricia
de hombros desnudos al amanecer;
tan hondas, tan del alma las estrellas
con música apretando el corazón...

Las veces en que el agua y tu cintura,
la luz y tu sonrisa, el palpitar
de las ramas del aire y los suspiros
los enlazó mi sueño porque tú
no estabas —aunque estabas—; tanto fue
el cariño que di por ti en miradas,
en pensamientos, tanto fue el amor...

Que cuando llegues —bajo tu luz misma
como el sol súbito en el ancho mar—,
verás de pronto, cieleado, inmenso,
un mundo sólo florido hacia ti
y en el que todo, en ala de caricia
dirá: «soy yo; te quiero, te esperé».

Para ti sola, por la madrugada
de luz antigua que en tus ojos hay;
para que sacies con tus manos rosas,
sobre el anhelo en flor de la canción
abro esta página de primavera...

Eres tú misma. Llega a ti. ¡Ven!

CARMEN DE LOS SUSPIROS

...La rosa, la estrella, el alma.
Deseando siempre, siempre,
(ay),
todo lo que más nos falta.

Buscando, desamparados,
la sombra de nuestro fuego,
(ay)
el tiempo en que quedamos.

Banderas altas del día
dan su azul celeste al viento.
Yo quisiera, tú querrías...
(Ay
los dos estamos muy lejos).

Media vida es esperarse.
Media, recordar los sueños.

Para estar juntos un día,
para sentirnos de nuevo...

(Sueña...)
Cuando lo tengamos todo...
(Suéñalo)... recordaremos

(ay)
esta tristeza de oro.

CARMEN DE UN MOMENTO

Ahora puedo estar viviendo
muy otro tiempo, puedo ir
cortando juncos, junto al agua,
mirando el cielo que ya amé.

Ahora puedo, frente al mar,
sentir la sangre densa en olas,
y entresoñar, porque atardece,
y las estrellas caen en mí.

¡Felicidad, madurez clara!
Todo era flor, y también tú;
también tú pasas, llegas, pasas;
qué hermoso y triste es comprender.

¡Oh pena dulce de los besos!,
¡oh cintura de amor!; dejad,
dejadme amar lo que no vuelve...
y hacia el olvido, solo fin.

CARMEN DE LOS RÍOS VIVIDOS

Cuántas veces, paseando
la ternura de la hierba,
por las orillas del río
se hace más clara la pena...

Igual que un corazón tibio
que te sabe y te recuerda,
cuántas veces me has querido
sombra de las alamedas...

Los ríos son mis amigos,
porque saben que se acercan,
aunque marchen, y suspiran
cantando, como quien besa.

Decidme si vuestros nombres,
verde Aar²⁹, claro Bernesga³⁰,
van teniendo, como el mío
en las orillas banderas...

Porque yo sé que es alegre,
que es bella nuestra tristeza,
mientras hacia el mar pasamos
siempre amando la ribera...

CARMEN DEL ÁRBOL DORADO

¡El árbol florido,
fugaz primavera,
palacio de trinos!
Pero antes de oírse,
qué lento ha crecido.

Abría en la tierra
oscuros caminos;
pedía en el aire
la vida a suspiros;
al sol, cada día,
era oro tupido.

La luz y el silencio,
y un tiempo infinito,
irguieron el tronco
soñando en sí mismo.

(Lo adoraba acaso
la estrella en rocío;
en el borde absorto
grabaron su signo
los enamorados...).

¿Tiene ahora mil nidos?

¡Corazón del hombre!
(¡Cantos encendidos
del poeta!) ¡Árbol
verde y florecido!

VII

EL AMOR QUE LUCHA

A IMAGEN DE LA VIDA

Con fijeza, en el fondo de la fuente,
donde la arena de color de oro
se renueva incesante, con el tiempo
y con la luz, he mirado por verte,
alma que naces, florecer desnudo
a cada golpe de la tierna sangre.

Sólo por verte, vida, amor más claro.

Porque durante mucho tiempo, extraño
fui a mí mismo; tu latido apenas
alimentó mi ser: sin conocerte.
Sólo el borde en las flores, la opulencia
del fruto tenso, la colmada copa
del árbol deslumbrante, me cegaron.

(Raicillas temblorosas, ¡ay, qué dentro!)

¡Qué dentro y cuánta fe, besando tierra!
Tiempo y tiempo pasó. ¡Qué hermosos labios
tiene la vida, qué candentes pechos
para fundir amando cuanto roza!
¡Qué llamarada, qué fulgor tan rojo
de sonrisa feroz, melena y reto!

¡Ah orgiástica, cruel felicidad!

... Pero cuánto más honda era la vida.
Después de nubes brasas, cuánto cielo.
Después del rayo, estrellas. Ve, qué puras,
recién nacidas, como insomne arena
de un manantial de vida. Siempre cielo. *Árbol* promesa. *Fuente*, digo y
llamo.

Pan nuestro, amor. Amor de cada día.

ESCRIBO

Estoy aquí, al calor de la lumbre,
como los viejos de aquel pueblo
(y ya es extraño recordarlo).
Vivo, pensándote. Es de noche,
y fuera hace luna y frío.
Lucirá nuestra estrella, ardiente
lágrima, como si la viéramos

El gato, pues, ronroneante,
inspirando un apego leve.
Mi alma sin mí, que te entresueña,
y estas llamas, como la vida.

(Sería tan bello abandonarse,
primaverear de almendro el humo,

y recordar aquellos días
igual que flores rociadas...)

*

Pero este cuerpo, amor, respira,
y está cansado, y te desea,
lejos, con sed, viviendo oscuro...
a qué ocultar la verdad plena.
Oh, plena, sí, llena entre el sueño
del día, de hoy: con los zapatos
algo apretados, y las copas
lentas y rasas, los amigos
en gesto y voz, y en los cristales
muchachas de oro que pasaban,
callando, y en mí te pedían
a gritos, y tantas estrellas
poco a poco, y la melancólica
tarde que les sirvió de arco...

Es de noche y estoy cansado.
Quiero decirte que me acuerdo
de nosotros, y que estas cosas
tristes y todas, dulces, pobres,
te las ofrezco hoy como un ramo
de rosas, sí, como un gran ramo
de frescas rosas. Junto a ellas
suelo pensarte, y en mi alma
viven, sirviéndote, y son todo
lo que tengo, todo lo que por ti amo.

EL AMOR QUE LUCHA

Hacia días hermosos voy contigo, llevado
por tus ojos desnudos, por tu voz sin palabras.
(Ojos hondos que guardan las auroras del mundo,
tibia voz de caricia, penetrada y callada...).

Se abren lentas las puertas del ensueño lejano...
Ya estamos en el tiempo que quizá no tuvimos;
somos ya de la infancia que la tierra florece...
La esperanza indefensa da fe del paraíso.

No huir, ¡ir hacia dentro! Hemos vuelto a la vida.
Sólo ser; sólo, siempre, penetrar en el alma.
Y sentir que palpita, desolada y remota,
en el mundo en tinieblas, una estrella que ama.

... Mas quien vive en ti, *odia*, catedral de mendigos:
¡El amor rompe a tajos las murallas del miedo,
y endurecido en ira desprecia, sobrepasa
al ser feliz, desea, quiere acercar su reino!

(Si el amor más precioso terminara en sí mismo,
¡oh qué joya de escarnio frente a aquellos que sufren!
Pero cuando volvemos de la dicha sin tiempo,
hay un luchador grave en cada amante dulce.)

SÍ

(RESUMEN)

Después de todo, ahora,
si hoy lo miro en mí, antes,
casi antes que la vida
fue el amor.

Si ahora pienso,
si ahora sumo lo ido
con lo olvidado, si al recuerdo uno
la luz de entonces y la que hoy nos ve;
si sobre todo miro,
aún no abrazo y sí veo
la intocada esperanza; si de pronto
el tiempo es ancho como tierra joven
verdeada y florecida, sobre el cielo...
quisiera nacer siempre,
amarte sólo, y no morir
aún.

No lo recuerdo: llevo,
tengo en el alma una mañana única
frente al mar. Era azul y alegría
el cielo en sol, y la mar, y también
el amor era azul. Tú y yo temblábamos
quizá, como quien alza
un velo, como tiembla
el que pisa un umbral: «hasta aquí el sueño;
ahora la vida». (Nadie
vuelve atrás, si no muere
y en estatua de sed se sobrevive.)

Todo sonreía

con el fulgor de la felicidad.

...De día, el sol;
de noche, el mar, no visto,
se oía golpear. ¡Oh rudo, hermoso,
insomne mar! Las olas y los besos
hasta el amanecer. Y aquel olor salobre
y hondo a brisa tocada, o a cabellos
respirados y en sombra de mujer...

Fue la vida
luego, la vida lenta, con paredes
y vestidos y trenes, y palabras,
y demasiadas, muchas horas,
y pocos siglos para siempre amar...
¿Qué pensar, qué decirme
de todo, muerte y vida, qué del tiempo
y el corazón?

Me pulso hasta los huesos
del alma, y suena: *Sí*.

Si en la gran noche
puedo mirar cielo y espejos
serenamente, sin palidecer; si por lo que esperamos
sé luchar; si aún mi voz
(sus palabras
más dulces) tienen música y las oigo
entre nosotros, como el que te ama,
el que se reconoce en el amor...
quisiera nacer siempre,

y estar sobre la tierra más que un árbol,
y tener agua dulce y quieta
y olas de fuerza para ti,
y sonreír, y verte. Verte siempre

para amar más y no morir aún.

CÁNTICO FINAL

Llegando al fin, recordaréis
como un paisaje, de este libro.
Su imagen es quizás un valle,
la orilla fresca de algún río.

Un valle muchas veces algo en sueño
surcado por el agua clara,
en el fondo de la cual tiemblan de pronto
estrellas, libres pájaros, palabras,

y en el que vuestra voz dice:
«Te quiero
tierra, eres hermosa y también amas.
Mirándote ya nada anhelo...»

Y susurrando en el arroyo, o suspirando,
abierta rosa, frágil hierba,
parece como si la tierra misma
nos contestara y comprendiera.

(Porque es muy dulce creer y reposar
cuando se está cansado,
y saluda el amanecer en el rocío,
y la extensión parece cántico...)

Pero no dura mucho el sueño. No puede durar mucho. Sabemos que hay un camino a recorrer, y que urge el tiempo.

Y mientras haya *adónde* ir todo descanso es ya traición. No sé, algún día: hoy no es verdad, no amamos

a la pura belleza terrestre. Toda belleza es rival, enemiga del verdadero amor, ay, tan lejano a la delicia.

Pues la belleza quiere entrega, dejación y al fin, reposo, sola en sí misma. Y el amor es conquista, lucha y ascensión *sobre nosotros*.

...No; cuando recordéis mi libro, amigos, entre las hojas verdes y las rosas ved un arco tendido:

(¡Finalidad, finalidad, sentido nuestro, corona o rienda, lo sólo *humano* que añadimos, con que sobrepasamos a la Fuerza...!)

Seas arco tendido, poesía, a las estrellas firmes del mañana;

cada cántico sea un hondo acto
de plenitud y de esperanza;

cada palabra, como una caricia
del cincel en el tiempo,
o un puñetazo de luz viva
en las tinieblas del recuerdo;

cada imagen henchida, cada frase
que cierra en armonía su abundancia
sea para siempre signo de una vida que construye,
y como obra nunca pasa.

Y cada nido, cada valle feliz evocado
en los versos,
sea la nostalgia disparada

hacia un futuro por fin *nuestro*.

*

... Hemos llegado al fin. ¡Adiós,
amigos!;
pero decidme que algo os he ayudado
a estar en pie y en un camino...

Y a ti, amada por ti misma,
y más allá de ti, ¡gracias, belleza!,
porque nos haces desear lo que sabremos
arrancarle a la Tierra...

España pasión de vida
(1945-1950)

ESPAÑA, PASIÓN DE VIDA

EUGENIO DE NORA



INSTITUTO DE ESTUDIOS HISPÁNICOS - BARCELONA. 1954

Portada de la primera edición de *España, pasión de vida* (1954).

I

ESPAÑA

PRESENCIA

Como el amor se calma sólo
con la presencia de la amada,
antes que el sol me he desvelado
por ver tu rostro hermoso, España.
Pues más que nunca el amor duele
si lo aprendemos y nos falta.

Mas la noche es soledad. Tiene
indiferentes o lejanas
estrellas, sombras, luna o sueño.
Sólo un olor a tierra brava
hace sentir que el suelo es barro
carnal, origen y esperanza.

Lenta, la luz da al fin tu forma.
Miro a lo lejos las montañas
de nieve y aire frío ceñidas;
veo la planicie dilatada,
con pinos verdes en un cuesto,
la tierra ocre y entreparda,
y los caminos, que se pierden
como el deseo, en lo que aman.

Pero aquí, cerca... Veo tu tierra,
aún violada por las zanjas³¹

que tu pasión pobló de odio
y amor feroz. Miro las casas,
sólo habitadas por el cielo
que ahonda de azul cada ventana.

Y no es la ruina lo visible.
Algo más hondo hay en tu entraña
de carne viva, de hombres vivos.
Algo más duro te amenaza.
Sacio mi vista en tu presencia,
mi hermosa, mi gozosa España,
pero dueles, patria de pechos
mutilados, de boca pálida:
porque se odian y te odian
hijos que tú igualmente amas³².

¡Dueles, dueles! Por eso quiero
cantar tu gloria y tu esperanza;
tu gloria cegadora, limpia,
tu esperanza desesperada.
España, deja que te nombre,
y queme en tu amor mis palabras
sin odio, puras y sin muerte,
pero rojas de sangre cálida.
¡Diga mi voz lo que te quiero,
con la fe de cuantos te aman!

...En tus planicies y en tus ríos,
en tus bosques y tus montañas,
pero más en tus hombres, vivos
y muertos, en sus nobles almas,
sobre las hondas ruinas, veo
un rostro hermoso.

¡España, España!

¡Pasión de sangre! Amor de vida,
amor de libertad te canta
en una aurora del destino.
Amor amargo de la patria.

(Madrid, Ciudad Universitaria, 1945)

HONDA ES LA HERIDA

Honda es la herida del amor al verte
en mis ojos mortales reflejada;
pero la daga más apasionada
la hunde el recuerdo, España: poseerte

es mirarte en el alma, hecha ya suerte
entrañada y total frente a la nada;
pues en ti está mi vida sustentada,
y en ti mi sangre ha de vencer la muerte.

En el recuerdo y en el pensamiento
cumpliendo voy mi vida y tu memoria.
¡Roca inmortal, límite al mar y al viento:

hecha mi sangre verbo de tu gloria,
arrástrame tu cauce violento
hasta fundir mi sino con tu Historia!³³

(1945)

GALERÍAS PROFUNDAS

Galerías profundas
abre al alma el recuerdo,
si en soledad ahondamos
su inabarcable cielo.

Pues el recuerdo es vida
inmortal, renaciendo,
vida y muerte ganadas,
vencedoras del tiempo.

A veces mi palabra
ascenderá a tus puertos,
España, para verte
como un cuerpo moreno
que el amor ofreciera,
tendida bajo el cielo.
Otras veces acaso,
bajo montes o riesgos
que alza como amenazas
tu furor o tu celo,
me sentiré cual hijo
reciente e indefenso.

¡Verte, verte con gozo:

pero quererte luego!
Te quiere el que en la lucha
de su amor te va haciendo.
Sin otra arma combato
esta guerra del verso,
hasta dejar tu forma
como un sol refulgiendo.
Sólo el amor activo
es ya más que deseo.

Al recordarte ahora
oh España de mi sueño,
¡alce mi voz la estatua
de tu eterno silencio!

(1945)

RECORDARÉ PRIMERO³⁴

Recordaré primero
lo que mis ojos vieron en la aurora;
un cielo azul y un no profundo
pasando arriba, abajo, como horas
de la vida serena de la tierra
en medio, quieta y sola.

Eran verdes los prados;
con rocío las manos misteriosas

del alba, y las montañas
con un azul de música remota
vibrando en el extremo
de la luz; era toda
la hierba en flor para los pies desnudos
de un niño sin memoria.

Él vio los dulces tallos
del trigo abrir la tierra silenciosa;
los vio vestir de fiesta
el pardo adusto, y como falda moza
ondear luego a los delgados aires
que lentamente doran
lo verde, y hacen cabecear la espiga
al fin, un día de plenitud y gloria.

Sintió el agua desnuda,
con algo azul como de cielo, honda
en el fondo del tiempo: allí las nubes,
casi quietas, huían, misteriosas.
Pero el agua temblaba entre las manos,
y era gozo en la boca,
como un sabor a estrellas, junco y nube.
Era secreto y voz maravillosa.

Y en el aire había aire
azul, vencejos o palomas,
y mucho más, una alegría
de tallos tiernos y amapolas.
Y allá, detrás del monte,
detrás de la llanura sola,
estaba Dios: tenía entre las manos
aún más tierra de España, hermosa, hermosa.

... Allí viví; aquélla fue mi patria;
allí veo, aún ahora,
una felicidad saltando, un niño
en la pradera, cuando el sol asoma;
un niño que sonrío, cuando el valle
tiene violetas en la sombra.

(1946)

PATRIA

La tierra, yo la tengo sobre la sangre escrita.
Un día fue alegre y bella como un cielo encantado
para mi alma de niño. Oh tierra sin pecado,
sobre cuyo silencio sólo la paz gravita.

Pero la tierra es honda. La tierra necesita
un bautismo de muertos que la hayan adorado
o maldecido, que hayan en ella descansado
como sólo ellos pueden, haciéndola bendita.

Fui despertado a tiros de la infancia más pura
por hombres que en España se daban a la muerte³⁵.
Aquí y allí, por ella. ¡Mordí la tierra, dura,
y sentí sangre viva, cálida sangre humana!
Hijo fui de una patria. Hombre perdido: fuerte
para luchar, ahora, para morir, mañana.

(1946)

II

NOSOTROS

ESPAÑA³⁶

«España, España mía...».
Eso escribe, diréis. Pero ¿que canta?

La guerra, la paz sorda
impiden, sajan la verdad primera
de las palabras. Ah, sólo palabras.
Como flores ahogadas en un charco de lodo.

¡España!
¿Quién podría
confundir el océano con una postal verde;
un reloj con la lluvia en los cristales?

Pues bien: se dice «España»,
y hay quien piensa, de pronto, en las guerras de Flandes,
o sueña en una gloria
de barcos de madera salitrosa,
y picas fulgurando entre la niebla...
O bien, se puebla el aire
de capitanes duros
con espadas radiantes y trajes encendidos,
... en las tierras del oro³⁷.
O hay el que aprieta sombra de noches deslunadas
y habla de reyes absolutos, vagamente.

¡España, «luz
de Trento» (agonía entrañada,
sed) «martillo de herejes»!
(Y esto pasa con gentes que cada día vemos
sin extrañeza, hábiles, estudiando
Griego, Latín o Instituciones...)³⁸.

También ocurre a veces que, apasionadamente,
la gloria antigua, como Don Juan el día de los Difuntos,
reaparece eficaz entre los vivos,
y hablando, discutiendo,
la vieja luz de Flandes adquiere color caqui³⁹,
o las gestas del oro un nombre de patriota
(«don Gil, don Juan, don Lope, don Carlos, don Rodrigo...»)⁴⁰,
o tendencia a exportar naranjas a Inglaterra...

En fin, todo esto,
tan prosaico que debieran evitarlo mis versos,
¡tiene brillo, no obstante!, el del sol cotidiano,
y es, como nuestros días edificadas, derruidos,
materia de oradores y poetas ilustres.

Cierto que gentes más oscuras,
los que a veces trabajan y otras veces
se pasan con su hambre, los que viven
y duermen
en cualquier parte —en los derribos
deshabitados, en las alcantarillas, en los interminables
trenes de mercancías... en un etcétera
inverosímil...—; vamos a ver, poeta:
sitios todos en que tu «amante vida»
lleva máscara sucia
de polvo, y pelo al rape, ellos
acaso no comprenden

ese nombre hostil: «patria».

Así están
los senderos del trigo,
los muelles, las praderas de cemento...
Ellos entienden pues lo que se odia
mascando un limón verde como el mundo,
amontonando horas
como piedras o cardos agrios
allá, en el fondo del alma.

¡Mundos!
Y todavía
pienso en los más audaces, en los obligatoriamente tímidos,
sumidos por la lluvia,
debajo de la tierra, esperando.
Esos terribles vivos ausentes de la carne
con un sabor de cal viva o raíces,
también preguntarán
qué España canto.

Entonces las palabras
han de ser como un río.
Llegad a la ribera, con los álamos; quiero
que escuchemos reunidos
la canción de la vida... como un río.

¡Oh palabra desnuda
como el aire más claro!
¡Silencio tembloroso
del canto!
¡España! ¿España?

Un río que se incorpora, un árbol

que va a hablar.

(1946)

CANTO

¡Mediodía terrestre! He visto catedrales,
he visto derruidos castillos de septiembre,
cadenas casi rotas trepando entre rosales,
y niños con fusiles...⁴¹ ¡Mediodía celeste!

España, España, España.
Dos mil años de historia no acabaron de hacerte.
¡Cómo no amar sufriendo, el perdido pasado,
y con ira y coraje, el perdido presente!

Yo no canto la historia que bosteza en los libros,
ni la gloria que arrastran las sombras de la muerte.
¡España está en nosotros! Y su estrella sonora
en la recia oleada de la vida que viene.

En mi sangre crepitan tus hazañas de sangre;
en mis ojos dominan tus labriegos y reyes;
pero por sobre todo, tu futuro es quien vive
y crepita y combate en mi sexo y mis sienas.

Con los muertos gloriosos estaremos un día
fermentando la tierra y bebiendo la nieve;

con los vivos ahora, con el sueño en las manos
que luchan, con los fuertes y fieramente alegres.

¡La salud de las flores, el vigor de los árboles,
la ira dulce del mar y el rumor de las fuentes,
están con los que avanzan, combatiendo y cantando,
como nosotros todos: hasta que Dios despierte!

Yo no digo las ruinas, ni el colérico odio,
aunque ira y odio y ruina me cerquen y penetren;
en mi alma está el derrumbe de una patria humeante,
pero arriba una estrella puramente amanece.

¡Violadores del Tiempo, la patria no está hecha!
¿Quién traicionará el sino de engendrar del presente
un futuro más bello?

¡Ardiente, clara España!
Tu ancha vida en tus hombres. Tu libertad por siempre.

(1946)

PUEBLOS DE LA MESETA

Cuántas veces, en largos viajes fríos,
en renovadas permanencias monótonas,
he mirado, he mirado en silencio,
y he escuchado hasta el fondo,

sólo por verte, tierra. Por aprender acaso
algo de tu mudez, de tu forma tendida,
España, madre atónita, fe nuestra.

Aquí tengo, en el alma más mía,
tu tierra húmeda y fresca, amaneciendo,
el oleaje de tus montes grises,
la ternura sedienta, humilde, áspera
de tus caminos para andar;
tu variedad, con rostros
de hermosura diversa y predominio amargo.

Entre todo lo tuyo, ¿qué retener ahora
con más inconsolable esperanza y pureza?
En el dolor, algo en el corazón responde,
y hacia un lugar me orienta, golpeando como nieve.
Ay, abatido entre el hierro y el aire,
yo miro.

¿Dónde, cómo?

Y veo mis pueblos, veo
sus diminutas chozas agrupadas
bajo el humo inicial del día, leve,
leve, después del sueño, cuando amanece. Formas
primarias, empotradas en tierra,
y donde emerge sólo
la altivez imposible de una torre raída:
vida no sé si humana, seca, pobre,
y regresada a la naturaleza. Pueblos
con su olor campesino y humildoso a patatas,
en un aire familiar e inmediato.
¡Pueblos!: la tierra humea en sus pliegues poblados,
y parece el final de una catástrofe:
son ruinas polvorientas por los días,

por años de exterminio civil, por siglos huecos.
Aquí los hombres, fijos, retroceden: no obstante
¡tan virilmente tristes!,
con algo roto, doloroso o perdido,
y las mujeres paren; no hay sonrisa ni cántico
en la tierra sin agua.

Así te miro, patria,
pero no sé llorar. Igual,
lo acepto todo.
Tengo también esa condición dura
de vivirte, hombre tuyo, sin queja y con desprecio.
Grave es quererte. Pero
tú existes, y tenemos
oh, tenemos tu amor de mediodía,
la voluntad, tupida como piedra,
del futuro; tenemos la esperanza
movilizada, yo no sé, hacia poco,
solamente hacia días
lo justo nuestros, lo justo
solamente, sencillamente humanos.

¡Nadie rece su llanto!
¡Nadie gima su cruz contra el muro!
Sobre esta honda tristeza soñolienta y esclava,
aún hay la gana dura,
la gana hasta la sangre de vivir combatiendo,
la necesidad grave, vegetal, de una hiriente
pasión de muerte o vida...
la alegría.

(1946)

SACRIFICIO

(Homenaje a Cervantes. Tema: martirio de dos niños cristianos en «Los Baños de Argel».)

Era preciso atestiguarle, patria,
nombre de sangre sobre carne herida,
amarrada al poder de una columna
cruel, la tierna voz llena de alas.

Era preciso, testimonio ciego,
sacrificar la flor sobre la piedra,
alimentar a la insaciable fábula
refloreceda en vida ensangrentada.

Mas, ¿para qué recuerdos?... Abro el alma,
y ahí estás tú, reciente niño antiguo,
trágico pueblo, víctima sin ara,

tambaleante, a culatazos roto...
Mártir eterno, dame tu latido,
y di que verdad pura nos sostiene.

(1947)

ENCUENTROS OBLIGADOS

Vuelvo a encontrarlos, siempre; todavía.

Son viejos, lamentables conocidos
de cara neutra y de feroces dientes:
el inocente estrujador de rosas,
el organizador de dividendos,
el embalsamador de ideas para uso
de calvas probas...

Me aparecen siempre
con uniformes vestidos por dentro,
universales, repetidos, unos.

¿Son hombres, o sus cifras? ¿Son mis temas?

Cifras no deben ser, porque decaen;
resultan muy impuestos como tema;
mas lo que es hombres...

Ay. ¿Quién no sonrío
de balde, estrecha manos muy de veras
o queda algunas veces triste y lento?
¿Quién no silba de amor por la mañana?

¡Jamás ellos lo hicieron!

Yo los miro:
a la orilla de un río no ven nada;
la vida para ellos pasa y muere;
su ternura, rentable, condiciona.
Sus manos cuentan, argumentan, sudan
mientras reposan: el trabajo alegre
con estela de un mundo a nuestra imagen,

la caricia dorada y creadora,
los ignoran.

Igual que tristes vigas
que apoyadas en otras se sostienen,

existen: muchos, pero nunca «todos»,
(no caben en un bolso). Y nunca uno,
uno solo, se vio frente a su nada.

¡Grandes biografías! ¡Mucho gusto
en referirlas! ¡Musas condenadas!

¿Estopa al sol? Oh, no; forman la elite
de nuestro mundo. Y aún a veces ¡cielos!,
levantan el sombrero a nuestro paso.
(Entonces nos da fiebre). ¡Di —decimos—,
si tú eres tú; si estás, si entre tu sangre
y su sombra hay metales, hay riñones,
o mejor grita y quémate y dispara...!

¿Qué traje quiso saludar mi traje?

¡Error ! ¡Error! ¡Yo nunca os he encontrado!

(1950)

Los niños, muchos niños, piden techo,
lloran alma, tiritan sin rencor.
Acaso está lloviendo, acaso hubo
la naranja que no alcanzó su mano,
o el frío, o las muchísimas estampas
que no vieron jamás. O los zapatos
que están rotos...

La letra jota de jugar, jardín,
las letras de alegría que arden solas,
¿dónde yacen? Quisieramos saber...

Los niños quieren recobrar su edad.

Una concha y un pan, un monigote,
bastan, mas ¿dónde están? No veo el rostro
de esos niños debajo de su cara:
veo un disfraz registrador que suma
tiempo, y tiempo de adultos, tiempo y duelo,
dolor y hasta un final... que escaparíamos, oh Dios,
qué hacer, qué haríamos, esto
es demasiado, esto no puede ser!

Nosotros, antes, indudable, muchos
ya no tuvimos casi juventud; había
sin Instituto tanto que aprender,
tanto que ver en serio, ojos redondos;
y además qué más da, si era estupendo
vivir ya de verdad... Cumplidos hombres
de doce años *entonces*... Nos mataron
al muchacho. Fue triste, pero un niño
está siempre en nosotros.

Esto ahora...

Qué extraña la vejez si no hubo vida.
Qué edad terrible, adulta sin edad.

¡Qué hacer, digo; qué hacer! Rebotan, vuelven,
aún con rumor de guerra, tierno César
Vallejo, las palabras de aquel llanto:
*¡Ah! ¡Desgraciadamente, hombres humanos,
hay, hermanos, muchísimo que hacer!*⁴³

Mucho, mucho, ¡así es!

(1948)

LA NOCHE

«¡Cuánto penar para morirse uno!»

M. H.

Comprobándome estoy cómo es herida
ya, toda nuestra carne. Y que consiste
el alma en el dolor. Y el tiempo existe
para alejar la libertad perdida.

Porque al pensar las cosas de la vida,
la fe en derrota, el entusiasmo triste,
la virtud muerta... el corazón resiste

apenas, ay, ¡a penas!, la embestida.

Cuando me paro a contemplar el mundo;
cuando sin verlo dejo arder mi fuego,
¡qué amargo siento el corazón profundo!

¡Y ni un dios breve, ni un destino ciego
podrán salvarte!... ¡Trágico errabundo!
¡Tanto penar para morirnos luego!⁴⁴

(1946)

III

POÉTICA

OTOÑO

¡Tenaz maraña! ¡Símbolos! Resonancias opacas!
Los frutos ya podridos del tiempo que decae
nos cercan y sepultan. Es otoño.

Aquí estamos, batida
la bandera celeste del amor por un viento
de ceniza y desánimo.

No sabemos quién somos; no sabemos
a dónde hemos llegado. ¡Muerte lenta
del hundido en la nieve! ¿Con nosotros
se apagará el mensaje?... Pero, ¿cuál?
¿Y a quién iba?...

Es hermoso que el héroe
llegue a la cima, y vea
de Galaad hasta Soar⁴⁵, la tierra
floreceda, y el pueblo
la vea también y aun El que Es⁴⁶ declare:
«Sacia tus ojos, aunque nunca llegues.»

Nosotros no tenemos
fin, ni promesa, ni quizá quien siga
nuestras pisadas, hasta hacer camino.
Sólo, como el que siente

amanecer, creímos poder daros,
nuncio del hombre nuevo,
unas pocas palabras que dijeran
lo indecible, a rechazos:
«Eso *no* somos; eso *no* queremos...»⁴⁷.
y así seguir.

Pero seguir, ¿a dónde,
negando sólo?...

¡Desolado otoño,
eco glacial!

¿Negar?

¡Y entre lo dicho
y quien nos oye hay ruina y tiempo hueco,
y muerte, y sobremuerte, y tantos mares,
y el silencio, y el ruido de las armas...!

(1948)

POETA IGNORANTE

Conjuro las palabras en la noche,
uno gritos y llanto, pongo en línea
centenares de imágenes, revisto
como un fusil por dentro, los suspiros...

¡Y ya está! ¡Ya está todo! Éste es el orden
de toda mi reserva frente al canto.
Delante están los montes, silenciosos

bajo el peso lunar, el humo quieto
en las ingles del valle; se adivinan
hombres bajo las ramas; quizá escriben
historia con sus manos, sus cucharas...
y los niños, melódicos de lloro...

¿Qué ocurrirá? Yo escucho las pisadas
del regador; los grillos van callando,
y un insecto febril, remotamente,
zumba feroz en la ansiedad del alma.

Voy a partir a conquistar la sombra.
¿Qué ocurrirá? Quiero llegar, tocaros,
ver ojos, tener manos, latir lejos,
y regresar con mundo en las palabras.

Pero la oscuridad es terca. A tientas,
¡qué, qué podré auscultar, pulso de vida!
Apartar unas ramas, y de pronto,
¡húmedas, sí, de sangre! Tú, ¿qué dices?...

(1949)

«POESÍA CONTEMPORÁNEA»⁴⁸

Medito a veces
en la triste materia de mi canto.

Bien sé que hay muchos, soñadores
(como yo rodeados de desgracia y caminos),
pero entre nubes blancas, con sus ángeles
abanicando tímidas
alas prerrafaelistas, lejos;
que quizá en el estío
cultivan la nostalgia de la lira imposible,
decoran las palabras, sumisas como rombos
de plaza pobre en farolillos
de verbena y papel colorín colorado...

Oh Dios, cómo desamo,
cómo escupo y desprecio
a esos cobardes, envenenadores,
vendedores de sueños, mientras ponen
sedas sobre la lepra, ilusión sobre engaño, iris
donde no hay más que secas piedras.
Esclavos, menos aún, bufones de esclavos.

Malditos una y siete veces,
en nombre de la vida, aunque juren que aumentan
la belleza del mundo; en verdad,
la belleza del mundo no precisa
ser aumentada ni disminuida
con sus telas. Lo que necesitamos
es una luz, es un desnudo brazo
que señale las cosas. La poesía es eso:
gesto, mirada, abrazo
de amor a la verdad profunda.
Ay, ay, lo que yo canto
miradlo en torno y despertad: alerta.

Ahí están, reunidos
en sociedad devoratoria y número.

(Llamar bestia asesina
al que, como el pesado
elefante del sátrapa
hunde la pata hasta estrujar el rostro
que niega; ladrón vil
al emplumado grajo de cadáveres;
canalla al miserable...
acaso sepa a música
derrotada, a lamento
débil. A lo que no queremos.)
Pero nombrar no es sueño.

No sigáis las palabras. Contra ellos
yo canto hombres que tienen las titánicas caras
talladas como a látigo: sonrían
al dolor, pero miran
al sol, y aprietan
los firmes dientes.

Y ya acabo.

(Esto no es un poema; son palabras
apretadas también, con saña). Adiós. Es tiempo
de no plantar rosales. ¡Acordaos!

(1947)

PALABRAS Y PALABRAS

¡Un poema!:

«En el aire
inminente, la rama
se ofrece leve al tierno
filo de la mañana...
Y de improviso, cede
—un pájaro la curva—,
y ya mágica, crece,
¡réplica de hermosura!,
y asciende el valle a un cielo,
esfera azul de música...»

Pero nosotros, tristes
de belleza, pasamos,
rota el alma: no puede
retenernos el canto.
Y hacia gritos de ira,
mordidos y arrojados
con desprecio, pasamos
sin querer. (Nos lo mandan
muertos que nunca vimos,
o veremos; nos llama
todo lo que en la sangre
es alerta y mañana.)

Sí; hueco el trino, el pájaro,
el ramo, el aire verde,
y el que admira: ¡grotescos!
(y no hay quien lo remedie),
en un mundo que cruje,
que eructa o gime, y hiede
por igual. Bien sabido.

Hay que pasar, crueles
de bondad, sordos, ciegos.

(Y habrá que trizar este
poema, tan hermoso
al empezar... ¿no es ese
tu criterio, *poeta*?)
«Ramo al alba; ave leve...».

Mas yo, ¿*puedo* creerlo?

¡No seré el que ornamente
los muros de una cárcel!
Haré lo que se puede
decentemente hacer.

—Pero ¿qué puede hacerse?

Ay, desgarrar las manos
... sin tocar las paredes.

(1949)

ANTIPOEMA DEL CANSANCIO

Viendo ahora, mirando el triste mundo,
el putrefacto mundo humano
que conocemos, que hemos visto,
«inquietante» y «crucial», «predestinado»
(según nos dicen los periódicos),

en el que nos sentimos más bien presos, como algo
—nosotros, ello, todo—, algo que se devora
y se amontona y sigue sobre sus propios huesos blancos...

Teniendo en cuenta las banderas, colgadas,
arrugadas y pálidas como palabras de un discurso falso;
anotando los números que indican: «ración»
y «30 días», correlativamente, o «dividendos» y «salarios»
(bien sé que no son cosas versificables, pero
es lo que encuentro, y no voy a ocultarlo;
lo anoto pues, y sigo...).

Parándose a pensar en lo que han dicho
—entre otros varios—
los «Excelencias» y los «líderes»,
los fariseos y los re-publicanos,
mi zapatero, Einstein
y Mr. Dulles —sucesor de Mr. Acheson...⁴⁹—;
sin olvidar, por otra parte, el cielo azul,
el movimiento grácil de los álamos,
y la anarquía de la primavera, y la situación caótica
que provocaría el «crac» de tanto verde o blanco
piojo chupón (perdón,
pero está claro
que no son más que símbolos poéticos
todas las cosas de que vengo hablando...).

Al mirar esto, al considerar *esto*, sí, ¿para qué engañarse,
ni para qué exponer personalmente lo que experimentamos...?
(Unos lectores se indignarán, castizamente;
otros habrán de avergonzarse, y sentirán toda su vida como un sueño
pesado;
muchos, en fin, es lo seguro,
dirán: «esto no es arte», o bien «¡qué prosaísmos!», y pondrán en la radio

un fox, o un vals, o la emisión «Juerga en el aire»,
o algo
dulce de todos modos, y más
lírico, entre tanto
llega la hora de acostarse o —si es por la mañana—
del vermú y el aperitivo acostumbrado...).

Pues, como ya dijimos antes —pero ahora va de veras—: «en fin»,
en fin, sí; ¿para qué engañarnos?
Amigos míos, poetas, nuestro oficio
es inútil, pensadlo.
Los que nos oyen no comprenden, y los que entenderían...
no tienen tiempo de escucharnos.

(1949)

IV

UN DEBER DE ALEGRÍA

¿Yo fui triste?

En la noche

siento que avanza el mundo como el amor de un cuerpo,
como la pobre vida, combatida y cansada,
aún encuentra en la noche la ceguedad del cuerpo,
la ternura del cuerpo
queriéndose, buscando
en quién querer, con manos
deslumbradas y humanas.

Todavía, mientras dura la noche,
mientras la soledad, tan tuya,
y la inmensa tristeza sedienta y sin sosiego
de los que multiplican tu soledad en mundo
funden —Eugenio, España— una tiniebla sola,
todavía
algo queda en el alma, y si aprietas los ojos
por despertar, por no creer la sombra,
aún fragmentos de aurora la sangre nos daría.

Cuando la pobre gente de nuestro pueblo llega
del sudor y del polvo, del trabajo vendido
con el alma cerrada, cuando
llega y encuentra el día que se acaba temblando
en la lumbre cocida y alimenticia, llega

y cae, la pobre gente oscura,
derribada en las sillas: y encuentra la sonrisa
todavía, la hermosa, prodigiosa sonrisa
—si hay algo prodigioso— del viviente que tiene
aun no lo necesario:
entonces, duramente,
algo en mí se incorpora, y siento, sin remedio,
un deber de alegría.

No hay fatiga. Nosotros
excedemos el tiempo. La estatua congelada
detenida en las calles, nosotros estrechamos
su mano y la fundimos.

Ellos, ellos,
quienes casi no viven, y esperan, me lo dicen,
y yo puedo escucharlo.

Nunca sueña quien ama, nunca
está solo. La pujanza es idéntica.

De la rosa ofrecida
al amor, a la piedra
fijada con amor, a las balas
hundidas y ensañadas
por amor, todo avanza
y edifica. ¡Despierta!

Y enemigo, expulsado de la tristeza, siento
cómo la aurora iza su bandera rociada.

(1950)

No he de callar...
(1949-1992)

CARTA A DOLORES IBÁRRURI⁵⁰

I

Camarada, quisiera hoy olvidarme
del tiempo al escribirte.

Sólo gritos
como disparos, sólo la cal viva
de las blasfemias, rota sangre pobre,
y alucinados rostros en la arena
del hambre —sólo eso
podría contarte, si al momento acudo.
Y yo quisiera ver estas palabras
llevándote, no el viento
pestífero y la náusea, el crujido
de tanta rama seca, no la polvareda
sucia de los cobardes, sino, vivo,
el coraje, como una espada roja
del luchador aquí y ahí y allí, el árbol
arraigado y hercúleo, la invencible
fuerza multiplicada en el gran bosque humano.

II

Desde España, tú sabes, es difícil

decir esto; la vida, el entusiasmo
el desprecio, la ira, casi siempre
se ocultan. ¿Ves? La vida
de sí misma hace estatua inofensiva; el entusiasmo
se encoge de hombros, el desprecio
sonríe quizá por no escupir, la ira
calla, calla muy dulcemente, y se diluye
entre las cejas... (Hace trece años
que sufrir o esperar es clandestino,
que ser un hombre es clandestino,
que existir simplemente cae fuera
de la Ley.)
Por eso es uno el golpe
y otro el sonido (y el silencio es otro),
por eso yo querría
apartar unas ramas, hablarte
desde la vida, que es siempre esperanza
en el fondo del corazón.
Bien sabes cómo estamos, pero debo,
necesito insistir. En la seca
desolación, ni llueve; hay poca agua
en las ciudades, en los callados campos,
poca agua y menos pan, y menos luz,
y en absoluto
ni siquiera unos gramos de alegría.

III

Pasarás por las calles; verás máscaras
petrificadas en dolor de años, palidez
y cansancio; donde no,
guardias (ya remendados), negociantes, canónigos
un poco vacilantes, como el que va

a oscuras, con asombro
de que el suelo no se hunda y esté ahí.

Verás, de pronto, un edificio
chato, con olor a zotal, junto al que algunas
mujeres están con latas o pucheros; es un cuartel. Las sobras
del rancho acuoso llegan
aún, a veces, como la bendición de un cura
a la larga agonía del pobre, maquinal. Quizá
cerca, otra enorme casa de ventanas
más tristemente repetidas, lejanas
y pequeñas, sobre las garitas
del centinela; tras aquellos muros,
hacinados acaso
entre asesinos y ladrones, o bien en nichos
de «preferencia» (a cuya puerta un perro
aullaría de espanto), allí
esperan los mejores
la libertad⁵¹.

Pero no ahoguemos
la voz en maldición. Salgamos. Mira
a los labriegos empuñando
la mancera o la hoz. Habla con ellos, oye cómo
piensan. Si la cosecha este año
dará para pagar
multas, abono,
las herramientas rotas, la simiente, el consumo,
el diezmo renovado, la contribución...

Ven, llega
al pequeño taller, a la tienda
de la esquina, al comercio de allá abajo; y
(si no es un ladrón protegido por el Comisario o el Gobernador)

encontrarás al desdichado
«hombre de orden», al avariento, obtuso
ex-miembro fantasmal
de las Milicias Cívicas
«porque hay que defender lo poco que uno tiene»,
abatido, pensando
sin entenderlo, por milésima vez, que eso poco
después de todo, se le va, se fue,
porque el pequeño déficit
inyectado, cebado no sé cómo
en el Banco, ha crecido, se ha hinchado
como si la medusa diminuta
de pronto fuera un pulpo
gigante, absorbedor (en estos pocos años
vertiginosos); «Dios, no sé a dónde vamos
a parar»; y ahora sí lo sabe. Todos
van a parar a un insaciable estómago
de metal.

Entra a los anchos barrios
de los obreros; verás
esas familias mutiladas (alguien
fue llevado algún día
y no ha vuelto; se pudre —muerto
o vivo— en tierra
o entre paredes), o aquellas otras
diseminadas (alguien
huyendo de la muerte
sigue errante, prolonga
tercamente la guerra, o quizá bajo cielos
más libres, labra vida,
y llega, alborozado, el pequeño retrato
del muchacho crecido, o del hombre
que nunca vio a sus nietos, bajo sobres
con sellos de repúblicas lejanas)⁵².

Así es.

¿Y los que quedan?...

Mujeres

de luto envejecido; niños aún, muchachos
precipitadamente adultos y endurecidos, graves,
hombres alguna vez

ya maduros en el trabajo, pero
taciturnos y enflaquecidos (alimentados sólo
a calorías de recuerdo
y de esperanza, sin vivir),
mientras el tiempo sigue, como un barco
que ensanchará la estela de la ira.

IV

Tal es el triste cuerpo de la patria.

Tal es nuestro paisaje día a día.

Y sobre esa miseria enardecida
la casta de parásitos se extiende.

No es lo mismo decirlo

que verlo a cada paso, a cada hora.

No es igual; porque ese

color sangriento, levemente variable

en el fajín del general, en el manteo

del arzobispo, en la piel misma

congestionada del banquero, es sangre humana.

No, que ellos no miren

los huesecillos desnutridos

del niño pobre, que no oigan
la tos amarillenta del hombre aquel, que vuelvan
el rostro para no ver; como en la prensa
de un inmenso lagar, un reguerillo
de sangre surte;
es sangre humana,
es sangre de millones de seres,
es la vida robada. —¿Oís?—. No oyen;
aunque lo saben no lo quieren ver.
Pero también nosotros
lo sabemos, el pueblo
también lo sabe; ya no sirve
el viejo bálsamo adormecedor,
con patente de Roma y fabricación nacional
al por mayor, de: «Hay que tener resignación;
el mundo, pobrecillos
es un valle de lágrimas.»
 Todos saben por quién.
No lo será.

Y esto es lo que quería decirte, camarada.
Hay sufrimiento, pero también hay lucha.

Sacude la miseria
un oleaje de puños que no cejan; sobre las ruinas
amanece una roja, creadora esperanza.
Y en ella estás. Eso quiero decirte
ante todo. Que eres
la combustión central de esa esperanza.

V

Alegra hoy, engrandece
tu noble corazón, porque en esta ancha tierra
que es la tuya, no, ya no somos miles
ni decenas de miles tus camaradas, mas
(desde Galicia
que Gayoso⁵³ sembró, hasta Cataluña
que no quiere ni puede olvidar, desde
tu Asturias roja y llameante,
desde Euzkadi de hierro a Extremadura, en pie
de hambre, a Andalucía clara como nunca
en el dramático esqueleto de su voz),
somos, escucha, un pueblo entero, unido,
somos un corazón
en millones de pechos; volvemos hacia ti
millones de miradas, apretamos erguidos
hoy millones de puños en un solo clamor.

Y tu vida, la vida del Partido,
arraiga, es fuerza pura
de una invencible primavera; llega
con igual fuerza donde llega el mar.

Y aunque en la noche con frecuencia estamos
mutuamente solos, cada uno
con su secreta luz, basta
un retazo de vida, un momento, un fulgor,
para de pronto estrechar al amigo,
al compañero, al camarada, unidos
en una misma fe y una misma alegría.

Y entre todos, como un presentimiento
de una sola, compacta firmeza,
de una inmensa esperanza total, abarcadora
del mundo entero. Como nuestras vidas

es la de España, y la de más allá. Todos
en cada uno, y nadie
si no es con todos.

¡Camarada, salud!
No descansaremos hasta que llegue el día.

No quisiéramos morir sin verlo.

Pero sonriremos a la muerte
si nos enfrenta por hacerle llegar.

(1949. Publicado en *Cultura y Democracia*,
núm. 5; mayo-junio de 1950)

HIROSHIMA⁵⁴

Pensemos en una ciudad
entre la noche y la mañana.
Amaneciendo junto al mar.
Casi dormida, o desvelada
aquí y allá en lo más sensible:
un niño llora, una ventana
se enmarca en luz para el trabajo,
en una calle quizá pasa
un hombre, un carro... Los caminos
traen solos la madrugada..

Sin duda el país está en guerra.
Sin duda alguien no descansa.
Quizá en el muelle se amontonan
para el soldado telas, latas
de sardinas, fusiles nuevos;
quizá en una plaza se alza
un cuartel, o en los barrios pobres
de las afueras, una fábrica
de máscaras, o de tejidos,
de ruedas de autos, o de planchas
especiales para el blindaje.
Todo eso entra en la balanza.

Pero mirad los dos platillos.
Imaginad miles de casas.
Una ciudad es así: tiene
cinco cuarteles, cuatro fábricas,
y veinte DCA. Junto a ellos,
hay cien mil madres, dulces, grávidas
de niños (en el vientre, al pecho,
de la mano, cuando ya andan,
cuando van a ir a la escuela...),
hay cien mil vidas que se apagan
en las largas tardes, al sol
que ya sólo luchan..., con lágrimas
por el nieto o el hijo muerto:
hay miles y miles de almas:
arracimadas a una vida
de trabajo y paz, cotidiana.

Y en este momento despiertan.
En ese momento se alzan,
las medusas de las sirenas,
en el terror petrificadas
y en el zumbido. Se alzan, corren

a los refugios. Gritan, llaman;
apresuradamente extraen del sueño
niños y ropas. Llegan, pasan
atropellándose a lo oscuro.
Se aprietan y rezan. Y aguardan.

A varios miles de kilómetros
hay un hombrecillo con gafas
algo intranquilo. ¿Está bien hecho?
¿Cabe una ira tan sagrada?
Lo más malo que ellos han hecho
(tener una industria barata,
en competencia con la nuestra).
¡Muertos de hambre, piojos de Asia!
¿Querían copar nuestros mercados?
¿No han atacado por la espalda?
Además, en último término,
¡ni son gente de raza, blanca...
son casi igual que nuestros negros!
¡Ea, ya está hecho! A ver qué pasa.

Lo que ha pasado no se puede
contar. No hay lengua, no hay palabras
para decirlo. Al lado de esto
hablar de infierno es decir nada.
Pensad una ciudad enorme,
alejada de la batalla.
Miles y miles de personas,
miles y miles. Sí. Pensadlas.
Jóvenes madres por decenas
de millares. Y una infancia
de colmenar innumerable.
Y la ternura algo beata
y temblorosa de los viejos
y las abuelas. Sí; pensadlas...

Y despensad, que ya no existen.
Son ya una sola llamarada.
Humo, silencio sin oídos.
Despellejada luz amarga.

Como obra de ricos, cifrémosla,
haciendo una cuenta sumaria,
en grandes números. Es eso:
una operación de Finanzas.
Ved: 17.000 personas
son nada más que aire, quemadas
(y vergüenza en ti, si eres hombre);
45.000 aún tardan
horas inmensas en morir:
(son cuerpos negros, grieta y llaga,
que ulula y arde y agoniza).
65.000 ardiendo
en la parrilla americana
para adobar la succulenta
cena del Club; días, semanas
sin piel primero, luego sin
manos, sin piernas; sin entrañas
finalmente y la pax se firma.
Toda una Pax americana.
129.000 muertos.
Más 18.000 que se arrastran
sin todo el cuerpo, para siempre.
Y 80.000 feroces camas
todavía muerden, clavan, queman
en la sufriente carne humana...

Hiroshima. Sólo un recuerdo.
(El hombrecillo de las gafas,
ni lo recuerda. No hace mucho
discurseaba, en propaganda

«antitotalitaria» el trémolo
de moda: Guernica arrasada.
astutamente, entre el Kaytin⁵⁵
mitificado y una pobre Holanda,
de retórica. Nobles nombres
llevando del brazo al fantasma
de la calumnia). Y la *victoria*
de Hiroshima, por bien ganada.

Sólo recuerdos, en un mundo
con la memoria recargada.
Pero la vida no es recuerdo.
Y nuevamente la amenazan.
El hombrecillo, hablando a la orden
de los chacales de ancha garra:

«Lo volveré a ordenar de nuevo»
acaba de decir. ¡Acaba
de decirlo! En contra de un mundo
que trabaja por la paz, que ama
la paz sobre todas las cosas,
construyéndose, cada jornada.

¡No, no es un recuerdo Hiroshima!
Está en tu país, en tu casa.
En Madrid, en el jardín mismo
de tu niñez: está en la Plaza
de Cataluña, junto al kiosco
donde compras cada mañana
los periódicos, en tus manos
que querrán paz aún hechas llamas;
está en la frente de tu madre;
sobre los labios de tu amada.
Hiroshima está en los juguetes

de tus hijos; va a estar al alba
de algún día tuyo, suyo y nuestro;
está Hiroshima donde estaban
París o Sevilla o Florencia,
está en tu carne, está en tu alma.

Hay que detener a la muerte.
Hay que acallar esa amenaza.
Hay que demostrar que la Historia
la rige el Hombre, y no la rabia
de negreros que ven hundirse
sus colonias dolarizadas.
(También es cierto, americano,
por ti. Piensa cuál es tu patria.)

Todos unidos venceremos.
No volverá a estallar un alba
como la que borró Hiroshima.
Todos unidos, mientras canta
la voz del hierro en construcciones,
la voz del trigo en la llanada
de una serena luz fecunda.
Un mundo nuevo en paz se alza.
La libertad está llegando
en lucha por la paz. El hombre
hará surgir la aurora humana.

(1950. Publicado en *Cuadernos de Cultura*,
núm. 4: ese mismo año.)

BARCELONA⁵⁶

El aire estaba lleno de silencio.
La luz sobre las tejas: la sombra entre los árboles de la plaza.
Cada noche, un día más, una cucharada menos.
Cada día, otro; el mismo en pesadilla: eso pareció España.

Silencio en los caminos, silencio en los tapiados cementerios;
silencio ante la mesa vacía. Todo calla.
El tirano de piernas cortas, en silencio,
piensa: el silencio es sepulcral: ¡mando en España!

Y silencioso en el terror, pareció muerto
en vida el hombre. Millones de fantasmas
cada día se erguían, iban, regresaban al sueño,
en la noche con cruces de una terrible y fantasmal España.

Pero ha llegado el tiempo, la hora, el instante mismo,
cuando la muerte pareció más cierta y la intemperie fue más dura,
de decir: NO. Y un pueblo unido,
ha dicho: NO. ¡Desperta, ferro! ¡Cataluña!

Decimos NO contra la muerte porque queremos vivir
y aún vivimos.
Decimos NO contra el tirano, porque necesitamos que se hunda.
Decimos NO con ira. Y con sed de justicia lo decimos.

Y de eco en eco hasta otros mares y países, de camino, encamino.
pueblo adelante, un NO de hierro, un *todos a una*
ha resonado. Lo hemos visto crecer: hemos visto
cómo la indignación de España toda vibraba con la voz de Cataluña.

Y hemos sentido sobre todo, en el clamor de la protesta,
tu voz, clase ascendente, proletario que llegas, puro y duro.
Todos han reclamado, pero tú eres
quién, donde «Cataluña», o «España» pone: el Mundo.

Todos han dicho NO a la muerte, pero tú dices sí a la vida.
Todos huyen del hambre, de la ruina, del terror más oscuro.
Pero tú proletario, no huyes: edificas,
y alzas con mano firme la esperanza del Mundo.

Trabajador, obrero, camarada: oye
esta voz, que es la tuya, llamándote al combate y al triunfo.
Una clase que se alza. ¡Salud! ¡Todos a una!
Tu libertad es la del hombre. Tu futuro es el Mundo.

*Marzo de 1951 (protesta y huelga general en
Barcelona)*

*UN POEMA
EPILOGAL*

TRAS LA CAÍDA (1992)⁵⁷

Así que todo era
más que trágico muro,
cartón, telón, engaño. Triste fraude.

A muchos
ilusionados antes, lejos;
en expectante desencanto luego;
hoy
¿qué nos queda?

En un mundo
extinto, una conciencia
superviviente apenas
desde la nada.

Que *es* la nada.

Y a partir de ese hueco,
de esa ausencia extirpada
¿qué ira
qué queja o voz podría surgir,
qué figura entreverse
en la absoluta oscuridad?

En el país partido en dos
alguien decía:

Ich bin der Einzelne
das Kollektiv hat sich von mir
*isoliert*⁵⁸ ...

Pues yo también, ahora,
soy sólo el individuo.
No estoy extraviado;
es que
la colectividad
se *aísla* respecto a mí...
Estoy solo y a oscuras.

La tiniebla en deriva
no es imagen, es ámbito.
Es hoy nuestro (sin broma)
«histórico momento». Es el vacío.

Un relámpago negro, estático,
de pasado de humo roto, pulverizado,
de presente caótico,
bloque de ausencia informe
(Eclesiastés, Leopardi,
ah, la infinita vanidad del todo),
y, más que nada, nada estéril,
ávidamente seca,
sin palpito, sin pulsión de futuro.

Tiniebla huérfana, tapiada.
No hay rumor ni latido.

Solamente
(abolidos fetiches
de inanidad ruinosa),
reminiscencias, briznas...
On he deixat les claus?

En efecto, en efecto;
he perdido las llaves.

Angulares
(1955-1964)

I

UN PAÍS

CIUDAD ANTIGUA⁵⁹

(Fragmentos de una elegía truncada.)

I

Rodando, en cada golpe, en el camino;
desde la soledad más fría y acre
a la colmena audaz, llena de música
que nuestra vida, a veces, con las copas levanta,
renaciente, insistente
como la sangre o la esperanza en olas,
va tu recuerdo en mí, tu imagen cae
vertical en mi alma ilimitada,
y como en el gran llano donde descansas, queda
asentada en un tenso, deslumbrado silencio.
¡Ciudad adormecida, arco sufriente,
casi derribo interrogando al cielo!

¿Por qué me habitas, para qué a lo lejos
como un río amaneces, y me pides
signo y sentido, como un rostro humano?
No sólo en ti mi juventud ha ardido,
no; no sólo me llevan los recuerdos
y el sueño edificado (no sé si sobre piedra
o sobre arena), no el corazón sólo

late hacia ti, sino que en mi destino
sin biografía, en mi deber más duro
de testigo y acusador, estaba
verte y cantarte, desde siempre. Un alma
siempre ya en ti, floreciendo y pidiendo
cuerpo, cuerpo de voz, labios que besen
con amargor esta forma en palabras...

II

Tantas veces mis pies habrán pisado
tu suelo con amor, las pobres calles
en dirección a la felicidad
(que es imposible; lo sabemos, pero
que parecía ya allí), tantas, al ruido
discordante, al silencio más dejado
los pobló musical la voz amada,
tan indecibles fueron las esperas,
la compañía, la luz frente a tus muros,
que tienes algo, en tu trazado frío
como de piel de un cuerpo acariciado
incomparablemente.

Mucho duele
despreciar algo que el amor descubre,
que también, casi amamos.

Y aún ignoro
qué decir (qué sentir), pero bien veo
angustiado (en la horrible pesadilla
de lo real) un campo árido,
una ciudad sin tiempo, sólo piedras, vacía.
¡No puedo hablar de amor, no quiero, ahora,
sino de lo ya estéril y ajenado!
En este sitio, aquí, junto a la nieve

alpina, o junto al mar tan hondo oído,
inmensidad de arterias agitadas...
¡Huye, escapa, no te ate la ternura
a esa petrificada muerte huera,
a esas paredes de silencio y barro!

PLAZA

(PARECIDA A MUCHAS)

Años y pasos. Algo queda
de meditar. Pasos, años,
días, distancias. Siempre cerca,
y lejos, dentro. Germinando.

Una raíz muy honda arraiga
aquí, en la plaza del Mercado⁶⁰.
En ella hay un rumor de historia
(desdibujada en legendario
peso de tiempo y arte): muros
del macizo templo románico,
eco impreciso de leales
o invasores (que yo vi), acampados;
jornadas de tumulto y sol
rebasando los cotidianos
gestos de un vivir simple: días
de hogueras, horcas o tablados
(desde la centuria remota
de Isidoro, godorromano,

a este hoy en que vemos la fuente
que pasa y mide, a su pausado
ritmo de agua que no vuelve,
el tiempo, frente al muro extático,
blanco, de la clausura...)

Y vida
también, siempre: los artesanos,
los obreros (igual que hoy) llegan
del populoso, hirviente barrio
de los gremios, y aquí confluyen
(entre la iglesia y el palacio,
la mancebía y el convento,
más que enemigos, solidarios,
oh sempiterno país inmóvil)
con labriegos que desde el campo
el oro cereal, el fruto
precioso aportan, concertando
el sagrado pacto del hombre
con el hombre, hijo y dios del trabajo,
heredero y creador de la historia
(solo heredero, depredado,
menospreciado creador solo)
ayer como hoy. Hoy ¿hasta cuándo?:
eje del mundo que se ignora
... en esta plaza del mercado.

País rico en sol; en sangre
vertida y seca al sol, para que adorne
(dicen ellos) la enseña; país rico
en olivos, naranjas, monjas, cobre,
panderetas y vinos; mucho espíritu
y bastante ganado.

País rico en tradiciones
sacrosantas, Historia, y grandes muertos.

País rico en salvaciones.

País rico en ricos.

Sólo el pueblo
pobre.

País desde luego antiguo.

Milenario
o más. No sólo en piedras y en nombres
igualmente gastados, sino en usos,
costumbres, feudos, y sobre todo en devociones
in memoriam.

País viejo,
padraastro ya inmisericorde,
con delirios (ay, de grandeza, dicen),
manías y rencores
de viejo loco.

Sólo el pueblo
joven.

II

EL DEVENIR

CORRIENTE LENTA

I

Silencio, frente al agua clara.
Hace
ya mucho tiempo que no canto.
¿Tengo
quizá motivos?

Retorna el tiempo, águila incesante
sobre sí mismo, dando forma al cielo;
se asombra el alma lentamente. Y canta.

No; nunca tuve el corazón, la vida
tan rebosantes; nunca las palabras
me fueron tan frutales en los labios.
Pero callo, como la tarde, ancha
sobre los montes.

Antes canté, cuando la vida era
árbol huracanado, rabia y trueno.
Canté, grité. Quise romper la aurora
contra la noche.

Si ahora el sol, quemante
está en mis manos, ¿qué decir?

O esa
paloma, sosteniendo el azul tierno,
¿cómo nombrarla, si no es nieve?

Antes canté. Cuando el alma arde y vuela
sólo canta el silencio.

II

¡Florear tarde lenta, junto al río!
Yo paseaba la avenida quieta
cuando un reloj detuvo (señalando
la vida) su latido,
un momento: lo justo hasta dejarnos
doblar la esquina
(a mí y a un hombre
casi desconocido, extraño
que junto a mí venía
y se perdió), ah, lento, sí, muy lento
bajando hacia este río.

Como un recuerdo niño. Musgo tierno
que espera pies desnudos, dulcemente
inclinado (¿regreso, muerte?) al agua.

Y el agua pasa, lenta, verdecida,
el agua clara.
Como la onda que el silencio riza
pasa mi alma
dejándose ir del ritmo repetido,
igual que el agua.

III

Y estoy, transcurro así, mientras la tarde
empieza a desnudar su tibio cuerpo
hacia la noche: sombra y filo de plata
que nos hiere; claror, inmenso cielo.

Esto es vivir: un destrenzar las horas
en visiones: del sueño al frío; de nuevo
de la aridez a la esperanza.
Y amar (estando solo). Aunque alguien alce
su imprevisible soledad lejana,
entrañable.

Frío candente; nieve
sobre el verdor. El vuelo
de sólo una paloma
tensa el inmenso azul del alma.

Ah, hermoso es el amor. Pero difícil.
(Vivir, como este río: pasa y pasa.)
Y amar, igual que arder. Pero cantando.
Mirar (y ser) onda de río y onda de llama.

Irse. (Quedar.) Misterio claro
cuyo nombre no está entre las palabras.
Vivir. (Morir también.) Soñar lo que se sabe
sin apenas creerlo. Oh noche alta.

EL VIAJERO

I

En el origen fue el olvido.
Como la tierra sin raíces, neutra;
como la oscuridad precediendo al relámpago,
el viajero que despierta

y cierra
tras él un horizonte inexplorado.

Como el olvido yace en paz, sin ondas,
sólo el silencio, estela ignota,
antes de caer la piedra
—nuestra vida, rodando.

II

Música frágil, tierna ola
esquerzada del verde valle,
del cielo azul abierto en pájaros.

Remoto ayer. ¡En pie!
De pronto
la adolescencia fabulosa
al sol de la mañana aún trémula
galopa en rojo, ágil caballo.
¡Ya se oye el mar allá a lo lejos!

Lejos, al sol.

Embriaguez viva
de dios desnudo envuelto en oro;
arena rubia, alegre espuma
que en la carrera dionisiaca
salpica de sal frente y boca.

Párate oh sol, yo te saludo⁶²
para y escucha. ¡Ahí va mi mano!

III

Pero no el mar, no el pueblo.
Súbito,
un surtidor de sangre.

No fue, no fue, no pudo ser el alba
inocente. ¡Oh negrura
enconada del odio, oh sol de pus que estalla!
¡Noche que no amanece, noche carbonizada!

Qué de pronto hemos visto terribles campos yermos,
alucinadas calles, casas descuartizadas
de ceñuda techumbre desabrigante y torva;
ojos como ventanas
abiertas en la noche sucia y desestrellada,
a la llanura estéril donde la sombra
caza
gemidos y blasfemias
sombras contorsionadas
roncos gritos de espanto.

(Mas nunca olvidaremos que el sol pudo ser puro,
que un día, celeste, en nuestras venas
exprimió sal, nos dio su mano.)

IV

Luego, la grave muerte, enmascarada
con antifaz de vida
nos azuzó en sus fiestas de púrpura hedorosa.
De púrpura irrisoria como un charco de sangre.

Largamente el atónito soñoliento viajero
regresó, en claras noches
de sarcástica luna
a una orgía de muebles sucios, deshonorados,
entre lentas serpientes
de vino y tiempo, orina
y tiempo, largamente,
mil veces ay; del cementerio en llamas,
del terraplén sangriento donde cuece la vida;
del foso donde jóvenes
cuerpos ya machacados
deslíen alma y huesos
en ceniza, en veneno: alucinante
mundo prostibulario de fetos solemnísimos
y ateridos castrados
gesticulantemente obscenos.

Un gran río de muerte lleno de ojos sajados
y de manos cortadas y de musgos de grito
se arrastraba; las ondas, sangre y llanto. En su cieno

vi mis ojos, mirándome con febril extrañeza.
Oh muerto contemplado.
Vida, perfil de un sueño de lento terror frío
que parece real sólo porque es diario.

V

Vida o sombra de vida,
seguimos, avanzamos.
Florece primavera; las uvas y las nieves
suceden a los trigos, y el carro de los días
reconduce incesante
al viajero, cansado.

Del recóndito hogar en el que el polvo
sutilmente se extiende (bajo el cielo hondo y alto),
de la nave vibrante donde largas correas
miden un tiempo vacío
a golpes que son secas, hirientes bofetadas
en las pálidas caras de los desenterrados,
del ensueño a los surcos
(pudriendo, germinando),
de la tristeza a la esperanza (siempre),
y una vez más
del pensamiento
al mundo extraño.

Del viajero idéntico a sí, inmóvil,
al mundo en marcha sin descanso.

SUSTANCIA DE LA TIERRA

¡Sustancia de la tierra, corazón machacado!
Sólo un poco de jugo; solamente una gota
de bondad. ¡Sorbo puro
para la sed! ¡Sed mía! ¡Sed preciosa de todos!

De la espera lentísima; de la desesperanza
de cada ser; más, luego:
de la horrible amargura de la ilusión saciada
—esa aridez vacía de las horas, del tiempo
exprimido, vencido, fermentado en ausencia—,
poco: sólo unas gotas de transparencia, un iris
frágil. (Frágil e inmenso como el mundo.)

¡Solamente un latido
de la esperanza humana!
Y el corazón, herido,
triturado, deshecho
por la fuerza, o el tiempo, o el dolor, lo que exprime
no es aroma de rosa
ausente, fuego, rabia
ni embriaguez de vida:
¡sólo bondad del agua, transparente respuesta
a tu sed, a mi sed, a esta sed infinita!

*

Queremos y podemos esperar. Todavía.
Siempre. Nunca hubo tiempo. Hoy, cada instante mío
es la eternidad toda, temblando, desde nada
hasta todo. ¿Quién, Todo? ¿Quién, Nada?

¡Ah, feroz Dios, ah tierno
Dios, Tú que absorbes nuestra vida crujiendo!

Ve: de la savia dulce del áureo paraíso,
de la amargura roja de la sangre fluyente,
del tope impenetrable del dolor, de la frágil
felicidad, ya ida
sin llegar; de la sorda
desesperada ira
del rebelde, como del triste,
animal, degradado
miedo del aplastado que se resigna, surge
una misma sustancia. ¡Tierra, tierra divina,
lagar de corazones machacados; creciente,
incesante fermento: este jugo, este vino
sagrado: la esperanza...!

III

HOMBRE

SER DE TIEMPO

El canto del gallo, al alba,
los árboles del camino,
la inquietud de cada hora
angustiosa de destino;
la Historia que nos tritura,
lo ganado, lo perdido;
el día de nuestros besos
y el de nuestra muerte, vivos:
cuando al fin hayan pasado
encontrarán su sentido.

Con el tiempo.
Con el tiempo en lento giro.

Las sombras de nuestra infancia,
la humildad del musgo herido,
la aspereza de la tierra,
la pequeñez del mezquino,
la estupidez del tirano,
la firme verdad del trigo
entre la rosa y la espada
—roto, abrasado y más vivo
en el pan—, tendrán su clara
evidencia, su sentido,
con el tiempo.

Con el tiempo repetido.

Nuestro amor, nuestro desprecio,
lo que fue azar o es destino,
vino en nuestro vaso, o agua
en su fuente; lo sufrido,
lo gozado; el rojo Octubre⁶³
contado, el Julio⁶⁴ vivido,
sangriento bajo un sol férreo;
la redondez de este siglo...
Todo será claro, cierto,
y completo, y en su sitio,
más allá, junto y más lejos:
a golpes de tiempo vivo.

Del tiempo, latido insomne
que huye también si dormimos
(recuerde el alma), que llega
sonámbulamente vivo
mientras soñamos; gastándonos
(ya es tarde) mientras decimos:
vida, búsqueda, captura
de un tiempo ganado e ido
(no importa mucho) a la muerte.
(No somos, y ya hemos sido.)

Pero se oye el mar, el viento
salobre del mar. ¡No hay tiempo!
¡Hay sangre fresca en las rocas!
(¡Vivimos!)

EL HOMBRE EMPIEZA

A Faustino Cordón

Si dejamos (no sin modestia) ahí aparte, de lado,
veinte o cuarenta siglos de sueños febricentes,
otros cincuenta o ciento de crueldad, de miseria,
de extraños balbuceos (tras foros y acueductos,
tumbas y catedrales), si
más modestamente aún, podemos
(mientras es tiempo)
rectificar, como una hernia del mundo,
como una polea loca
dispuesta a triturarnos,
la Civilización (que todos defendemos):
ésta, la cotidiana,
la que incluye estilística, balística,
física, metafísica,
el reconocimiento y protección sagrada
de los derechos del más fuerte,
las bombas H (con o sin cohetes),
las películas de colores
cintas magnetofónicas, computadoras,
hojalatas brillantes y rodantes,
y otras no menos ingeniosas invenciones
(testimonio de la infantil jactancia
veteada de locura senil que nos define...).

Entonces,
como esa frágil brizna
de hierba que hoy emerge,
poderosa y minúscula
en el silencio berroqueño de la tierra,

tierra reseca y (se diría) inerte, aunque
imperceptiblemente hormigueantes,
miríadas de bacterias la fermenten, dispersas
en el polvo compacto;
así, olvidado todo,
como una brizna
de hierba asciende, tierna,
así también lo *humano*
empieza a abrirse
lentamente
paso;
así accede difícil, tensamente,
desde la turbia ciénaga
del milenarismo instinto,
a la existencia, al ser
en el espíritu.

Suspiro cálido
—casi aire, voz apenas—
de resonancia aún animal;
eco
de aquel resuello
de la bestia peluda que blandió el sílex
en la aurora (todavía recién
floreceda)
del mundo.

Se pulió luego (qué difícilmente)
la herramienta
creadora:
y tanteando, sobre el violento caos
de cuatro mil millones de años
de geología bullente:
así un verdor, un pálpito, un calor
nos han traído

ciegos, hasta la sangre
de nuestra era.

Triste, grotesco anfibio,
surgiendo del océano
ayer,
estrena hoy —aún apenas
está estrenando—
el aire, la palabra,
la pura transparencia del conocer, radiante.
Y sobre un terror denso
de animal acosado aún por lo inmundo,
este ser nuevo, *el hombre*,
desligado, naciente, intacto, toma
posesión de unas nubes
sin pesadilla;
de una luna que es luna
sin misterio, tocada;
de una tierra.
Tierra verídica,
hecha por todos,
prometida de todos,
puesta en luz por los nombres
que inventamos,
garantizada por los números.

SOLEDAD CON PALABRAS

I

Sobre la tierra hecha de nombres,
separando con crueldad, con lástima
—en pasos, besos, cifras—
la unidad absorbente que nos crea,
vivimos, cerco iluso
en el fluir perpetuo.

A la deriva, hundidos,
tercamente llevados
por el acontecer, o ciegos,
ése y aquél, vosotros.
Sólo el poeta, con horadantes ojos,
como un impacto, hiriente
hacia sí, hacia su centro.
(Ah, pero también todos, muriendo, germinamos.)

Y en el ciclo brevísimo,
mientras llamamos «tiempo» a nuestro paso
(¿tiempo?): en el mar, en este mar con niebla
¿vive la ola o vive el mar? ¿Se duerme
arrullado en sus olas el mar grande,
o reposa en lo azul cada ola amarga?...
ahora, esta vez, cuando decimos «somos,
somos, yo soy», quisiéramos sabernos,
saber. ¿Saber? ¿De quien?
Oh mudo grito.

II

Inútil es gritar, nevadas cimas.

Lo no humano *no es*; está: lo inerte
siempre interior, feliz, sin nacimiento,
ahí.

Lo vegetal, reposo tierno,
verde —desde la brizna al bosque extático
en su silencio—.

Y aun la bestia pura,
ausente y muda en su silencio, duerme
también en unidad sin *yo*: tras cada ojo
o cada garra (como el cielo, entero
en un jirón de azul) está ya *todo*...

Sólo nosotros, hombres, con palabras
—filos tajantes, sordas rejas, cárceles
de tortura, palabras—
distendemos, descoyuntamos, cercenamos
seres de seres, seres
del ser, recién nacidos
de la bramante madre.

Y abrumador es el destierro,
la dura soledad del *yo* (y no otro).
¡Torre de orgullo, cárcel
tapiada a piedra y sombra, sótano
del ser murado, uno!

III

Por eso, cada día, con nombres,
y siempre, con palabras;

con los más tiernos nombres,
las más dulces palabras,
suplicamos
la comunión de nuevo,
la sumersión en vivo,
presencia, compañía.
«Amor, tierno amor mío»,
decimos, desgarrados,
rotos hacia otro ser, ajenos:
libres.
Humanos (como nunca)
en la raigal querencia
de convergir sustancialmente
en alma, unos y acompañados.

¿Existimos, realmente? ¿Compartimos
la vida?
Ay, no sabremos nunca *quién* nos oye.

¿No es acaso figura del amante,
del desnudo, del publicano,
ese mendigo iluso y melancólico
que pasa, ensimismado,
hablando a solas...?

¹ «¿A quién ofreceré este nuevo librito ingenioso? / ...a ti; pues tú solías / valorar en algo mis simplezas.»

² «Acercas de mi primer error juvenil, cuando era en parte otro hombre del que ahora soy... donde haya quien tenga experiencia del amor espero encontrar, no sólo perdón, sino simpatía».

³ Versos de Unamuno, *Teresa* (1924), rima 93.

⁴ «¡Cielo, Amor, Libertad: qué sueño...!»

⁵ «...para quién?» (*Lluvia, en primavera, y homenaje a D'ANNUNZIO*)

⁶ Catedral de León, joya del arte gótico.

⁷ Héroe de la epopeya de Gilgamesh, poema épico babilonio y asirio.

⁸ «Vives la vida verdadera / del espíritu, ¿y aún te duele? / Caminas a lo inmutable... / La vida que ahora deseas / es la gran resurrección.»

⁹ enorme toro: España.

¹⁰ Palanquinos: pueblo de la provincia de León, en Tierra de Campos.

¹¹ Pedro Garfias (Salamanca, 1901-Monterrey, México, 1967). En 1996, al cuidado del profesor Francisco Moreno Gómez, la Diputación de Córdoba ha editado sus *Poesías completas*.

¹² Estas fechas son importantes para entender hoy los poemas de *Pueblo cautivo*. Escritos cuando el poeta contaba veinte años, no son, aunque lo parezcan, poemas políticos, sino documentos vivos y testimonios directos de hechos concretos ocurridos durante la guerra civil, como ha escrito Eugenio de Nora en la edición de *Endymion*, 1997.

¹³ El águila simboliza a España y la serpiente al ejército rebelde de la guerra civil.

¹⁴ Los vencedores en la guerra civil.

¹⁵ Alude el poeta a los vencidos en la guerra civil, que o están ya muertos, o están en la cárcel.

¹⁶ El poema recuerda el fusilamiento de cinco jóvenes junto a una fuente.

¹⁷ Los gritos de ritual, coreados por los rebeldes franquistas, que el poeta escribe a continuación: «¡España una, España grande, España libre!» y «¡Arriba España!»

¹⁸ Después de evocar a los muertos de la guerra —hombres, niños, ausentes—, menciona a los maquis, aún vivos y escondidos en los montes.

¹⁹ Este colofón apareció en la publicación original. *Pueblo cautivo* permaneció como obra anónima hasta 1981, año en que Eugenio de Nora declaró públicamente su autoría, un «secreto a voces» que muchos conocían.

²⁰ Es el verso inicial del soneto núm. 42, en Conde de Villamediana, *Poesía impresa completa*, ed. José Francisco Ruiz Casanova, Madrid, Cátedra, 1990.

²¹ «...y buscas / en mi bosque sensual / los oráculos de mi canto».

²² *Carmina* es la amada, hoy mujer de Eugenio de Nora. Los poemas de *Siempre*, titulados en su mayoría «Carmen» (canto en latín, «Carmina» en plural), son cantos a la amada y al amor.

²³ Son dos versos de un conocido poema de Goethe, «Trost in Tränen»:
«Die Sterne, die begehrt man nicht, man freut sich ihrer Pracht...»

²⁴ La luz que le ha sorprendido es la amada, Carmen, el *tú* del verso anterior. Obsérvense los ecos del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz y de las *Rimas* de Bécquer.

²⁵ Comienza la búsqueda de la amada en medio de la naturaleza.

²⁶ Los poemas de esta segunda parte (IV-V) dan a entender que el poeta ha encontrado a la amada y ha compartido con ella horas de amor, unas horas que luego revivirá en el recuerdo de la ausencia.

²⁷ El poeta cree en los momentos compartidos, aunque no pueda ver a la amada por su ausencia, pero los puede recordar.

²⁸ En esta tercera parte (VI-VII) se alternan los recuerdos de las horas vividas con la amada, el anhelo en la ausencia por volver a verla y los momentos de amor compartidos.

²⁹ Aar: principal río de Suiza, caracterizado, a su paso por Berna, por el verdor de sus aguas.

³⁰ Bernesga: río que cruza la ciudad de León.

³¹ Las trincheras de la guerra civil en la ciudad universitaria de Madrid.

³² Alusión a las dos Españas enfrentadas en la guerra civil.

³³ En la historia personal y en la Historia de España se centran algunos poemas de este libro.

³⁴ El poeta comienza recordando los paisajes de su infancia en el pueblo de Zacos.

³⁵ La guerra civil, vivida por el poeta en la infancia.

³⁶ Después de evocar su infancia, el poeta contempla a España y da una visión de su Historia. Nora fue el primero de su generación en escribir sobre el tema de España. Luego lo harían, Otero, Hierro, Celaya, Crémer, etc.

³⁷ Se refiere a las guerras españolas en Europa y en la conquista de América.

³⁸ Hace referencia al papel de los teólogos españoles en el Concilio de Trento, que los adolescentes estudian en el bachillerato.

³⁹ Los militares de hoy emulan a los soldados españoles de ayer.

⁴⁰ Verso inicial de «Retratos», en *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío. En la redacción original, rechazada por la censura, el patriota era D. Juan March.

⁴¹ De nuevo da testimonio de la crueldad en la guerra civil.

⁴² Poema sobre los niños de la guerra, que carecieron de todo, incluida la infancia.

⁴³ Versos finales de «Los nueve monstruos» de César Vallejo (1892-1938), en su libro *Poemas humanos* (1939).

⁴⁴ Hermoso y dolorido homenaje a Miguel Hernández, pero también a Garcilaso, de quien recoge el comienzo del primer terceto.

⁴⁵ La tierra prometida por Yavé a Moisés para el pueblo de Israel. El héroe bíblico la contempló desde el monte pero no entró en ella.

⁴⁶ El que Es: Yavé.

⁴⁷ Eugenio Montale, en el poema que inicia el ciclo *Ossi di seppia* (1925):
«Codesto solo oggi possiamo dirti, / ciò che *non* siamo, ciò che *non*
vogliamo.»

⁴⁸ Eugenio de Nora expresa aquí su poética criticando la fría actitud de los poetas esteticistas en la posguerra.

⁴⁹ John Foster Dulles, político norteamericano (1888-1959), secretario de Estado con Eisenhower. Dean Gooderham Acheson (1893-1971), secretario de estado norteamericano entre 1949 y 1953.

⁵⁰ Poema de denuncia y protesta por la miseria soportada en España durante la década de 1940, dirigido a Dolores Ibárruri, «La Pasionaria» (1895-1989).

⁵¹ Referencia a los presos políticos en las cárceles franquistas.

⁵² Después de ofrecer un panorama de la situación social española, la de la minoría rica y privilegiada y la de la mayoría pobre, labradores y obreros, el poeta da testimonio de los fusilados, de los presos políticos, de los maquis y de los exiliados.

⁵³ Gayoso: dirigente comunista clandestino, fusilado en la década de 1940.

⁵⁴ Poema que alerta ante el riesgo de una guerra atómica. En Hiroshima cayó la primera bomba atómica en agosto de 1945.

⁵⁵ Bosque polaco fronterizo con la Unión Soviética donde se realizó un asesinato en masa de cientos de oficiales polacos. Se le atribuyó a Hitler, pero nuevos documentos apuntan a una orden de Stalin.

⁵⁶ Poema que da testimonio de la primera huelga obrera importante, en Barcelona, en marzo de 1951, contra la dictadura franquista.

⁵⁷ Poema escrito tras la caída del muro de Berlín en 1990.

⁵⁸ Los versos citados en alemán son del poeta contestatario Wolf Biermann, respuesta sarcástica a otros de Bertolt Brecht, revolucionarios e ilusionados. La pregunta perpleja sobre las llaves perdidas es del poeta catalán J. V. Foix.

⁵⁹ Poema escrito en Berna que, sin embargo, evoca a Huesca, ciudad de la mujer del poeta.

⁶⁰ Plaza del Mercado de la ciudad de León.

⁶¹ De nuevo, el arranque de estos versos está marcado por una huelga, esta vez, de los mineros de las cuencas de León y Asturias, en el verano de 1963.

⁶² Verso, con variantes, del poema «El sol» de Espronceda.

⁶³ Alusión a la revolución rusa de octubre de 1917.

⁶⁴ Referencia al alzamiento del 18 de julio de 1936.

Edición en formato digital: julio de 2012

© Eugenio de Nora, 1999

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S.A.), 1999

ISBN ebook: 978-84-376-3024-3

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

www.catedra.com